

Amy Keesee Freudiger

SANADA

DE LA NOCHE
A LA MAÑANA



*Cinco Pasos para Acceder a la
Sanidad Sobrenatural*

Amy Keesee Freudiger

SANADA

DE LA NOCHE
A LA MAÑANA

*Cinco Pasos para Acceder a la
Sanidad Sobrenatural*

Healed Overnight! *Five Steps to Accessing Your Supernatural Healing*, Spanish, by Amy Keesee Freudiger.
©Copyright 2024 by Amy Keesee Freudiger.

Originally published in English as: **Healed Overnight!** *Five Steps to Accessing Your Supernatural Healing*
©Copyright 2016 by Amy Keesee Freudiger. All rights reserved.
ISBN 978-1-945177-39-2

Cover photo: Ryan Jacquot Photography
Graphic Design: Ryan Dame

Sanada de la noche a la mañana. *Cinco Pasos para Acceder a la Sanidad Sobrenatural*
©Copyright 2024 por Amy Keesee Freudiger.

Publicado originalmente como: **Healed Overnight!** *Five Steps to Accessing Your Supernatural Healing*
©Copyright 2016 por Amy Keesee Freudiger. Todos los derechos reservados.
ISBN 978-1-945177-39-2

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de la Nueva Versión Internacional (NVI) de la Santa Biblia®, NVI®. Copyright © 1973, 1978, 1984, 2011 por Biblica, Inc.* Usada con permiso. Todos los derechos internacionales reservados.

Los versículos marcados como (NTV) son de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente® Copyright© 1996, 2004, 2007, 2013 por Tyndale House Foundation. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, Illinois 60188. Todos los derechos reservados. New Living, NTV, y el logo de la Nueva Traducción Viviente son marcas registradas de Tyndale House Publishers.

Los versículos marcados como (MSG) son traducciones directas de The Message. Copyright© 1993, 1994, 1995, 1996, 2000, 2001, 2002. Usado con permiso de NavPress Publishing Group.

Los versículos marcados como (NASB) son traducciones directas de New American Standard Bible, Copyright © 1960, 1962, 1963, 1968, 1971, 1972, 1973, 1975, 1977, 1995 por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

Los versículos marcados como (RV1960) son de la versión Reina-Valera de 1960, de la Santa Biblia.

Publicado por Honest Beauty Publishing
Impreso en Estados Unidos de América.

Todos los derechos reservados. Ningún fragmento de este libro puede ser usado o reproducido de forma alguna, gráfica, electrónica o mecánica, incluyendo fotocopias, grabaciones de audio o video, o por sistema alguno de almacenamiento de información, sin el permiso escrito de la editorial, excepto en el caso de breves citas en artículos de crítica y resúmenes.

Nota de la Autora: No escribo con mayúsculas el nombre de "satanás" porque no le otorgo ni ese pequeño honor.

Fotografía de portada: Ryan Jacquot Photography
Diseño gráfico: Ryan Dame

*Dedicado a mi esposo, Jason, que con
su amor me llevó de vuelta a la vida.*

*Y a mis padres, Gary y Drenda
Keese, que me enseñaron a creerle a
Dios en lo imposible.*

ÍNDICE

Prólogo07

Introducción09

CAPÍTULO 1:

Mi Historia Real13

CAPÍTULO 2:

Sanada Radicalmente111

CAPÍTULO 3:

Cinco Pasos Para Acceder a Tu

Milagro147

CAPÍTULO 4:

Conceptos Erróneos más Comunes

Respecto a la Sanidad219

CAPÍTULO 5:

Herramientas Para una Batalla

Victoriosa251

PRÓLOGO

La historia de curación de Amy es una de las más increíbles que hemos presenciado en nuestros años de ministerio, y es muy personal para nosotros, ya que es nuestra preciosa hija. Como su madre, fui testigo de la lucha de Amy para abrirse paso a través de las batallas espirituales y emocionales, por no mencionar el dolor físico de la enfermedad. Después de buscar en vano respuestas de un médico tras otro, incluso en Internet, vi cómo Amy tomaba una decisión y se comprometía a aferrarse a las promesas de Dios para su vida y su salud. Nunca olvidaré la mañana en que se despertó completamente curada y me llamó llorando de alegría.

Nuestro Dios es un sanador y puedes hacer que Sus promesas se cumplan sin importar las circunstancias que enfrentes – sólo sigue el viaje de Amy y haz lo que ella hizo por fe. La he visto administrar sanidad a muchos otros con

compasión y gran poder sobre la enfermedad. Amy es una líder de adoración ungida (la adoradora más pura de Dios que conozco), y una de Sus hijas más tiernas y atentas. Cuando se enfrentó al dolor físico y a una desfiguración emocionalmente desafiante, todos nos esforzamos por comprender cómo podía ocurrirle eso a ella. Descubrir el verdadero origen de la enfermedad y la respuesta que Dios ofrece para combatirla, ¡lo cambió todo! Sin ninguna intervención médica, hoy está curada y completamente sana, cumpliendo su destino en Cristo.

—Drenda Keese
Escritora, conferencista, pastora y
presentadora de televisión.

INTRODUCCIÓN

Todos los adolescentes tienen un cierto sentimiento de invencibilidad. Yo no era la excepción. Pero a los 18 años me encontré cuesta abajo en una batalla física que duró nueve años.

Un bulto había crecido en mi abdomen hasta alcanzar el tamaño de 13 libras, el peso equivalente a 15 latas de refresco o una bola grande de bolos. Parecía embarazada de seis meses. Tenía la columna vertebral tan presionada que en la parte inferior estaba recta y las vértebras sobresalían. A menudo, me dolía el bajo vientre y no podía tumbarme boca abajo. Siempre me dolían los músculos de las piernas. Tenía problemas digestivos. Solía tener náuseas al comer. Mis órganos

estaban desplazados por el crecimiento del bulto. Sufrí varias infecciones. La gente que no me conocía me preguntaba constantemente si estaba embarazada. Luché con los síntomas durante tanto tiempo que se convirtieron en la lente a través de la cual me veía a mí misma. Odiaba mi cuerpo por ello.

Pero la mañana que me desperté total y completamente curada, ¡todo eso cambió! Perdí 13 libras y 9 pulgadas de cintura. Se había ido.

Recuerdo como si fuera ayer la mañana en que me desperté curada. El shock. El alivio. La sensación casi alienante de no tener ningún dolor ni molestia. Me senté en la cama y supe que algo me resultaba extraño. Pero fue mi marido quien me miró y me dijo, “Ve a mirarte al espejo”.

Todo el dolor había terminado. Toda la angustia cesó en un instante. Mi cuerpo sanó de la noche a la mañana en un encuentro divino con el reino sobrenatural. La sanidad fue posible, sin embargo, gracias a meses de lecciones aprendidas que quiero compartir contigo.

En este libro, encontrarás:

- Cinco pasos sobrenaturales para recibir tu milagro
- Ejemplos prácticos de cómo aplicar estos principios a tu vida
- Historias reales de sanidad sobrenatural de otras personas
- Escrituras de sanidad y confesiones en las que meditar
- Respuestas a grandes preguntas sobre milagros y sanidad

Aprendí muchas lecciones en mi jornada que anhelo compartir contigo en este libro, entretejidas en la increíble historia de cómo fui sanada de la noche a la mañana. Quise que este libro fuera lo suficientemente pequeño como para que puedas guardarlo en tu maletín, bolso o coche, y sacarlo una y otra vez. También te animo a que guardes copias adicionales para repartirlas a otras personas que puedan estar afrontando una enfermedad.

Lo cierto es que cualquiera puede ser sanado usando los principios sobrenaturales que aprendí. Así es, dije cualquiera, y eso te incluye a ti. No conozco tu situación y no

sé lo que los médicos, familiares, amigos o compañeros de trabajo te han dicho. No conozco el nombre de tu diagnóstico, pero conozco un Nombre que supera cualquier otro nombre. Y sé que para cada problema que enfrentas en tu vida, hay una Respuesta. Hay esperanza.

Permíteme compartir mi experiencia, mis fracasos, mis lecciones y mi perspectiva sobre cómo sané en una noche. También me emociona contarte otras historias de la vida real, sobre otras personas que experimentaron sanidades milagrosas confirmadas por médicos.

Los milagros son reales. El mundo sobrenatural es real. Los estudios científicos lo confirman. Así que te invito a mi historia y al reino sobrenatural donde nada es imposible.

Mi historia podría ser la tuya. Prepárate para un encuentro con los milagros.

CAPÍTULO 1

MI HISTORIA REAL

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”

Hebreos 11:1 (RV1960)

Algunas cosas son demasiado sorprendentes para ser meras coincidencias. Algunas cosas van tan lejos de la comprensión científica humana que debemos hacer preguntas. Debemos profundizar más allá del superficial, “Bueno, fue una coincidencia” o “El destino fue benévolo contigo”. Ese es el caso de mi historia. Todavía me asombra, aunque fui yo quien la vivió.

En 2001, yo era una joven de 18 años muy sana y activa, con muchos sueños. Estaba estudiando una licenciatura en Bellas Artes, dispuesta a enfrentarme a todo lo que me deparara la vida. Desde cursos de coro y música hasta clases de arte y diseño gráfico, me sumergí en el lado creativo de la vida. Era muy trabajadora, sacaba sobresaliente en todos los cursos y pensaba que nada podría frenarme.

Una pequeña molestia. Parecía estar ganando peso en el torso, así que empecé a vigilar lo que comía. En lugar de las típicas 15 libras que suelen ganarse en primer año universitario, perdí 15 libras.

Dos años más tarde, en un cálido y soleado día de mayo, me preparé para el

ensayo final de mi recital vocal de último curso con mi acompañante y profesor de canto. Sólo unos días más y estaría de pie en una sala de recitales llena de gente, intentando calmar mis nervios y recordar todas las letras de las arias y canciones que interpretaría en inglés, italiano, alemán y latín. El ensayo era muy importante. Además, acudiría un fotógrafo a hacer fotos para un reportaje del periódico escolar.

Será mejor que me arregle el pelo, pensé, mientras me ponía un top de colores y alisaba mi cabello castaño rizado. Respiré hondo para tranquilizarme. Me sentía abrumada, con los trabajos finales y los exámenes pendientes, el musical del colegio a la vuelta de la esquina y ahora mi recital de fin de curso. También servía activamente en mi iglesia y trabajaba a tiempo parcial en la empresa de mi padre. “Puedo hacerlo”, me dije.

Después de cantar toda mi música en el ensayo, mi profesor me tomó de la mano y me animó. “¡Ya está! Lo vas a hacer muy bien. Relájate”. Entonces se acercó el fotógrafo y

me dijo, “¡Sonríe!” Como hacemos todas las mujeres cuando nos toman una foto, me erguí y contraje el abdomen... solo que no se contrajo. Me di cuenta y pensé, *Qué raro*. Parecía que esos músculos no funcionaban, o que había un obstáculo en su camino.

Cuando algo parece ir mal con nuestros cuerpos, la mayoría de nosotros tratamos de descartarlo. Nos decimos, *Oh, probablemente no sea para tanto*. Ya pasará. Lo apartamos de nuestra mente y seguimos con nuestra vida. Yo, desde luego, en ese instante no tenía tiempo para pensar en el problema. Pero no dejó de preocuparme.

Esa semana me puse delante del espejo y me palpé el estómago, tratando de meterlo hacia dentro. No se movía. Estaba duro. Pensé que estaba hinchada o que no bebía suficiente agua. Demasiado estrés. Algo por el estilo.

Ese viernes por la noche, di mi último recital en una sala de música llena. Mi profesor me había preparado bien, ¡y lo hice! No olvidé ni una palabra y fui capaz de mantener la energía y la resistencia vocal necesarias

para un concierto completo de ópera. En los próximos días, tendría que escribir más trabajos y hacer más exámenes finales antes de graduarme oficialmente y obtener mi licenciatura. Pero en ese momento, me olvidé de todo y me empapé del logro.

Aquella noche me desplomé en la cama con un suspiro de satisfacción, rodé sobre el vientre y noté que empezaba a dolerme la espalda. Un dolor sordo se apoderó de mi abdomen. Rodé sobre mi espalda y lo achaqué a todo el tiempo que había pasado de pie esa noche.

En los meses siguientes, comencé a notar el vientre raro. Podía presionarlo y, literalmente, no se movía. La preocupación se apoderó de mi mente. Los músculos del abdomen se endurecieron. Finalmente, dejé de ignorar el problema cuando mi vientre empezó a sobresalir.

Ahora tenía 20 años, una época en la que la conciencia de una misma adquiere un significado totalmente nuevo, porque todo el mundo empieza a preguntarte si vas

a encontrar al “elegido” y si te vas a casar. Más allá de la típica timidez, me volví extremadamente sensible con respecto a mi cuerpo y mi aspecto. Me sentía muy fea cuando mi vientre empezó a sobresalir.

Quizá estoy ganando peso de una forma extraña, me decía a mí misma. Así que empecé a hacer ejercicio y a tener más cuidado con lo que comía. Era una chica alta, de 1,70 m, y mi cuerpo, que antes era proporcionado, ahora parecía torpe. Los brazos y las piernas adelgazaban, pero el estómago crecía. La ropa dejó de quedarme bien. Algo iba mal.

Soy una persona muy reservada y, como creía que la causa era un simple aumento de peso, por mucho tiempo no se lo comenté a mi madre. Finalmente, un día me preguntó si estaba bien cuando me abrazó y notó que me sobresalía el vientre. Le dije que ya no podía tumbarme boca abajo en la cama sin que me doliera y que había perdido la capacidad de contraer el estómago. Me hizo algunas preguntas más justo cuando sonó el timbre. Era nuestro entrenador personal,

que venía a una sesión semanal de ejercicios con mis hermanos y conmigo. “Estoy segura de que no pasa nada”, le dije a mi madre, tratando de aliviar la preocupación de su cara. “¡El timbre está sonando! Parece tan extraño decir que tenemos un ‘entrenador personal’” –me reí, intentando cambiar de tema. Al fin y al cabo, cuando yo era joven mi familia no tenía un centavo. Pero el negocio de mi padre había prosperado y nos iba mejor económicamente.

Mi madre sonrió y dijo, “Bueno, tenemos que mantenernos sanos si vamos a viajar por el mundo”. A mi madre y a mí nos encanta viajar, y a menudo soñábamos con los lugares a los que queríamos ir. Ahora me preocupaba que algo grave pudiera detener todos esos sueños.

Cuando terminamos el entrenamiento del día, mi madre le comentó mis síntomas a nuestro entrenador. Hizo conmigo algunos estiramientos y ejercicios abdominales mientras observaba mis músculos. “No se mueven ni responden a nada”, dijo, desconcertado.

“Podría ser un desequilibrio muscular, pero yo lo consultaría con un médico”, concluyó.

Mi madre me llevó al endocrino unas semanas después. Estaba muy nerviosa, y me imaginaba al médico diciéndome que tenía una enfermedad terminal. El miedo empezó a jugar con mi mente. Cuando me senté en la camilla y entró la doctora, me di cuenta de que tenía prisa. Me hizo algunas preguntas mientras me palpaba rápidamente el estómago y la espalda. Le expliqué que no podía perder peso en la zona del estómago y que no podía tirar de él hacia dentro.

Al no haberme conocido antes, le fue imposible sentir o ver el cambio en mi cuerpo. Mi figura había cambiado en los últimos meses, pero ella no tenía ningún punto de referencia. Simplemente me dijo, “Acude a este médico y que te haga un análisis hormonal para descartar el síndrome de ovario poliquístico o la enfermedad de Crohn, pero no tienes ningún otro síntoma asociado a esas enfermedades. *Probablemente, esa es la forma en que estás hecha*”. Esas palabras me

golpearon entre los ojos. Continuó con cierta condescendencia, “Todos tenemos nuestras zonas problemáticas, nuestros defectos, cosas que no nos gustan de nuestro cuerpo”.

Bueno, yo no quería oír que tenía una enfermedad terminal, ¡pero tampoco quería oír que tenía defectos terminales! Me sentí como si todo el oxígeno hubiera sido succionado de la habitación, y toda mi esperanza con él. Quería decir, “¿Ya está? ¿Así es como soy? ¿No puedes ayudarme? ¿Me voy a quedar así para siempre?”, pero me callé. Mi madre preguntó por una ecografía o un escáner. Ella no creía que fuera necesario en ese momento. Dijo que se le había terminado el tiempo y salió corriendo de la habitación. *Bueno, ¿y ahora qué? ¿Estoy loca o realmente me pasa algo?*

A pesar de la negativa de la doctora, mamá y yo *sabíamos* que algo había cambiado en mi cuerpo. Unas semanas más tarde, fuimos a ver a un terapeuta hormonal. Le explicamos los problemas y me hizo algunos análisis de sangre. En nuestra segunda visita,

me dio los resultados y me dijo que todo se veía muy bien. No había marcadores de Crohn ni de síndrome de ovario poliquístico. Su opinión fue, “Los problemas de tu cuerpo pueden deberse a la estructura de tu columna vertebral o a un desequilibrio muscular. ***Probablemente, tendrás que vivir con ello***”. Era la segunda vez que me decían eso. Una vocecita me susurraba, *“Así es la forma de tu cuerpo. Acéptalo. Puede que empeore. ¿Quién sabe? Siempre serás así de fea”*.

Los dos médicos parecían indiferentes, así que empecé a pensar que tal vez me lo estaba imaginando. O quizá sólo estaba gorda. Mi madre sugirió la posibilidad de un quiste ovárico, pero ellos aconsejaron esperar a ver si empeoraba.

Ahora mi abdomen sobresalía hasta el punto de que en varias ocasiones la gente me preguntó si estaba embarazada. La primera vez me preguntaron, “¿Para cuándo esperas?” Me quedé destrozada. Esa noche me dormí llorando. Y todas las noches siguientes, porque me lo preguntaron a

menudo. Aunque los síntomas físicos eran aterradores, era peor la vergüenza emocional por esas preguntas y por mi aspecto. Devastadora, incluso. Estando en la etapa formativa de la edad adulta, fue un duro golpe para mi imagen corporal.

Mi espalda empezó a sentirse rígida todo el tiempo. Cuando hacía ejercicio o corría, los músculos de los abdominales, las piernas y la espalda se tensaban tanto que me costaba estirarme. Ejercicios como levantar el pie por detrás para estirar los cuádriceps se volvieron imposibles. Dejé de correr a causa del dolor.

Pesaba alrededor de 135 libras y medía más de 5'9", así que no estaba "gorda", pero me sentía enorme debido a mi forma. Me condenaba cada vez que comía algo "poco saludable" porque no quería "engordar". La vergüenza por mi cuerpo me perseguía en cada probador al comprar ropa. Limitaba mi vestuario a camisas y vestidos de maternidad. Hacía todo lo posible por disimular el problema. Me ponía camisas

holgadas y muchas bufandas y chaquetas para esconder mi estómago.

¡Odiaba mi aspecto!

Empecé a aceptar el hecho de que mi cuerpo era defectuoso. Que sería así para siempre. Que nunca me sentiría bien ni podría llevar ropa normal. Que tendría que seguir limitando mis actividades físicas. Que los desconocidos seguirían preguntándome si estaba embarazada. Que quizá nunca me casaría porque nadie pensaría que era atractiva.

La desesperación y el odio hacia mí misma crecían, y mi esperanza se debilitaba. Soñaba con poder ponerme un bañador sin sentir vergüenza. Imaginaba poder caminar con zapatos de tacón alto sin tener que lidiar con dolores debilitantes durante días. Empecé a odiar cada parte de mí. Pensaba, *Ojalá fuera normal. Si me viera así o así. Si mis senos fueran más grandes y mi vientre más pequeño y mi nariz más recta y mis orejas más bonitas y...*

La autocrítica seguía y seguía, como una mala película que nunca podía apagar.

A pesar de que mis padres me animaban y me querían, yo *me* odiaba en secreto.

Tenía varios sueños para mi vida: viajar en misiones, grabar música y crear arte. A los veinte años, tuve la oportunidad de perseguir algunos de esos sueños.

DEJAR IR LOS SUEÑOS

Poco después de graduarme en la universidad, el director musical de nuestra pequeña iglesia aceptó un trabajo en otro estado y pensó que yo era la indicada para ocupar su puesto. Yo había cantado en el grupo durante varios años, pero me sentía muy inadecuada para ese puesto. “Creo que se equivocan de persona”, me reí. Aun así, la música formaba parte de lo que quería hacer con mi vida y todos me apoyaron mucho, así que acepté. De la universidad a dirigir un equipo voluntario de música con 20 personas, empecé a acostumbrarme a vivir

fuera de mi zona de confort.

Una noche, después de un servicio del miércoles por la noche, un recién llegado a la iglesia se acercó para elogiar la música y luego preguntó, “Entonces, ¿estás embarazada?” “Eh, no. No, no lo estoy. Supongo que tengo que comer menos”, intenté bromear. El cuchillo de mi corazón no me dejaba sonreír. Mi mente empezó a decirme, *No deberías estar en ese escenario dirigiendo música. Mírate. Eres una vergüenza.* Muchas veces quise abandonar.

La oportunidad de cumplir mi sueño de viajar en misiones surgió cuando nuestro grupo de jóvenes planificó un viaje a Albania, el país más pobre de Europa del Este. Fue una experiencia increíble poder ayudar en orfanatos e iglesias de todo el país y en la capital, Tirana. Me enamoré de la gente. Pero el último día, tres personas me preguntaron por mi bebé y por la fecha del parto. ¡Y delante de mis amigos, nada menos! Estaba

tan avergonzada que quería esconderme.

Aunque amaba las misiones, de nuevo mi mente me decía que no podía hacerlo. Era demasiado vergonzoso y emocionalmente agotador. ¿Cómo iba a enseñar a los demás sobre el amor si no podía amarme a mí misma?



EN EL VIAJE MISIONERO ALBANIA-ITALIA

Externamente, intentaba que las luchas internas y el dolor no me frenaran, sobre todo porque no quería que nadie pensara que me pasaba algo. Empecé a obsesionarme con mantener una cierta fachada cuando estaba cerca de los demás.

Llevaba escribiendo canciones desde la infancia y siempre me comentaban que debía grabar un disco. Me concentraba en la música y las canciones llegaban solas. Ahorré dinero, encontré un productor y grabé mi primer disco como solista en 2005.

El día que terminé la última sesión de mezclas, también fui a una sesión de fotos para la portada del álbum. Durante la sesión, el fotógrafo no paraba de animarme, “Contrae el estómago” o “Posa delgada”. Pero no podía. Quería echarme a llorar y salir corriendo del estudio. Sabía que odiaría todas las fotos.

Cuando mi álbum salió a la venta, mi banda y yo dimos algunos conciertos en mi estado natal. Recuerdo bien el último concierto que di. Fue mi último concierto porque, al final, una mujer se acercó y me dijo, “Estás embarazada, ¿verdad?” Su tono era acusador. Al fin y al cabo, durante el

concierto compartí que era soltera y que guardaba mi virginidad para cuando me casara. “No, no lo estoy”, gemí. “¡¿Qué?! ¡Tienes que estarlo! ¿Estás segura?”, dijo en voz alta. “Sí señora, estoy muy segura, gracias”, resoplé.

Nunca más quise hacer un concierto.

Las decepciones empezaron a devorar mis sueños, hasta que me di por vencida.

Las trincheras del odio a mí misma se hacían aún más profundas cada vez que alguien comentaba sobre mi cuerpo, y nunca me acostumbré. Una familia difundió rumores sobre mí, acusándome de acostarme con cualquiera y quedarme embarazada. Aparentemente, no le daba importancia. Pero por dentro estaba destrozada.

Pasé una temporada de decepciones, reveses, fracasos y heridas. Lo oculté todo bajo una sonrisa y me mantuve muy ocupada. Sin embargo, la vergüenza por mi cuerpo

resurgía inevitablemente. Dejé de perseguir mis sueños con pasión. Empecé a echarme atrás. No quería enfrentarme a la gente.

AÑOS DE CRECIMIENTO

Permíteme hacer una pausa y compartir más sobre mis antecedentes. Crecí en una familia que cree en cosas fuera de lo común, cosas sobrenaturales. Mis padres nos educaron a mis cuatro hermanos y a mí en la iglesia, y nos enseñaron que Dios es real. También nos enseñaron que nada es imposible si creemos. Eso no significa que no haya cuestionado mi fe en algún momento de mi vida, pero en el fondo siempre supe la verdad. Mis padres crearon en nuestro hogar un ambiente que nos permitió descubrir y explorar la fe.

Creo que nunca ha habido un momento en el que no creyera en Dios. Tal vez tú no creas en Él, pero te reto a que sigas leyendo. Te reto a que abras tu mente a lo que voy a contarte.

Desde muy joven, tuve encuentros con el poder de Dios. A veces, Su poder y amor me abrumaban hasta que no podía mantenerme en pie. Otras veces, tenía visiones de cosas por venir, y sucedían. En ocasiones oré por personas enfermas y fueron sanadas. Sobre todo, quería que todo el mundo conociera a Dios.

Recuerdo cuando tenía siete años, lloraba desconsoladamente al pensar que había quienes no conocían a Dios. Quería decirles a todos que los milagros eran reales y que Dios los amaba. De pequeña, era muy sensible a las heridas y dolores ajenos. Quería aliviar el sufrimiento. Les dije a mis padres que de mayor sería misionera.

Uno de esos sucesos sobrenaturales fue especialmente vívido. Cuando tenía ocho años, mi familia tuvo un grave accidente de coche, en el que un hombre se puso delante de nosotros y le golpeamos a 100 kilómetros por hora. Sorprendentemente, todos salimos ilesos con pequeños cortes y magulladuras. No debería haber ocurrido.

Mi madre, embarazada de seis meses, debería haber abortado a mi hermana después de golpearse muy fuerte contra el parabrisas y el salpicadero, pero no lo hizo. Mi hermano pequeño, Tom, ni siquiera llevaba puesto el cinturón de seguridad, pero un ángel debió de sujetarlo dentro de aquel coche destrozado, porque no sufrió ni un rasguño. Yo acabé con cicatrices alrededor de los ojos por los cristales rotos.

Cuando tenía 15 años, las cicatrices empezaron a enfadarme. Una noche, dije una sencilla oración, “Dios, no me gustan estas cicatrices y apreciaría que me las quitaras. Gracias”. A la semana siguiente, me puse delante del espejo del baño y me di cuenta de que las prominentes cicatrices habían desaparecido *por completo*. Es imposible, pero sucedió.

A los veinte años, tenía algunas cicatrices más profundas que las que podía dejar el cristal. La angustia por mi cuerpo y la vergüenza por lo que otros decían de él eran demasiado profundas para que Dios las borrara sin más.

Me guardaba para mí la mayoría de mis sentimientos. Ni siquiera dejé que mi familia se enterara de la desesperanza que libraba una guerra en mi corazón. No hay forma de describir lo que es sentir un dolor tan profundo y, a la vez, sentir que no se lo puedes contar a nadie. Aislada y sola, volqué mi corazón jornada tras jornada, año tras año. Tal vez sepas de lo que estoy hablando porque alguna vez has estado en un lugar oscuro. Quizá estés ahí ahora mismo. Resiste, siempre se ponen más oscuro antes del amanecer.

UN ENCUENTRO CON DIOS

No sólo luché contra el odio a mí misma, sino también contra el miedo. La preocupación, la ansiedad, el nerviosismo e incluso los ataques de angustia formaban parte de mi vida. Esta faceta mía era muy privada. Por dentro, mi corazón estaba dividido.

Todos los días, el miedo llamaba a mi puerta y yo lo dejaba entrar. El miedo me debilitaba. El miedo me decía cosas que me destrozaban la vida. Luché contra todo tipo de miedos. Miedo a la gente. Miedo a la muerte. Miedo al fracaso. Miedo a equivocarme. Miedo a ser juzgada. Todo tipo de miedo. Era una constante fuerza abusiva en mi vida. A menudo se disfrazaba de “seguridad”, pero en realidad era control y esclavitud. La libertad parecía muy lejana.

Una noche húmeda, en un campamento juvenil de la iglesia, estaba dirigiendo el culto en un pabellón al aire libre, lleno de adolescentes. Uno pensaría que los adolescentes querrían terminar el servicio para ir a divertirse. Pero los chicos no paraban de orar y orar, tumbados boca abajo para buscar de Dios. Nuestras voces, elevadas en el canto, se hacían más fuertes y fervientes. Nuestros corazones clamaban por una revelación de Dios mismo.

Alrededor de dos horas después de iniciado el servicio, un poderoso rayo de luz irrumpió

en mi corazón. Era una presencia más real que mis problemas, más poderosa que mi dolor. “Jesús, ¿eres tú?” susurré. Sentí una oleada de confianza, aceptación, seguridad, valor y aprobación como nunca antes había sentido. Él me amaba. Por fin lo sabía.

Aquella noche, el Dios del universo vino y abrazó a su hija quebrantada. Y no la soltó.

El amor. No me había permitido sentirme amada durante mucho tiempo. Claro, sabía que las personas me amaban. Pero nunca dejé que eso impregnara mis emociones y mi corazón.

En un destello de recuerdos, Dios me mostró cómo satanás había distorsionado mi percepción. Una percepción rota de mí misma que me llevó a romper la Ley del Amor, el mandamiento más importante:

“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente”, le respondió Jesús. “Éste es el primero y el más importante de los mandamientos. El segundo se parece

a éste: ‘Ama a tu prójimo como a ti mismo’. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas”. (Mateo. 22:37–40)

¿Lo ves? Sólo podemos amar a nuestro prójimo si amamos a Dios y *nos amamos a nosotros mismos*. Además, sólo podemos amar a los demás en la proporción en que nos amamos a nosotros mismos. La Ley del Amor exige que *nos* consideremos dignos de amor. Aprendí que si hay odio hacia nosotros mismos, es imposible recibir sanidad.

Primero, Dios tuvo que restaurar el amor y la identidad en mi vida. (Más adelante, compartiré más sobre este principio.) 1 Corintios 13:13 dice: “Ahora, pues, permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y el amor. Pero la más excelente de ellas es el amor”. Sin saber que eres amado, no puedes tener esperanza en la vida, y sin esperanza, no puedes tener fe para creer en nada. El amor es el cimiento sobre el que descansan los muros de la esperanza. La fe

es el techo que se coloca sobre los muros de la esperanza. Y el Espíritu Santo puede entonces entrar y amueblar esa casa (traer el milagro necesario).

El Maestro Constructor estaba reconstruyendo seriamente mis cimientos esa noche en el campamento juvenil. Las lágrimas se mezclaron con el sudor y corrieron por mi cara en el calor, mientras el Amor mismo se acercaba. Lo sentí. Fue como si una aceptación líquida se derramara sobre mí, y le oí decir, “Estoy orgulloso de ti. Eres perfecta. Eres adorable. No hay nada que puedas hacer para que deje de amarte. Me complaces tanto”.

1 Juan 4:8 dice, “El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor”. Esa noche, vi quién es Él: amor. Me di cuenta de que me había alejado de Su aceptación porque estaba llena de vergüenza e indignidad. Entonces, el miedo y la inseguridad (los resultados naturales de un déficit de amor) también se habían instalado.

Esa noche, fue sacudida la oscuridad que había rodeado mi vida. El odio a mí misma ya no me dominaba tanto, aunque aún no estaba totalmente destruido. La libertad empezó a amanecer en mi corazón y los oscuros pensamientos del pasado empezaron a volar como paja al viento. Aunque tardaría años en encontrar la libertad y la sanidad totales, los cimientos estaban puestos.

Recuerdo uno de mis momentos más oscuros, unas semanas antes de aquel campamento juvenil. Estaba de pie frente al espejo enmarcado en cobre de mi cuarto de baño, mirando mi cuerpo, y dije entre lágrimas, “Me odio. Te odio, cuerpo. Eres tan feo. ¡Ya no te soporto!” De repente, sentí una severa reprimenda de Dios, que me decía, “¿Cómo puedes decir eso de alguien a quien amo tanto?” Tomé aire, conmocionada. “Lo siento, Dios”, murmuré, pero seguía sin entender por qué me amaba.

Vi la fealdad de mis pensamientos, pensamientos como, *Eres una mercancía dañada. ¿Quién querría amarte? Estás rota.*

Eres fea. No mereces afecto. Siempre estarás sola. Siempre sufrirás porque eso es lo que te mereces. Nadie te querrá nunca. (Quizá alguna vez hayas tenido pensamientos como estos).

Así que empecé a hacer algo nuevo. Me ponía delante del espejo y me decía, “Me amo porque soy hija de Dios. Soy preciosa, valiosa, adorable y hermosa. Amo mi cuerpo”. A veces, decía estas cosas entre lágrimas punzantes de duda. Todavía estaba aprendiendo a creer en esas palabras.

Esas voces de odio a uno mismo tienen que callarse cuando empezamos a hablar de amor. La voz del amor acalla la voz del odio. La luz disipa la oscuridad. No hay competencia, ¡el amor siempre es más grande que el odio!

Me di cuenta de que cuando me rechazaba a mí misma, estaba rechazando a Dios, porque fui hecha a Su imagen. Génesis 1:27 (NTV) dice, “Así que Dios creó a los seres humanos a su propia imagen. A imagen de Dios los creó; hombre y mujer los creó”.

Si el maligno logra que nos rechacemos a nosotros mismos, en última instancia rechazaremos a Dios. Si nos rechazamos a nosotros mismos, tampoco podremos cumplir nuestros destinos.

El odio a nosotros mismos nos hace abortar nuestros sueños. Nos hace renunciar al plan de Dios. Trae destrucción a nuestro futuro y a nuestras familias. satanás quiere torcer la imagen que tenemos de nosotros mismos hasta que ya no podamos reconocer a Cristo en nosotros. ¿Para qué? Para que no actuemos como Cristo. Para que dejemos



EN MI VEINTENA, ANTES DE SER SANADA

de amar. Simplemente, no podemos amar bien a los demás si nos odiamos a nosotros mismos.

Mi alma se había roto y necesitaba ser tocada por el Amor más grande del universo. Pocos podían detectar mi verdadera opinión de mí misma porque era bastante reservada al respecto. Decía lo correcto para encubrir todo lo incorrecto de mi interior. Pero todo el tiempo estaba pidiendo a gritos que alguien me ayudara a volver a sentirme yo misma.

Aquella noche, en el campamento juvenil, aprendí que primero tenía que curarme del odio hacia mí misma, antes de poder curarme de mis problemas físicos. Esos malos pensamientos habían estado distorsionando mi verdadero yo, pero mi verdadero yo estaba más decidido que nunca a dejar que gobernara el amor de Dios.

Empecé a intentar vivir más de adentro hacia afuera que de afuera hacia adentro. Tomé decisiones conscientes para aceptar a diario el amor de Dios por mí, y Él empezó

a derramar aceptación en mi alma. Aprendí a reconocer la espiral descendente de emociones y pensamientos negativos que me llevaban a odiarme a mí misma. Entonces tomé la decisión consciente de combatir con mis palabras el odio a mí misma. Fue un proceso, sin duda.

Seguía luchando contra el dolor físico, pero al menos la batalla emocional iba mejorando.

TIOVIVO MÉDICO

Aun así, no tenía un diagnóstico. Después de un año con un médico que probó terapias hormonales, pensando que había una relación entre algunos problemas femeninos que tenía y el agrandamiento de mi estómago, me envió a otra doctora. Adoptó una actitud de “esperar y ver”, pero estaba convencida de que se trataba de un problema de forma corporal o de desequilibrio muscular. Varias veces quise buscar otros médicos, porque quería respuestas reales, pero sentía una fuerte advertencia, un fuerte “¡No!” en mi

interior. Creo que en ese momento todavía tenía mucho miedo, y el miedo buscaba una respuesta. Pero Dios estaba intentando sacarme del tiovivo médico para hacer las cosas de otra manera.

Hace poco, una señora me preguntó por qué no “me enfrenté antes a la enfermedad”, pero no es que no intentara obtener un diagnóstico. Lo intenté con cuatro médicos distintos. Cada vez, me daban largas o me decían “espera a ver cómo progresa”. ***Tal vez Dios me estaba protegiendo de escuchar demasiado. Quería que confiara en Él.***

A principios de 2008, seguí con la fisioterapia prescrita semanalmente, haciendo estiramientos específicos para aliviar el dolor y aflojar mis increíblemente tensos músculos conectivos centrales. Mi médico me dijo que tal vez era una consecuencia del accidente de coche de la infancia. Aunque la fisioterapia y los estiramientos ayudaron temporalmente a mis músculos, parecía que mi estómago seguía igual o empeoraba.

Después de unos meses de sesiones, el terapeuta me dijo que no debería volver a

correr ni a hacer ejercicios cardiovasculares de alto impacto porque mi columna vertebral no tenía capacidad de absorción de impactos debido a la falta de curvatura. Me quedé de piedra. Me sentía atrapada en mi propio cuerpo. Fue suficiente para sumirme en un nuevo ataque de desesperanza. Una vez más, tuve la tentación de mirarme al espejo y enumerar todas las cosas que odiaba de mí misma. Pero en lugar de eso, corrí hacia Jesús y derramé ante Él mis lágrimas y mi dolor.

Además de verme con un fisioterapeuta, me recetaron un masaje terapéutico, que empecé a recibir cada dos semanas. Un día, a mitad del masaje, le dije a la masajista que me dolía demasiado estar tumbada boca abajo mucho tiempo. Le dije que tendría que ponerme boca arriba.

Parecía preocupada y me examinó la columna. Me dijo, “¿Te has hecho alguna vez una radiografía de la espalda? Parece que te falta curvatura en la parte baja de la espalda. Y las vértebras de aquí abajo sobresalen. La lordosis de tu columna está mal”.

Las palabras de aquel primer médico volvieron a resonar. *“Probablemente es tu forma de ser. La forma en que está construido tu cuerpo”*.

UN COMPAÑERO PARA LA LUCHA

En septiembre de 2008, la iglesia había crecido y se necesitaba un administrador. Yo estaba en un panel de directores que entrevistaba candidatos para ese puesto, y una noche trajeron a alguien de Texas. Hice algunas preguntas difíciles durante su entrevista, y todos decidimos que tenía una buena cabeza sobre los hombros. Jason Freudiger fue contratado.

Ahora me burlo de él diciendo que le di el trabajo porque me pareció lindo. (En realidad, fue nuestro departamento de Recursos Humanos el que tomó la decisión de contratarle, pero no se lo digas. Jaja).

A medida que fui conociendo a Jason, descubrí que era apasionado, lleno de visión, amable y leal. Él también había superado

muchas cosas en su vida, y estaba familiarizado con mantener la fe en momentos personales oscuros. Originario de Texas, se había trasladado a Florida y ahora a Ohio, por lo que bromea diciendo que es un “misionero en el norte”. No le gusta el frío, pero resultó ser que a mí me amaba.

Cuando nuestra amistad se convirtió en amor, me aceptó y me quiso por lo que era, y nunca me dijo nada que no me hiciera sentir perfecta. Nuestra relación era fácil, cómoda y divertida. No era difícil disfrutar de la vida cuando estaba cerca de él.

Nos casamos el 20 de septiembre de 2009. ¡Qué día tan dulce!



CELEBRANDO EL DÍA DE NUESTRA BODA, CON UN VESTIDO QUE CASI OCULTABA MI ESTÓMAGO

Qué sensación tan maravillosa saber que ahora tenía un compañero para toda la vida.

Todo era hermoso. Pero entonces los problemas físicos empeoraron.

En nuestro crucero de luna de miel, pocos días después de darnos el “sí, quiero”, empecé a vomitar, a temblar y a sentir que me ardían los órganos. Me dolían mucho la espalda y la columna. Jason llamó al médico del crucero y me llevaron a la enfermería. Estaba semiinconsciente mientras determinaban que había desarrollado una infección bacteriana.

El médico de urgencias a bordo de nuestro crucero le hizo a Jason algunas preguntas familiares. “¿Está embarazada? Su estómago sobresale bastante. ¿Siempre es así?” Estaba demasiado enferma para explicar por qué mi cuerpo tenía ese aspecto. Rápidamente me hicieron un test de embarazo, que dio negativo, antes de administrarme fuertes dosis de medicación intravenosa mientras Jason me tomaba de la mano. Fue una noche de miedo para mi esposo y para mí.

A los pocos días, la infección había desaparecido. Pero el miedo seguía atenazándome.

Un mes después de casarnos, empecé a tener náuseas y dolor de estómago a diario. No podía comer nada sin sentir náuseas. Por supuesto, me hice más pruebas de embarazo por si acaso, pero todas fueron negativas. La mayor parte del tiempo, no le decía a Jason lo mal que me sentía realmente, pero él me preguntaba constantemente, “¿Estás bien?”.

Acabábamos de mudarnos a una casa de alquiler, tenía nuevas responsabilidades en casa, trabajaba a jornada completa, y no tenía tiempo para ocuparme de eso! Probé prebióticos, probióticos, antiácidos y todo lo que pensé que podría ayudar. Llevaba siempre conmigo Roloids, caramelos de menta y jengibre para intentar combatir las náuseas.

En nuestra primera Navidad como pareja, fuimos a casa de mis padres para nuestra tradicional cena de Nochebuena, pero me encontraba demasiado mal para comer nada. Miserable, acabé por tumbarme en la otra

habitación, perdiéndome la buena conversación y la deliciosa comida. Mi comida favorita del año son los huevos benedictinos de mi madre en la mañana de Navidad, pero una vez más, sólo pude comer unos pocos bocados antes de sentirme fatal. Me estaba cansando de sobrellevarlo.

Esa semana, Jason me llevó a mi doctora habitual. Me recomendó medicación con receta y me dijo, “Algunas personas tienen problemas crónicos de acidez y viven a base de medicamentos. Prueba la medicación a ver si te ayuda a sobrellevarlo. Si no, podemos probar con algo más fuerte que te quite las náuseas”. Le pregunté si creía que tenía algo que ver con mi abdomen distendido, pero estaba convencida de que mi columna era la causa de la forma de mi cuerpo. Sentí que no me escuchaba de verdad. Hace poco descubrí que todos esos síntomas se alinean con tener órganos desplazados debido a quistes o tumores.

¡No quería lidiar con otro problema “crónico”! No quería estar medicándome el resto de mi vida. Decidí no comprar la

receta y limitarme a una dieta blanda. *¡Esto es ridículo!* pensé. *Tengo 25 años. ¡Debería estar disfrutando de la vida con mi flamante esposo!*

Unos meses más tarde, a principios de marzo de 2010, mi padre fue invitado a hablar en una conferencia que se centraba en la sanidad emocional, mental y física; y sentí que tenía que ir. Oramos y decidimos creerle a Dios que iba a regresar de esa conferencia completamente libre de ese dolor y náuseas en mi estómago. Aunque no podía imaginarme libre de todo, podía creerle a Dios que sanaría este problema. Empezaría por ahí.

Después de estar sentada durante tres días de servicios llenos de esperanza y verdad de la Biblia, pude sentir que la fe crecía en mi interior. Mi amiga estaba allí y oró por mí al final del servicio. A partir de ese momento, TODAS las náuseas y los problemas digestivos cesaron por completo. Salimos a comer después de ese servicio, y al tomar el primer bocado, dije, “Creo que estoy curada”. ¡Y desde entonces no sentí más náuseas!

Aunque mi cuerpo seguía desfigurado y mi abdomen seguía siendo tan grande,

empecé a poder comer sin miedo. Había ganado una pequeña batalla y me di cuenta de que estaba en buen camino. Eso despertó en mi corazón la esperanza real de que las cosas podían cambiar.

Cuando volví a la ciudad, Jason y yo encontramos la casita más bonita en un pueblo pintoresco, a las afueras de Columbus. Dios hizo posible que pudiéramos comprarla en efectivo, ¡y estábamos tan emocionados!

Pero justo entonces, sufrí otro golpe físico. Estábamos a una semana de cerrar la compra de nuestra nueva casa cuando me enfermé gravemente. Tuve fiebre alta durante varios días, así que fuimos a un centro de urgencias. El médico dijo que tenía una infección respiratoria y me dio un antibiótico.

Empecé a tomarlo, pero tres días después no podía levantarme de la cama. El verdadero problema seguía haciendo estragos en mi cuerpo. Era lo más enferma que había estado hasta entonces en mi vida. Me encontraba demasiado débil para caminar. Me dolía

tanto que no podía mantenerme en pie y deliraba tanto que apenas podía hablar. Las manos se me ponían azules y temblaba tan violentamente por la fiebre que Jason tuvo que llevarme en brazos al coche y correr conmigo a urgencias.

Por segunda vez en mi flamante matrimonio, me encontré en el hospital, tomando fuertes antibióticos. Descubrieron el verdadero problema: pielonefritis, una grave infección renal. Sabiendo lo que sé ahora sobre el estado de mi cuerpo, también tenía todos los síntomas de la hidronefrosis (obstrucción e inflamación de los riñones debido a la presión que se ejerce sobre ellos). Además, estaba gravemente deshidratada. También era alérgica a la medicación que me habían recetado, por lo que tenía casi todos los efectos secundarios del frasco, como cambios hipoglucémicos del azúcar en sangre, lengua hinchada, mareos y náuseas. No fue divertido.

Teníamos que irnos de la casa de alquiler e instalarnos en la nueva a finales de

la semana siguiente. Me centré en recuperar fuerzas y obligarme a comer proteínas cada dos horas para mantener el nivel de azúcar en sangre lo suficientemente alto, mientras Jason se afanaba en preparar la mudanza. Recuerdo que mi maravillosa familia fue a casa y ayudó a Jason a hacer todo el trabajo, mientras yo me quedaba tumbada diciéndoles dónde iban las cosas.

Unos meses más tarde, sufrí otra infección renal, de nuevo acompañada de fiebre, debilidad, náuseas, y que requirió reposo en cama. Al menos, esta vez reconocí los síntomas lo bastante pronto como para atajarla a tiempo. Durante el día, me quedaba en casa de mis padres para que alguien pudiera vigilarme mientras Jason iba a trabajar. Estaba muy débil. Varias veces me desplomé en el suelo y tuve que pedir ayuda a mi madre. Más medicación. Más facturas médicas. Los médicos empezaron a comentar que la frecuencia de las infecciones no parecía normal y no estaban seguros de dónde podían provenir. satanás luchaba con todas sus fuerzas para robarme el brote de

esperanza que había surgido a principios de ese mes de marzo.

Cuando me vi con fuerzas, Jason y yo empezamos a volcarnos en hacer de nuestra nueva casa un hogar, y yo intentaba no quejarme de mis problemas físicos.

Tenía la sospecha de que lo que me estaba causando problemas en el abdomen también estaba interrumpiendo el buen funcionamiento de los órganos, lo que tal vez favorecía un entorno en el que podían propagarse las infecciones.

CONECTANDO CON LA RESPUESTA

Permíteme darte una pequeña idea de mi mentalidad en aquel momento. Durante todos estos años de miedo y dolor, sabía que Dios seguía sanando a la gente, pero no podía imaginarme sanada. Sabía que Dios era más poderoso que este problema, pero me sentía impotente para conectar con Sus soluciones para mi cuerpo. Si me hubieras preguntado

durante esos años, “¿Sigue Dios sanando a la gente como dicen las historias de la Biblia?”, yo te habría dicho, “¡Sí! ¡Por supuesto!” Estoy segura de que un escéptico podría haber contestado, “Bueno, entonces, ¿por qué no estás curada?” Buena pregunta. Llegaremos a eso y volveremos a mi historia en un momento.

Primero, permíteme darte una ilustración. Un día, una mujer llamó a un centro de atención al cliente para quejarse de que su flamante ordenador de última generación ya no se encendía. “No paro de darle al botón de encendido, pero no se enciende”, se quejaba. “¿No puedo creer que me hayan vendido un trasto!”

El representante de atención al cliente le hizo algunas preguntas y la guio a probar algunas soluciones, sin resultado. Entonces le preguntó, “Señora, puede parecer una pregunta tonta, pero, ¿podría comprobar si el cable de alimentación está bien enchufado?”

“¿Cree que soy tonta?”

“Por favor, compruebe la fuente de alimentación para darme gusto, señora”.

Larga pausa. “Oh... está desenchufado”, respondió tímidamente.

No había nada malo con el ordenador, y no había nada malo con la electricidad en la toma de corriente; pero hasta que no enchufara el cable, nada iba a suceder. Había una desconexión.

Ese era mi problema. Sencillamente, había una desconexión entre mi cabeza y mi corazón. Tenía mucha teología en la mente, pero mi corazón estaba desconectado de la Fuente de Poder. Mi desconexión provenía de varias cosas que quiero mostrarte más adelante (la mayor de las cuales era un problema de identidad causado por el odio a mí misma contra el que luché a principios de mi veintena).

Si tú o yo fuéramos hijos de un influyente multimillonario, tendríamos ciertas ventajas, acceso especial y una gran influencia que vendrían con nuestra posición en la familia. ¡Ser hijo de Dios conlleva todo eso y más! Pero tenemos que saber que estamos en la familia. Mientras buscaba a Dios en ese primer año de matrimonio, Él comenzó a

mostrarme mi identidad como Su hija y lo que eso significaba. Todavía luchaba por creer lo que Dios decía sobre mi identidad y valor, por lo tanto, tampoco creía lo que Él decía sobre mi salud.

Quería estar bien, pero estaba enferma. Había una desconexión que no podía reconciliar.

Muchas personas experimentan una desconexión entre lo que quieren y lo que tienen.

Se dice que la mayor brecha del mundo es la que existe entre el saber y el hacer. Si todos hiciéramos lo que sabemos hacer, seríamos delgados, ricos y felices. Yo añadiría que también puede haber una brecha entre saber (conocimiento intelectual) y creer (conocimiento del corazón). Y sin creer, nunca actuaremos por fe. Y de hecho, Dios no puede “hacer” sin que primero “sepamos” y luego “creamos”. ¿Por qué? Dios ha dado a los humanos libre albedrío. Eso significa que ha limitado Sus acciones a lo que le permitimos hacer en nuestras vidas.

El factor conector de la fe es lo que le permite a Dios actuar en favor nuestro.

La fe es lo que nos une al poder de Dios, como un cable eléctrico conecta la lámpara a una fuente de energía. ¿Qué es la fe? La fe es creer con absoluta certeza. Es estar totalmente de acuerdo con alguien. Es estar plenamente convencido de algo. Cuando estamos totalmente de acuerdo con lo que Dios dijo, y creemos con certeza que se aplica a nosotros, podemos tener aquello que acordamos con Él. Si no permanecemos totalmente convencidos y de acuerdo con Dios, habrá una desconexión.

Recientemente, un joven se me acercó y me dijo, “He estado enojado con Dios por mucho tiempo porque mi padre murió de cáncer, y él era pastor. Dijo que creía que Dios podía curarle. Aun así murió. Pero creo que empiezo a entender por qué. Tenía miedo del cáncer. No pienso que creyera que Jesús podía curarlo. Tal vez permitió que el miedo venciera su fe”.

Es una verdad difícil de asumir, pero a menudo, cuando vemos una discrepancia

entre las promesas de Dios y lo que realmente tenemos en nuestra vida, es porque hay una desconexión entre lo que sabemos y lo que realmente creemos. No es porque Dios cambió de opinión o “apagó” Su poder. Es porque no hemos conectado el cable de alimentación. Los deseos no nos conectarán a la fuente de poder de Dios. Decir, “Espero que Dios me ayude,” no hará la diferencia, porque la esperanza no puede conectarnos a la fuente de poder de Dios. Dice en Hebreos 11:6 (NTV):

Sin fe es imposible agradecer a Dios. Todo el que desee acercarse a Dios debe creer que él existe y que él recompensa a los que lo buscan con sinceridad.

A veces, en mitad de los síntomas y los informes aterradores, es difícil para una persona enferma poner toda su confianza en Dios. Las personas pierden las ganas de vivir. Pierden la esperanza. Se cansan de luchar. Se desconectan de la Fuente de Poder. Puede que ni siquiera lo noten porque todavía dicen a

los demás las cosas correctas, pero creen algo diferente en su interior. Lo sé por experiencia. Alguien puede decir a un familiar, “Sí, quiero vivir”, pero en su corazón ya ha renunciado a la voluntad de vivir.

No siempre podemos distinguir entre lo que alguien dice y lo que realmente cree. Sólo Dios sabe lo que hay en el corazón de una persona. El punto es que no podemos culpar a Dios por el dolor y el sufrimiento que vemos a nuestro alrededor. Debemos saber que Él es sólo bueno. No fue Su culpa que yo estuviera enferma. Como dice mi papá, “¡El problema debe estar en nuestro lado, porque no está en el lado de Dios!”.

En otras palabras, todavía me faltaba algo de conocimiento y comprensión sobre cómo conectar con la respuesta de Dios. Cuando nos encontramos en una situación que no mejora, debemos clamar, “¡Dios, ayuda a mi incredulidad! ¡Muéstrame lo que tengo que hacer! Cámbiame, Dios!”

Algunas personas argumentan que no debe existir un Sanador porque hay tanto

dolor y enfermedad en el mundo. Yo les preguntaría lo siguiente: ¿Sólo porque hay personas con dientes terriblemente podridos, significa que los dentistas no existen? No. Sólo significa que esas personas con dientes podridos no han ido al dentista y no han recibido atención dental. Lo mismo ocurre con la sanidad. Solo porque hay personas enfermas no significa que no existe un Sanador. Solo significa que los enfermos no han ido a Dios para recibir sanidad.

Ciertamente, no digo esto para hacer sentir mal a nadie por atravesar cosas difíciles. No quiero que nadie se sienta condenado o como si no lo estuviera haciendo todo bien, como si no estuviera siguiendo una fórmula mística. (Por cierto, la fe no es una fórmula.) Entiendo que hay una lucha espiritual muy real entre la salud y la enfermedad, entre la fe y el miedo, y que hace falta valor y determinación para seguir luchando. Digo todo esto porque yo tampoco viví lo que predicaba.

Cada vez que intentaba creer en un milagro de Dios durante esos años de

enfermedad, aparecía un asesino de la fe, algo que me decepcionaba y me desanimaba. Ya fuera un comentario hiriente de alguien o un nuevo síntoma, una batalla contra el odio a mí misma o un informe médico, parecía que no podía aferrarme a la fe en Dios para sanar. Se podría decir que era una “hipócrita del corazón”. Estaba atrapada entre dos realidades: la que prometía la Biblia y la que experimentaba mi cuerpo. No podía conciliar las dos.

Al inicio de mi veintena, fui lo que la Biblia llama “de doble ánimo” e “inestable en todos mis caminos” (Santiago 1:8), porque un día creía que podía mejorar y al siguiente me hundía en la desesperación. Si hubiera sido sincera conmigo misma, hubiera reconocido que no estaba plenamente convencida de poder mejorar, porque tenía una imagen muy fuerte de ser defectuosa y desfigurada. *Una mercancía dañada.*

Finalmente, me di cuenta de que tenía que eclipsar mis creencias erróneas con las correctas de la Palabra de Dios. Tenía que

enviar promesas bíblicas a mi guerra interna, como armas para combatir las mentiras a las que permití invadir mi corazón.

Comencé a ayunar y a orar, preguntándole a Dios qué más necesitaba arreglar por mi parte para recibir sanidad completa. Y Él me lo dijo.

PERDÓN

En aquel campamento juvenil, había empezado a luchar para amarme como persona y recuperar mi identidad. Dios me mostró que la salud física es sólo una parte de lo que completa a una persona. La salud emocional es clave para estar realmente bien. Mis emociones seguían necesitando una sanidad más profunda. Quería estar sana, pero primero necesitaba sanar emocionalmente. La salud física formaba parte de la restauración de mi identidad, pero primero tenía que llegar la salud emocional. Estar emocionalmente sano significa estar en paz con uno mismo y con los demás. Y yo no lo estaba.

Dios me mostró el siguiente paso: Tenía que perdonar a las personas que me habían hecho cosas maliciosas, que habían murmurado en mi contra, que me habían hecho sentir menos bella o digna que ellos. Y lo más importante, tenía que dejar ir las palabras que habían dicho contra mí. Me habían dicho cosas hirientes a lo largo de mi jornada. Hubo ataques personales contra mí por parte de personas que estaban en lugares oscuros.

La gente herida hiere a los demás. Y si vamos a vivir así, en algún momento alguien nos va a herir. Me habían dicho que yo no era esto o aquello. Me habían hecho sentir menos que suficientemente buena, a propósito o no. Y yo seguía viviendo con las dudas que esas palabras y acciones me habían infligido. ***No tenía confianza en mí misma a causa de esas experiencias.***

Ahora Dios me desafiaba a perdonarlos y a olvidar esas palabras. *Pero, ¿cómo puedo olvidar lo que me dijeron?*, pensé. Dios me respondió, “Dando más importancia a lo

que digo de ti”. Era hora de dejar de vivir en las palabras de mis críticos. Las dudas generadas por esas palabras me estaban llevando a cumplir sus predicciones y hacerlas realidad.

Tenía que recuperar el valor y la confianza en mí misma. Empecé a pasar más tiempo adorando en presencia del Gran Yo Soy, porque me hacía sentir estupenda el solo hecho de estar cerca de Él.

Dice en Hebreos 4:16

Así que acerquémonos con confianza al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos.

Para recibir sanidad, tuve que recuperar mi confianza. La falta de perdón, la autocompasión, la mentalidad de víctima y el síndrome de martirio te robarán la audacia más rápido de lo que puedes decir: “¡Ay de mí!” Mi personalidad es

más bien acomodada y “me dejo llevar por la corriente”, por lo que tiendo a entregar a otra persona las riendas de mi vida si no tengo cuidado. Es fácil que me preocupe demasiado por las opiniones de los demás. Puedo dejarme llevar fácilmente por lo que otros quieren y esconder mis verdaderos deseos.

Ahora tenía que enfrentarme al enemigo para defender lo que me pertenecía por derecho. Tenía que encontrar la confianza para volver a tomar las riendas, dejar de vivir en el pasado o en la sombra.

Era hora de empezar a vivir como una hija segura del Rey.

Dejé atrás el dolor. Dejé de ser una víctima. Empecé a amar de verdad y a orar por las personas que me habían herido en el pasado. Estaba en paz con ellos en mi corazón. De hecho, ¡quería hacer algo bueno por cada uno de ellos! Alguien dijo una vez que la amargura es como beber veneno y esperar que haga daño a la otra persona, cuando, en realidad, sólo va a matarte a TI.

Mirando hacia atrás, muchas de esas personas quizá no sabían que me habían hecho daño. Probablemente, no fue intencional. No lo sé, y en realidad no importa. Yo también le he hecho daño a otros, así que tuve que perdonarme por mis errores. Nadie es perfecto, todos pecamos y fuimos destituidos.

Empecé a orar, “Jesús, ayúdame a tener el mismo poder de perdonarme a mí y a los demás que Tú tuviste en la cruz, cuando dijiste de tus asesinos: ‘Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen’” (Lucas 23:34a).

El perdón era parte de la sanidad interior que tenía que producirse antes de que yo pudiera ver la sanidad exterior. Fue una sanidad que gané después de meses de permitir que el amor de Dios cambiara mis emociones. Llevé un diario con mis pensamientos, oraciones y sentimientos, pidiéndole a Dios que me ayudara a renovar mi mente a Su realidad.

*Tenía que creer lo que Él creía de mí,
para recibir lo que ya me había dado.*

REALIDAD ENGAÑOSA

No podemos juzgar la validez de la Palabra de Dios basándonos en la experiencia de otra persona. No podemos juzgar la existencia de Dios basándonos en nuestros sentidos. Nuestros sentidos pueden mentir. Lo que percibimos como realidad puede ser engañoso; lo que vemos con nuestros ojos naturales no siempre es la verdad. Nosotros, como humanos, no podemos ver los motivos y las intenciones en los corazones de las personas como Dios lo hace. Vemos una situación y tomamos una decisión en base a la evidencia que tenemos. Sin embargo, esa conclusión puede no ser exacta.

La gente solía creer que la tierra era plana basándose en la evidencia que tenían en ese momento. Si alguna vez has visto a un ilusionista o a un mago, sabrás que nuestros sentidos pueden ser engañados. Por eso, no podemos juzgar las situaciones basándonos en nuestras emociones o sentidos físicos.

Cuando ponemos más confianza en las emociones o experiencias humanas que en Dios, estamos condenados a la decepción y al fracaso. He escuchado decir, “Bueno, el Hermano Fulano de Tal era un buen hombre que creía en la sanidad y murió de un ataque al corazón. Así que no creo que Dios cure a todo el mundo”, o “Si Dios es bueno, ¿por qué murió mi hermana de cáncer de mama?”

Escucha, mi falta de fe NO era una indicación de la falta de poder de Dios.

Era una indicación de la condición de mi corazón, mi pensamiento desordenado acerca de mí misma, y mi falta de conocimiento.

Nuestras situaciones y sentidos pueden tratar de hacernos creer que los estímulos negativos a nuestro alrededor son la Verdad, pero tenemos que confiar en que la Verdad de Dios se encuentra en Su Palabra, y convertirla en nuestro modo de vida. Dios no puede mentir, y todas Sus promesas son “Sí” para aquellos que creen. Números 23:19 dice:

“Dios no es un simple mortal para mentir y cambiar de parecer. ¿Acaso no cumple lo que promete ni lleva a cabo lo que dice?”

Si Él promete salud, no es un tal vez. Siempre es un “¡Sí!”. En 2 Corintios 1:20 dice:

Todas las promesas que ha hecho Dios son “sí” en Cristo. Así que por medio de Cristo respondemos “amén” para la gloria de Dios.

Nótese que NOSOTROS somos los que tenemos que decir “Amén” –que simplemente significa “así sea” – a lo que Dios ya ha prometido. Así que la conversación podría ser así:

Yo: “Dios, ¿quieres sanarme?”

Dios: “¡Sí! Jesús demostró mi voluntad para la humanidad. Sanó a todos los oprimidos por el diablo (Hechos 10:38)”.

Yo: “¡De acuerdo! Como no puedes mentir, creo que tu ‘Sí’ es la Verdad. Ahora digo que lo tendré. Así sea para mí!”

Romanos 3:4 dice: “...Dios es siempre veraz, aunque el hombre sea mentiroso...” Siempre habrá personas que duden de la Palabra de Dios, o que traten de hacerla más complicada de lo que es. Siempre habrá mentiras perpetuadas por satanás en nuestra cultura, incluso en las iglesias. Él es el padre de todas las mentiras y no hay verdad en él. Jesús dijo esto acerca de satanás en Juan 8:44b:

Desde el principio éste ha sido un asesino, y no se mantiene en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando miente, expresa su propia naturaleza, porque es un mentiroso. ¡Es el padre de la mentira!

Siempre habrá cosas malas en este mundo porque, al igual que hay un Dios bueno, hay un diablo malo, y su misión es destruir a los seres humanos (Juan 10:10). ¿Por qué nos odia satanás? Porque Dios nos ama, y satanás es enemigo de Dios. Por

lo tanto, también es nuestro enemigo. Él nos causará dolor si le permitimos entrar en nuestras vidas. Quiere asesinar a los humanos. Pero no puede hacerlo a menos que legalmente le demos el derecho.

Nuestro enemigo impide que las malas elecciones o los patrones erróneos de pensamiento *parezcan* el camino a la muerte, aunque lo sean. El los hace parecer buenos, placenteros, normales –realidad. satanás es un ilusionista. Es muy bueno haciendo que los seres humanos creen una mentira (Juan 8:44). Así es como consiguió que la humanidad desobedeciera a Dios en primer lugar (¡Lee Génesis 3!). Por eso, debemos comparar constantemente nuestros estilos de vida y patrones de pensamiento con las normas y la Palabra de Dios.

Ahora sé que una vez creí mentiras sobre mí misma (“Así es como eres. Siempre serás así. Simplemente, estás rota”). Mientras tanto, decía que creía en la sanidad. Dirigía el culto de mi iglesia y llevaba una vida tan buena como podía, pero sólo mantenía las

apariencias por fuera mientras satanáas me comía viva por dentro.

Exteriormente, hubiera parecido que estaba “haciendo todo bien”. Pero lo que salía de mi boca y lo que había en mi corazón eran dos cosas diferentes. No me digas que nunca has dicho algo en lo que no creías. Ahí es donde yo estaba, diciendo una cosa pero creyendo otra. Decía, “Estoy curada”, pero lo que realmente creía era, “Así soy y siempre seré”. Mi *imagen mental* de quién era y cómo me veía tenía que cambiar.

LAS RADIOGRAFÍAS

Finalmente, fui a un nuevo médico que me hizo unas radiografías; y cuando las vi, conocí el interior del cuerpo que me había dolido durante nueve años.

Me mostró que había perdido la curvatura de la parte baja de la espalda y que algunas vértebras inferiores parecían empujadas hacia fuera, salidas de su sitio. Parecía como si algo allí dentro estuviera

empujando todos mis huesos. Y ahí estaba: una masa grande y turbia en mi abdomen. Así que no se trataba de la forma normal de mi cuerpo o mi columna vertebral, como otros médicos habían sugerido. Sin dudas, había algo ahí dentro, y estaba creciendo.

Cuando contemplé esa radiografía, por fin pude ver el cuadro interno que causaba los problemas físicos externos. Tenía los intestinos metidos en la caja torácica, como una mujer embarazada. Mis órganos estaban presionados, los nervios, pinzados.

El médico me explicó estas observaciones. Dijo que habría que consultar a otros especialistas. Pero también era cristiano y me recordó que Dios era más que capaz de sanar esta situación.

Cuando vi esas radiografías, tuve que tomar una decisión. *¿Qué hago ahora, Señor?* pensé. *¿Debo acudir a otro especialista?* *¿Y si me tienen que operar de gravedad?* *¿Y si al extirpar el tumor tienen que extirpar otros órganos?* *¿Y si necesito una histerectomía?*

Mi madre había padecido un quiste ovárico en sus años mozos, y mi mente se precipitó ante esa posibilidad. Empecé a pensar en mi sueño de tener hijos. *¿Y si...?* No. No iba a permitirme pensar en los “y si...”

Después de hablarlo con mi marido, acordamos por el momento no pedir cita para ver a otro médico. Sabía que primero tenía que luchar contra ese miedo. Por cierto, nunca tomes una decisión cuando estés luchando contra el miedo. Espera a escuchar la guía de Dios. Ponte en un lugar de paz y confianza. Cuando escuchas al miedo, seguirás cualquier sugerencia menos la de Dios, y tomarás malas decisiones.

Mientras oraba esa noche sobre el problema, distraídamente hojeé algunos álbumes de fotos. Me devolvieron la mirada las fotografías de Jason y mías cuando éramos bebés y, de repente, mi deseo de toda la vida de ser madre se abalanzó sobre mi corazón. Se me saltaron las lágrimas ante la intensidad de aquellas emociones. Jason y yo acabábamos de celebrar nuestro

primer aniversario y estábamos preparados para formar una familia. Pero en el fondo de mi mente, estaba la preocupación por este problema de salud y el hecho de que haría muy difícil gestar un bebé, tal vez, incluso, imposible. ¿Tendría algún día a mi precioso hijo en brazos?

Dios, no quiero renunciar a mi sueño de tener hijos, pensé.

“*No tienes por qué*”, oí que Dios susurraba a mi corazón.

Esas palabras de Dios, como el viento que levanta una cometa del suelo, reforzaron de repente mi valor. La voluntad de luchar surgió dentro de mí. ¡*No!* No me quedaría quieta para permitir que satanás me robara mi futuro. ¡Basta ya! No lloraría la pérdida de *nada*, porque nada estaba perdido. El único que iba a perder sería satanás. Me levanté, me sequé las lágrimas de los ojos y oré (o más bien grité) una “oración de Ana”. (Ver 1 Samuel 1 y 2.)

Ana era una mujer de la Biblia que estuvo sin hijos durante años, hasta que

clamó a Dios y Él la sanó. Un año después de su oración, dio a luz al poderoso profeta Samuel.

Aquella noche, clamé a Dios y le dije, “Señor, quiero ser sanada antes de quedar embarazada. Quiero poder tener hijos. Los criaré para que te sirvan todos los días de su vida, y los cuidaré y los amaré. Te los dedico ahora mismo, y creo que puedes sanar mi cuerpo para que pueda tener hijos y llevarlos sin dolor. Y voy a hacer lo que sea necesario para deshacerme de la incredulidad en mi corazón. Pase lo que pase, ¡voy a luchar contra este miedo y conseguir la victoria!”

Decidí que me iba a sanar por completo, de la cabeza a los pies. No quería simplemente seguir lidiando con los síntomas. Decidí que se había acabado.

A veces pienso que sólo necesitamos tener determinación. Necesitamos tener una fe del tipo “cueste lo que cueste”, como Ana. Y como los hombres de la historia que voy a contarte.

Marcos 2 cuenta la historia de cuatro hombres que intentaban llevar a su amigo paralítico hasta Jesús para que orara por él, pero no pudieron atravesar la multitud que rodeaba la casa donde Jesús enseñaba. En lugar de darse por vencidos o enfadarse, ¡se las ingeniaron! Se subieron a la casa, abrieron un agujero en el tejado y bajaron a su amigo justo delante de Jesús. Esa es definitivamente la clase de fe que se necesita. Esto es lo que pasó:

Luego bajaron al hombre en la camilla, justo delante de Jesús. Al ver la fe de ellos, Jesús le dijo al paralítico, “Hijo mío, tus pecados son perdonados”.

¡Pero eso no es todo! Continúa diciendo:

Entonces Jesús miró al paralítico y dijo, “¡Ponte de pie, toma tu camilla y vete a tu casa!” Y el hombre se levantó de un salto, tomó su camilla y salió caminando entre los espectadores, que habían quedado atónitos. Todos

estaban asombrados y alababan a Dios, exclamando, “¡Jamás hemos visto algo así!” (Marcos 2:4b, 10b–12, NTV).

Yo sentía ahora la misma determinación que tenían aquellos hombres. Era la determinación desesperada de cambiar.

Traté de imaginarme cómo debería ser mi cuerpo, mi columna vertebral y mi estómago. Entonces sentí que el Espíritu Santo me ordenaba que empezara a orar contra el crecimiento que estaba afectando a mis órganos. Dios sabía exactamente lo que estaba mal y me estaba diciendo cómo orar. Era lógico pensar que un tumor o quiste estaba ejerciendo presión sobre mis músculos, columna vertebral y órganos, ¡y tenía que desaparecer! Imaginé en mi mente que esa cosa desaparecía.

“¿Hubiera estado mal que te operaran?”, me preguntó alguien una vez. No, pero la idea de hacerlo me daba mucho miedo. Tuve que hacer lo que me daba paz en ese momento de mi vida.

Creo que Dios puede utilizar a los médicos para hacer cosas maravillosas. Él hizo nuestros cuerpos para curarse a sí mismos de muchas maneras, y los médicos pueden ayudar a nuestros cuerpos en ese camino. En última instancia, los médicos simplemente ayudan al cuerpo de alguien a hacer aquello para lo que Dios lo creó. Él puso en los hombres la sabiduría para la sanidad. Si dependiera de satanás, no habría curas ni médicos. Así que los médicos hacen cosas buenas, y Dios usa a los médicos. **Pero Dios no está limitado a usar doctores**, y Su poder es más que capaz de reemplazar partes del cuerpo, reparar huesos rotos, remover tumores y cánceres, y sanarnos en todo sentido, sin intervención humana.

En última instancia, la Biblia dice que Dios proveerá una vía de escape de la tentación (1 Corintios 10:13), y eso incluye la tentación de ceder al miedo. Por lo tanto, si nos sentimos tranquilos con la idea de ver a un médico o someternos a algún tipo de procedimiento, debemos seguir esa

tranquilidad. Si fortalecemos nuestra fe lo suficiente como para ser capaces de imaginar la sanidad sin intervención médica, tanto mejor.

Tal vez Dios nos guíe a una combinación de los dos, al igual que un pastor amigo nuestro que fue diagnosticado con cáncer y decidió extirpar el tumor canceroso, pero no se sometió a quimioterapia o radiación. En lugar de eso, siguió una estricta dieta de limpieza, y un año después estaba 100% libre de cáncer.

Depende de nuestra fe determinar lo que podemos imaginar como posible. En mi caso, sabía que tenía más fe en la curación sin intervención médica, que en que la intervención médica saliera bien y solucionara el problema.

Ese fin de semana, en la Iglesia Faith Life, mi padre (a quien cariñosamente llamo “Pastor Papá”) comenzó a enseñar una serie sobre sanidad, llamada, “Vive a Plenitud: El Seguro Médico de Dios”. Era el momento perfecto, y después del servicio supe que

quería creer en Dios para la sanidad, sin ninguna cirugía. Jason estuvo de acuerdo.

Durante las siguientes semanas de asistir a las enseñanzas de sanidad en la iglesia, escuché muchas escrituras de la Biblia (que he incluido al final de este libro). Escuché muchos testimonios de personas que habían sido sanadas por Dios a pesar de que parecía imposible. Empecé a entusiasarme. El miedo empezó a convertirse en fe. Empecé a ver lo que era “normal” para Dios, y no era la enfermedad.

Me di cuenta de que satanás me había engañado para que aceptara la enfermedad como mi “normalidad”.

¡Dios no me hizo así! Simplemente, había aceptado lo que la primera doctora me había dicho, que así era yo, que tendría que vivir con ello. Y había mordido el anzuelo.

Había permitido que satanás se instalara en mi mente y en mi cuerpo. Le había permitido invadir mi territorio. Mi cuerpo es el templo de Dios, Su propiedad (1 Corintios 6:19–20), y había permitido que

la enfermedad se quedara por demasiado tiempo. Era hora de echarla.

Estaba cansada de la vergüenza. Estaba cansada del dolor. Estaba cansada de estar cansada. Y finalmente, vi que no tenía que seguir viviendo así.

Los hechos decían que todavía estaba enferma, pero la Verdad de Dios decía que estaba curada.

LOS HECHOS VS. LA VERDAD

Hay una gran diferencia entre los hechos y la Verdad. La ciencia y las circunstancias hablan de hechos. Dios habla la Verdad. Él es más grande que cualquier evidencia física, cualquier enfermedad o dolencia. Nuestros hechos pueden venir de un doctor, pero nuestra verdad debe venir solamente de la Verdad de Dios. Punto.

Verás, yo había aceptado el problema como verdad –MI verdad. Pero era sólo un hecho que podía ser cambiado por la Verdad. Cuando la Verdad y los hechos no se alinean,

tenemos que desempeñar nuestro papel para alinearlos o ponerlos de acuerdo. Me explico.

Muchas veces, el reino físico no se alinea con el reino espiritual del cielo. Es nuestro trabajo alinearlos de nuevo, usando nuestra fe como la “maquinaria pesada” y la Palabra de Dios como patrón.

Jesús lo dijo de esta manera en Mateo 17:20 (NTV):

“Ustedes no tienen la fe suficiente”, les dijo Jesús. “Les digo la verdad, si tuvieran fe, aunque fuera tan pequeña como una semilla de mostaza, podrían decirle a esta montaña, “Muévete de aquí hasta allá”, y la montaña se movería. Nada sería imposible”.

¿Qué significa alinear lo físico con lo sobrenatural, con el cielo? Permíteme ilustrarlo con un escenario.

Un día, les dices a tus hijos que no pueden jugar en la calle porque sabes que les hará daño. Pero tu hijo de 15 años sale y se

pone a montar monopatín en una carretera muy transitada. La verdad es que tú, como padre, no permites ni apruebas ese peligroso comportamiento. El hecho es que tu hijo adolescente se salta tus normas y juega en la calzada. Sales de casa y le gritas, “¡Sal de la calzada ahora mismo! No puedes jugar ahí”.

Tu hijo quiere demostrar que es lo bastante mayor como para tomar sus propias decisiones, así que sigue saltándose tus normas. Le vuelves a gritar, “¡Si me quieres, sal del camino!” Esta vez, tu hijo se aparta de la carretera a regañadientes, justo a tiempo. Un conductor borracho en un camión toma la curva a toda velocidad, y seguramente habría matado a tu hijo si hubiera desobedecido tu orden un momento más.

¿Qué ha ocurrido? Tus palabras alinearon a tu hijo con tu voluntad para su vida, pero ese hijo tuvo que elegir actuar según tus palabras. Tu voluntad no era que tu hijo muriera atropellado por un camión, ni lo estabas “permitiendo”. Tu hijo se había salido de tu voluntad, de los límites de la protección.

Tal vez, tus vecinos observaban a tu hijo jugando en la autopista y decían, “¡No puedo creer que permita que su hijo vaya en monopatín por esta carretera de cuatro carriles! Está claro que es un mal padre”. Pero esa no es la verdad. El hecho de que tu hijo incumpliera tus normas no te convertía en un mal padre. Tu hijo tiene libre albedrío y, simplemente, estaba ejerciendo su voluntad en contra de la tuya. Cuando dijiste las últimas palabras y tu hijo finalmente decidió actuar de acuerdo a ellas, *se alinearon* la verdad acerca de tu voluntad y el comportamiento de tu hijo.

Dios ha hablado Su voluntad a través de Jesús. Él también ha establecido principios espirituales y leyes naturales en la tierra para nuestro beneficio. Quiere hablarnos acerca de estos principios. ¿Pero estamos escuchando? ¿Estamos viviendo en ellos? ¿Los estamos aprendiendo diligentemente? Y más allá de eso, ¿estamos también pronunciando la voluntad de Dios sobre nuestras vidas? ¿Estamos haciéndonos eco

de la voluntad del cielo para nuestras vidas, trayendo el cielo a la tierra?

Cuando finalmente comenzamos a actuar en la Palabra de Dios y luego hablamos esas mismas Palabras con autoridad, ¡la materia física cambia! ¡Las montañas se mueven! El reino natural se alinea con la realidad del cielo.

El comportamiento de nuestros cuerpos se alinearán con la Verdad de la voluntad de Dios para nosotros.

Dios es un buen papá, un buen padre, y no quiere que muramos. Pero nosotros somos los que debemos obedecer Sus palabras y alinear la Verdad y los hechos, el cielo y la tierra. Tenemos que traer las leyes de Su Reino a nuestras circunstancias. Tenemos que vivir bajo las reglas del cielo aunque vivamos en la tierra –¡también se aplican aquí! Así como tu voluntad para tu hijo se aplica dentro de la casa tanto como fuera de ella, la voluntad de Dios para nosotros se aplica aquí en la tierra tanto como en el cielo.

No debería haber discrepancia entre la autoridad de Dios en nuestras vidas ahora que residimos aquí, y la que ejercerá sobre nosotros en el cielo algún día.

Claro, tenemos que luchar contra nuestros deseos mundanos y antojos pecaminosos, pero la Verdad es el estándar de oro, como se demostró en la vida de Jesús. Podemos basar nuestra teología en la vida de Jesús. Él vino a mostrarnos las opciones paternas de Dios. Jesús sólo hizo lo que vio hacer a Dios Padre, demostrándonos así Su voluntad. Por cierto, ¡Él no cambia de opinión como lo hacemos los padres terrenales! Él es constante, fiel y digno de confianza.

Permíteme compartir un ejemplo de cómo viene el cielo a la tierra, ejemplificado en la vida de una amiga. Durante la primera semana de las enseñanzas de “Vive a Plenitud” que mi papá estaba dando en nuestra iglesia, mi amiga Amy compartió su historia. Ella dijo que había estado sufriendo debilitantes migrañas a diario. Eran tan fuertes que

tenía que ponerse inyecciones semanales en el cráneo para aliviar el dolor. Tenía que quedarse en casa en una habitación a oscuras, sin poder disfrutar de su vida de recién casada. Ya sin esperanza de curar el problema, había llegado al límite de sus fuerzas. Fue entonces que recurrió a Dios. Buscó en su Biblia cuál era la voluntad de Dios para su salud. Encontró Romanos 8:11 (RV):

Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, *el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros* (énfasis añadido).

El diccionario dice que la palabra *vivificar* significa “volver a la vida, o revivir”; y *revivir* significa “hacer (a alguien o algo) fuerte, sano o activo de nuevo”. En otras palabras, Amy se dio cuenta de que su cuerpo podía recuperar su estado original de vigor, salud y actividad, sin dolor.

Amy dijo que después de orar con su marido, las migrañas habían cesado por completo. Los médicos no tenían explicación. Estaba totalmente liberada de las garras del dolor.

Cuando escuché la historia de mi amiga, me aferré a ella. Yo también quería recuperar mi cuerpo REAL, tal como Dios lo había diseñado. Quería restaurarlo.

Decidí que tenía que empezar a bombardear mi mente con la Palabra de Dios hasta que desapareciera toda duda, hasta que estuviera convencida de que era la voluntad de Dios sanarme. No corrí al altar para que oraran por mí ese primer fin de semana. Sabía que tenía que esperar hasta que mi corazón estuviera *convencido* de que era el deseo de Dios que yo viviera íntegra, y *entonces* podría orar por mi sanidad, como dice Santiago 5:14–15 que haga:

¿Está enfermo alguno de ustedes?
Haga llamar a los ancianos de la iglesia
para que oren por él y lo unjan con aceite

en el nombre del Señor. La oración de fe sanará al enfermo y el Señor lo levantará...

El dolor y la desfiguración física que veía en el espejo cada día habían deformado mi mente. Ahora tenía que imaginarme curada y normal. Tenía que ver con los ojos de mi espíritu qué aspecto tendría y cómo me sentiría como un ser humano totalmente *íntegro*. Me di cuenta de que mi cuerpo era especial:

¿Acaso no saben que su cuerpo es *templo del Espíritu Santo*, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, *honren con su cuerpo a Dios*. (1 Corintios 6:19–20, énfasis añadido).

LA VOLUNTAD DE DIOS

Me refiero a Jesús de Nazaret: cómo lo ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder, y cómo anduvo haciendo el bien y *sanando a todos* los que estaban oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. (Hechos 10:38; énfasis añadido).

Esta última escritura no dice que Jesús sanó a algunas personas. Dice que los sanó a todos; ¡tú y yo somos parte de *todos*! Jesús nunca se dirigió a una persona enferma y le dijo, “No te voy a sanar porque esta enfermedad es para darte una lección”. *Cuando alguien le pidió a Jesús que lo sanara, Él nunca dijo que no.*

Podemos concluir entonces que no es la voluntad de Dios que suframos con la enfermedad. Claro, *podemos* aprender cosas a través del sufrimiento físico, pero no *tenemos* que aprender de esa manera. No es la voluntad de Dios que aprendamos de esa manera, igual

que no habría sido tu voluntad que tu hijo aprendiera a no jugar en la carretera siendo atropellado por el camión. Dios es bueno, y de Él sólo pueden venir cosas buenas. Somos seres humanos con nuestro libre albedrío, viviendo en un mundo caído lleno de maldad, luchando contra un enemigo llamado satanás que quiere acabar con nosotros si se lo permitimos.

Dios no da enfermedades a las personas para enseñarles algo, ni las “permite”. Los humanos son los que han permitido el mal en esta tierra. Y si pertenecemos a Jesús, con el Pacto que Él nos dio en la cruz, entonces no tenemos que soportar la enfermedad en nuestros cuerpos. No lo deseamos, pero satanás tratará de hacer algo contra nosotros. Entonces, culpará a Dios, nuestra única fuente de poder contra él.

Si somos hijos de Dios, ya tenemos todo lo bueno que Dios tiene, sólo con creer esta simple Verdad. Pero tal vez alguien en su iglesia ha dicho, “Bueno, nuestra definición humana del *bien* y la definición de Dios del *bien* son diferentes. Dios permite algunas cosas que

podríamos llamar malas porque sabe que al final serán buenas para nosotros. ¿Cómo podemos saber lo que es bueno y malo en realidad?” Hablemos de esto. Por supuesto, para una persona malvada, la definición de lo “bueno” puede ser equivocada, pero si has nacido de nuevo en Dios, entonces tu espíritu está vivo a la voluntad de Dios. El Espíritu Santo de Dios está dentro de ti, y puedes saber lo que es bueno. También puedes conocer la voluntad de Dios. ¡No tiene que ser un misterio!

Tienes una conciencia dada por Dios para discernir el bien del mal. Tienes al Espíritu Santo, que es tu Consejero. Tienes “la mente de Cristo” (1 Corintios 2:16). Puedes conocer los pensamientos mismos de Dios, de acuerdo con ese versículo. Tu conciencia dada por Dios distingue el bien del mal. Creo que tienes una idea bastante clara de lo que es bello, agradable, correcto, bueno y justo. Especialmente, si pasas tiempo con Dios. Cuando pasas tiempo con alguien, llegas a saber lo que le gusta y lo que no. Empiezas a entender a qué llama bueno y malo.

Entonces, ¿dime cómo podemos llamar “bueno” al cáncer, a la ceguera o a la muerte de un hijo? No se siente bien en nuestros corazones decir que eso es bueno. No le sienta bien a nuestra conciencia. No viene de Dios, ¡es por eso!

En este mundo, suceden algunas cosas malas debido a la maldad dentro de los corazones humanos. La violencia, el racismo, el abuso, el adulterio, la negligencia, la calumnia, el chisme, y la carencia son causados por humanos bajo la influencia de las mentiras de satanás. El mal es la ausencia de Dios, y cuando las personas no permiten que Dios entre en sus vidas, pueden actuar violenta, despiadada, codiciosa, lujuriosa, temerosa y viciosamente. El libre albedrío fue el mayor regalo y también la mayor responsabilidad que Él dio a los humanos.

Ahora, Dios es tan bueno que aún nos traerá cosas buenas en medio de la lucha contra una mala situación. Pero eso no significa que la mala situación provenga de Él. Si has perdido a un ser querido o te han

hecho cosas terribles, o has perdido algunas batallas en tu vida, no te sientas desanimado o condenado –Dios todavía está trabajando para sacar el bien de esa mala situación. Él todavía está luchando a tu favor. Y nunca nos condena. Simplemente, sigue amándonos. ¡Él es el padre perfecto!

Utilizando de nuevo un ejemplo de paternidad, imagina que tu hijo tiene una bicicleta. Es su posesión más preciada y la monta todos los días. Imagina que eres un multimillonario con mucha influencia en tu ciudad, y por eso tiene muchos enemigos. Un día, tu hijo entra en una zona de la ciudad contra la que le has advertido. Un matón contratado por uno de tus enemigos ve su oportunidad, mientras tu hijo pedalea por un callejón oscuro. Empuja a tu hijo de la bici, le da una paliza, lo amenaza y le roba la bicicleta.

Cuando tu hijo vuelve cojeando a tu casa, magullado y llorando, ¿dirías, “¡Oh, qué cosa tan maravillosa! ¡Esto es bueno para ti! Últimamente no has sido obediente al 100%, así que voy a permitir que ese matón

se salga con la suya. A través de esto puedes aprender la lección del perdón”? Eh... ¡NO!

Un buen padre reaccionaría de forma compasiva y cariñosa. Yo sé lo que haría en esa situación: Abrazaría a mi hijo, le vendaría las heridas y le compraría una bicicleta mejor que la anterior. Y luego usaría mi poder e influencia para llevar a ese matón ante la justicia. Yo, como padre, acabo de sacar algo bueno de una situación mala. Mi hijo recibió una bicicleta mejor que la anterior. Pero yo no *causé ni permití* el mal.

MI RETO DE TREINTA DÍAS

Permíteme repetirlo: podemos conocer la voluntad de Dios para nuestras vidas a través del ejemplo de Jesús. Leer sobre la vida de Jesús aporta claridad y fe en medio de todas las voces que escuchamos. Durante las semanas posteriores a recibir esa serie inicial de radiografías, pasé por algo que llamé mi “desafío de sanidad de 30 días”. Sentí que el Espíritu Santo me retaba a saturar mi vida

con Su Verdad. Durante 30 días, apagué cada voz que contuviera miedo, muerte, o destrucción, incluyendo TV, radio, revistas y demás material de lectura.

Pasé 30 días declarando en voz alta 30 versículos de sanidad por lo menos tres veces al día. Después, seguía con declaraciones sobre mi cuerpo. Y asistí a tres servicios cada fin de semana en mi iglesia, donde mi padre enseñaba “Vive a Plenitud”.

Me iba a casa y decía, ***“Cuerpo, responderás a la Palabra de Dios que acabas de escuchar. Dolor, fuiste derrotado por Jesús y no tienes derecho a permanecer en mi cuerpo. Tumor, te ordeno que mueras de raíz. Columna vertebral, te ordeno que estés curvada y sin dolor”***. Esta atención centrada en la Biblia me ayudó a convencerme de que la sanidad se aplicaba a mi situación.

Los anuncios y programas de televisión suelen estar llenos de miedo, enfermedad y muerte; así que los apagué. Cerré todas las distracciones. Ayuné de las redes sociales y

de Internet, excepto para el uso relacionado con el trabajo. Estaba decidida a inundar cada célula de mi ser con la Verdad. ***La negatividad mata la vida, así que protegí cuidadosamente mis ojos y oídos para que sólo entraran cosas positivas.***

La fe (estar de acuerdo con Dios) sólo viene de una manera: escuchando la Palabra de Dios hasta que, en nuestros corazones, se hace más grande que el problema (Romanos 10:17). Sólo las palabras de Dios son vivas y activas. Mis palabras en este libro pueden traer esperanza a tu corazón, pero no son palabras vivas. Las palabras de Dios, por otro lado, son “palabras espirituales” y realmente traen vida a tu espíritu. Proverbios 4:20–23 (NTV) dice:

Hijo mío, presta atención a lo que te digo. Escucha atentamente mis palabras. No las pierdas de vista. Déjalas llegar hasta lo profundo de tu corazón, ***pues traen vida a quienes las encuentran y dan salud a todo el cuerpo.*** Sobre todas las cosas cuida

tu corazón, porque éste determina el rumbo de tu vida (énfasis añadido).

Lo que plantamos en nuestro corazón importa, porque crece. La Dra. Caroline Leaf, neurocientífica cognitiva, afirma que el cerebro tarda 21 días en destruir los viejos patrones de pensamiento, y otros 21 días en establecer nuevos patrones. Eso es esencialmente lo que hice, aunque en aquel momento no había leído su investigación. Me tomé aproximadamente un mes para trabajar con la carga emocional negativa que había acumulado, y luego me tomé otro mes, mi reto de sanidad de 30 días, para construir afirmaciones positivas sobre mi salud.

En el libro de la Dra. Leaf, *Switch On Your Brain: The Key to Peak Happiness, Thinking, and Health* (Enciende tu cerebro: la clave para alcanzar la felicidad, el pensamiento y la salud máximos), afirma:

Los pensamientos son cosas reales y físicas que ocupan un espacio mental.

Momento a momento, cada día, estás cambiando la estructura de tu cerebro a través de tu pensamiento. Cuando tenemos esperanza, es una actividad de la mente que cambia la estructura de nuestro cerebro en una dirección positiva y normal.

Por cierto, el pensamiento positivo es un principio bíblico. La Palabra invirtió las construcciones negativas de mi mente y empezó a construir imágenes normales de salud. Todos los días, durante esas semanas de verano que se convertían en otoño, meditaba en las escrituras de sanidad: las promesas de Dios. Me convencí de que esta enfermedad no era la voluntad de Dios y que no era así como Él me había hecho. Juan 10:10 dice, “El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”. Como dije, tuve que enfrentar los hechos que vi en el reino físico y recibir mi Verdad de la Biblia.

Yo necesité 30 días para pintar un nuevo cuadro de salud en mi corazón. Para ti, ¿puede tomar sólo tres días o aun tres minutos! Si es un problema crónico con el que has lidiado por mucho tiempo, puede tomar tres meses o más antes de que tu corazón esté completamente convencido. Mantente comprometido con el proceso y cuida tu corazón.

Finalmente, una noche en mi habitación, hacia el final de esos 30 días, lo entendí. Había plantado la Palabra viva de Dios en mi corazón, y había traído sanidad a mi mente. ¡Podía imaginarme estando bien! Sentí como si mi espíritu empezara a saltar de alegría, ¡como un niño al que le acaban de regalar toda la juguetería para Navidad! Algo dentro de mí dio un enorme giro de 180 grados y pude imaginarme sana. Podía verlo. Mis conocimientos mentales sobre la sanidad se habían convertido por fin en conocimientos del corazón, y supe que estaba hecho, tal como dijo Jesús mientras colgaba de la cruz (Juan 19:30).

Las lágrimas corrían por mi rostro mientras adoraba a Dios por lo que ya me había dado. La

salud era mía. Era un regalo gratuito, igual que la salvación es un regalo gratuito. Por fin estaba conectada a la Fuente de Poder, y oleadas de alegría y vida fluyeron a través de mí. Le conté a Jason lo que estaba pasando y acordamos ir a la iglesia al día siguiente y pedir a los ancianos que oraran conmigo por mi sanidad.

Ese domingo por la mañana fui al altar y pedí la oración puestos de acuerdo, sabiendo que era el día para recibir mi sanidad. El poder de Dios me golpeó con tanta fuerza que empecé a llorar. Sabía en mi corazón que esta enfermedad había sido derrotada. Los ancianos me ungieron con aceite como símbolo de la presencia de Dios en mí. Marqué ese segundo como el momento en que me levanté y dije, “Sí, Dios, recibo Tu don gratuito de salud en mi cuerpo. Así sea para mí, según Tu Palabra”.

LA FE ES MI PRUEBA

Anoté esa fecha y hora en mi Biblia y me afirmé en ese momento como evidencia de

que había sido sanada. Pero, ¡adivina qué! Mi cuerpo no parecía haber cambiado en absoluto. (¿Acabo de escuchar un suspiro de decepción?). Cuando nos alejamos del altar en la iglesia, nada había cambiado todavía en el reino físico, pero en el reino espiritual yo había sido sanada. Mi cuerpo parecía y se sentía igual cuando subí al coche para volver a casa, pero no importaba. Tenía una nueva imagen de mí misma. En ese momento supe que estaba curada. Había terminado. La Palabra de Dios era MI VERDAD, a pesar de lo que los hechos dijeran externamente.

Jesús dijo en Marcos 11:24 (RV1960), “Por tanto os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, **y os vendrá**”. Y Hebreos 11:1 (RV1960) dice: “Es, pues, la fe la **certeza** de lo que se espera, la **convicción** de lo que no se ve” (énfasis añadido).

En otras palabras, no tienes que ver la respuesta en el reino físico antes de empezar a dar gracias a Dios por ello. La fe que tienes en tu interior es toda la evidencia que necesitas de que lo que has pedido ya es tuyo.

Fíjate que dice que cuando oras con fe, *se* hace, y lo *tendrás*. A veces, hay un corto periodo entre el momento de fe cuando oras y el momento en que lo que estás creyendo se manifiesta en lo natural. Puede haber un periodo entre el “Amén” y el “¡Ahí está!” Es entonces cuando tienes que librar la batalla de mantenerte de acuerdo con la Palabra de Dios. Si otra vez empiezas a estar de acuerdo con los síntomas de la enfermedad, has salido del acuerdo con Dios.

Tuve que tener cuidado con lo que decía y lo que pensaba después de orar ese día. Anoté la fecha de nuestra oración de sanidad y me recordé a mí misma, “En ese momento tuvo lugar mi sanidad en el espíritu, aunque mi cuerpo todavía no haya reaccionado a esa Verdad”.

Mi padre había dicho ese día en la iglesia, “La fe es la moneda del cielo, y puedes usarla para conseguir cualquier cosa que necesites y que esté dentro de la voluntad de Dios para tu vida”. Eso realmente se me quedó grabado. Ni tú ni yo esperaríamos salir de unos grandes

almacenes con un carrito lleno de ropa sin pagar por ella. Sin embargo, a menudo esperamos entrar en la presencia de Dios y recibir mágicamente la sanidad sin tener fe. Legalmente, tiene que haber una “transacción” entre tú y Dios para que Él pueda darte lo que estás pidiendo. ¡No podemos complacer a Dios, o recibir de Dios, sin fe!

Hebreos 10:38 dice, “Pero mi justovivirá por la fe. Y si se vuelve atrás, no será de mi agrado”. ¿Sabías que a Dios le da placer darte cosas buenas? Pero cuando no “vivimos por fe,” Dios no puede darnos nada bueno, y, por lo tanto, le negamos el placer de hacerlo.

El placer de Dios al bendecirnos es como el de un padre que se emociona al comprar un regalo de Navidad increíble para su hijo. Si eres como yo, ¡te encanta encontrar ese regalo especial para tu hijo! Te imaginas su alegría y su reacción. Pero ¿qué pasaría si mi hijo se despertara la mañana de Navidad y dijera: “Mamá, no me creo que me hayas comprado regalos de Navidad. No creo que seas una buena madre, así que no voy a salir

de mi habitación esta mañana de Navidad. Me voy a quedar aquí enfurruñado mientras juego con mis juguetes viejos y rotos”? Eso sería hiriente para mí como madre, y tampoco sería divertido para mi hijo.

Lo contrario de esa actitud triste es un niño que salta de la cama y chilla de alegría antes de ver el árbol de Navidad rodeado de regalos, porque espera que le hayas comprado algo bueno. Te hace sentir como un buen padre, y te deleita ver la pura alegría y expectativa en los ojos de tu hijo.

A Dios le hace feliz verte bien, feliz, seguro y en paz. Pero todas esas cosas buenas vienen por la fe.

Una vez más, ¿qué es la fe? Es una creencia firme e inquebrantable en Dios. Es una actitud de “lo que Él diga es verdad”. Es estar plenamente convencido de que Dios tiene el poder de hacer lo que ha prometido.

¿Cómo obtenemos la fe? ***Obtenemos la fe escuchando la Palabra de Dios.*** Al escuchar escritura tras escritura, Verdad tras Verdad, se construye una fortaleza en nuestras

mentes que puede resistir cualquier truco del enemigo. Los pensamientos negativos y temerosos empiezan a rebotar, como las flechas rebotan en una pared de piedra.

Mi papá ha creado tantas buenas ilustraciones para este principio de fe, que voy a robar una aquí. (¡Gracias, papá, jaja!) Él lo pone de esta manera: Digamos que alguien te dio un cheque por \$50 000 dólares. La persona que te dio ese cheque es multimillonaria, así que estás plenamente convencido, sin sombra de duda, de que es buena al manejar dinero. Tu nombre está escrito en el cheque y su firma también, junto con todos esos ceros. ¿Te emocionarías? ¿Darías saltos de alegría? ¿Pensarías inmediatamente en qué te lo gastarías? Desde luego que sí.

Pero, espera, ¿tienes *realmente* \$50 000 dólares en moneda estadounidense en la mano? Todavía no. Ese cheque es un pagaré, lo que significa que te han prometido \$50 000 dólares. Pero ese cheque es la prueba de los \$50 000 dólares que has recibido. La

única forma de que no recibas ese dinero es que no creas que es real y, por lo tanto, ¡nunca vayas al banco a cobrar el cheque!

Si sabes que tienes el dinero, empezarás a actuar como si fueras \$50 000 más rico. Te anticiparás y planificarás cómo gastarlo.

Tienes una promesa de Dios que dice: “La oración de fe sanará al enfermo y el Señor lo levantará” (Santiago 5:15a). Si crees en la promesa, empezarás a actuar como si ya fuera tuya. Empezarás a imaginar lo que harás cuando te sientas bien. Empezarás a verte sano. Pero si no crees en la promesa, nunca actuarás en consecuencia.

La Biblia es el pagaré de Dios. Te dice lo que Él ya te ha dado. La única manera de que no recibas lo que Él te ha prometido es si no lo crees y no tomas acción. Dios nos dijo a ti y a mí la Verdad cuando nos prometió que viviríamos con salud. Nos dio un libro lleno de “cheques” o promesas. ¡Sólo tenemos que empezar a actuar como si la buena salud ya nos perteneciera!

Eso es exactamente lo que hice durante las dos semanas después de orar puesta de acuerdo con otros, con resultados asombrosos.

CAPÍTULO DOS

SANADA RADICALMENTE

“De un salto se puso en pie y comenzó a caminar. Luego entró con ellos en el templo con sus propios pies, saltando y alabando a Dios. Cuando todo el pueblo lo vio caminar y alabar a Dios, lo reconocieron como el mismo hombre que acostumbraba pedir limosna sentado junto a la puerta llamada Hermosa, y se llenaron de admiración y asombro por lo que le había ocurrido.”

Hechos 3:8-10 (NVI)

Dos semanas después de orar, nada que yo pudiera notar había cambiado físicamente en mi cuerpo. Aun así, seguía agradeciendo a Dios por haber sido sanada cuando oré, y ***sabía que era sólo cuestión de tiempo antes de que mi cuerpo reflejara mi creencia.***

La alabanza y la adoración se convirtieron en la clave durante este tiempo de “descanso en la espera”. Ponía música para meditar y me limitaba a decirle a Dios lo feliz que estaba de haberme curado. Le daba las gracias por sanarme. Le adoraba. Sentía una paz y confianza constantes en mi corazón sobre este asunto. Meditaba en la solución, no en la lucha.

Para mí, era así: el Juez sobre todo el universo ya había fallado a mi favor. Había dictaminado que yo estaba “curada”. El hecho de que aún no pudiera ver los efectos de esa decisión no significaba que no fuera cierta. Todavía creía en las palabras del Juez. Se aplicaban a mí y a mi cuerpo.

El asunto de mi salud estaba resuelto en los tribunales del cielo y en el reino de mi corazón.

Caso cerrado.

28 DE SEPTIEMBRE DE 2010

Una noche, me fui a la cama con mucho dolor muscular. Hice mi rutina habitual para acostarme, me cepillé los dientes, dije mis versículos, pero luego hice algo que normalmente no hacía. Me pesé distraídamente. Luego, me metí en la cama.

Esa noche no me moví. De hecho, estoy segura de que fue el mejor sueño de mi vida.

A la mañana siguiente, me senté en la cama al oír el sonido de mi despertador. Me quejé. Sentía los abdominales como si hubiera hecho demasiado ejercicio el día anterior. Me volví a tumbar y le dije a Jason, “¿Qué hice ayer para que me dolieran los abdominales?” Jason me miró con un solo ojo abierto y luego bajó la vista hacia mi estómago. Una expresión de asombro se extendió por su cara somnolienta.

“¡Amy, mira tu cuerpo!”

Bajé la mirada y me toqué el vientre.

Por primera vez en nueve años, mi abdomen era plano y blando.

El lugar duro que había sobresalido durante tanto tiempo había desaparecido por completo. Jadeé y me levanté de la cama, caminando con piernas temblorosas. La excitación corría por mis venas. Me agaché y me toqué fácilmente los dedos de los pies. No había rigidez.

Me subí la camisa y me di cuenta de que mi ombligo, que había estado “afuera” durante nueve años, volvía a estar “dentro”.

Corrí al espejo, asombrada. Me veía tan pequeña y delgada que me pellizqué por si estaba soñando.

Decidí pesarme y medirme. La única razón por la que sabía las medidas de mi cintura era porque acababa de probarme un vestido de dama de honor. Y sí, el comentario de la costurera aquel día había sido, “¿Estás embarazada?”.

Me subí a la báscula. Volví a leerlo. Tres veces.

DE LA NOCHE A LA MAÑANA, ¡HABÍA PERDIDO TRECE LIBRAS!

Tomé una cinta métrica y me la puse alrededor de la cintura. Antes, mi busto y mi cintura medían lo mismo. Ahora había una diferencia de nueve pulgadas.

¡HABÍA PERDIDO NUEVE PULGADAS DE CINTURA!

Para entonces, la sorpresa había dado paso a lágrimas de agradecimiento. Jason me palpó la columna vertebral. Las vértebras ya no sobresalían. La curvatura de la parte inferior de la columna estaba ahí y, por primera vez en años, me sentía ágil y libre. Estaba casi entumecida por un torrente de emociones: ¡alegría, conmoción, felicidad y asombro!

Dios había operado literalmente mi cuerpo mientras dormía. El leve dolor que sentía probablemente se debía a que mis órganos volvían a su sitio (como los de una

mujer embarazada después de dar a luz) y a que mis músculos abdominales, que habían estado “desactivados” durante nueve años, de repente tenían que hacer el trabajo de sostener mi caja torácica. ¡Ese tumor ya no estaba allí!

Hice una foto (abajo) y se la envié a mi madre. Esta es la primera foto que tomé de mi curación, usando una camisa que nunca habría podido ponerme antes de mi sanidad.

Recibí una llamada de mamá dos minutos más tarde y, después de oírme explicar durante unos segundos, me dijo, “¡Voy para allá!”. Corrió a nuestra casa. Cuando entró y me vio allí de pie,



*LA PRIMERA
FOTO DE
MI NUEVO
CUERPO, EN
LA MAÑANA
DE MI
MILAGRO*

con una cintura que parecía totalmente proporcionada, se echó a llorar. Lo primero que hizo fue venir a abrazarme. Antes, cuando me abrazaba, decía que era como abrazar a una embarazada. Mi barriga se interponía, literalmente. Pero ahora podía estrecharme con fuerza.

Pidió al resto de la familia que nos reuniéramos en su casa ese mismo día. Cuando entré en el vestíbulo, a mis hermanos y hermanas se les saltaron las lágrimas al verme. Todos nos abrazamos y sonreímos.

DIFERENCIA DE OCHO HORAS



*ANTES Y DESPUÉS:
¡13 LIBRAS Y 9 PULGADAS MENOS!*

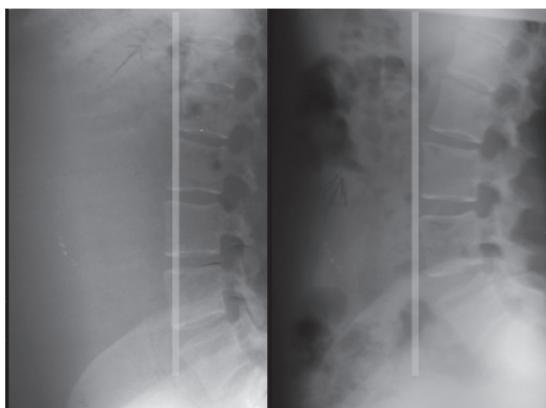
El fin de semana siguiente, muchas personas de mi iglesia me vieron y murmuraban entre ellos, “¿Qué le ha pasado a su cuerpo? Mira qué cintura”. No estaba preparada para compartir mi historia hasta que el médico de familia me confirmó lo que ya sabía.

Una semana después, fui a ver a mi doctora, que ya me había revisado varias veces, y también se quedó sorprendida. Me palpó el estómago y la espalda y me preguntó qué me había pasado. Hurgaba y preguntaba, “¿Te duele?” “¡No!”, respondía yo, “¡Dios me ha curado!” Finalmente, reconoció, “Bueno, *quienquiera* que haya hecho esto, parece que te hizo un gran favor”. Pensé para mis adentros, “*¡Sí, ÉL lo hizo!*”

Me hice radiografías y la diferencia es asombrosa. En la radiografía del “después”, se puede ver una curvatura normal en mi columna.

He añadido una línea recta a cada radiografía para que puedas comparar la curvatura. Pero por encima de cómo se

SANADA RADICALMENTE



ANTES

La columna está recta, los intestinos están desplazados y hay una masa en el estómago

DESPUÉS

La columna tiene su curva, los intestinos están en su lugar y la masa desapareció.

veía mi columna vertebral, la forma en que se sentía era inmensamente distinta. Cada músculo parecía tan libre ahora, ¡sin dolor!

Las primeras semanas me sentía muy torpe debido a la falta de tono muscular en el abdomen, ya que esos músculos no se habían utilizado correctamente durante años. No tenía fuerza interna. De hecho, me caí y me lastimé ligeramente una costilla por no tener la fuerza necesaria para romper caída. (Los entrenadores personales te dirán que la mejor manera de evitar lesiones es trabajar la

fuerza de los músculos centrales). Tuve que recuperar poco a poco el tono muscular.

A pesar de mi torpeza, enseguida empecé a disfrutar de mi nuevo cuerpo. Tenía la sensación de estar haciendo muchas cosas por primera vez. Todo era nuevo. Podía moverme y estirarme en formas que me eran ajenas. Mis curvas habían vuelto. Podía estar de pie durante horas, como exige a menudo mi papel de líder de adoración en mi iglesia. Estaba y sigo estando completamente libre de dolor.

Tuve la alegría de compartir mi historia en mi iglesia, durante la cual todos los que me habían conocido a lo largo de los años lloraron y lloraron. Nadie podía negar que había encontrado el poder sobrenatural de Dios.

HIJOS DE MI FE

¿Recuerdas mi “oración de Ana”? Un año después de mi sanidad, en nuestro segundo aniversario, oramos por hijos: una niña de pelo castaño rizado y ojos claros, y un niño que se parecía a Jason. (No sé

por qué nos adelantamos y oramos por nuestros *dos* primeros hijos, pero lo hicimos, ¡jaja!). También oramos para que nuestro primogénito fuera muy sabio y fuerte, con visión profética.

Tenía pensamientos de miedo que intentaban llegar, como todas las mujeres, preguntándome si podría quedarme embarazada. *¿Y si todavía hay algo que no es normal ahí dentro? ¿Y si no estoy totalmente curada? ¿Y si no puedo tener un buen parto?* El enemigo susurró mentiras durante todo ese mes. “¡Cállate, satanás!” le decía cada vez que me asaltaban esos pensamientos.

Una mañana, aproximadamente un mes después de que oráramos, me hice en secreto una prueba de embarazo justo después de llegar a la iglesia para las reuniones. No tenía síntomas de embarazo, ¡excepto que no podía saciarme de comida italiana! Era lo único que había deseado durante semanas. Jason ya estaba en nuestra primera reunión, pero me escapé un momento para hacerme la prueba.

Cuando aparecieron esas dos líneas rosas en la prueba, me repetí la prueba. Era positivo. Se me saltaron las lágrimas de alegría y repetía una y otra vez, “¡Tenemos un bebé!” Corrí a la sala de reuniones con la esperanza de alcanzar a Jason antes de que empezara el orador, pero, por desgracia, era demasiado tarde.

Me serené y traté de parecer normal, conteniendo a duras penas mi emoción. Probablemente tuve una sonrisa ridícula en la cara todo el tiempo mientras el orador hablaba de este formulario y aquel procedimiento... bla, bla, bla. No me enteré de nada, ¡jaja! ¡Oh, la tortura de tener que esperar! En cuanto terminó la reunión, tomé a Jason de la mano y me lo llevé corriendo a mi despacho.

En cuanto se cerró la puerta, me dijo, “Estás embarazada, ¿verdad?”

“¿Cómo lo has sabido?” jadeé.

“Oramos, ¿verdad?”, respondió riendo y abrazándome.

Después de un embarazo sin dolor, durante el cual *nunca* me dolieron la espalda ni las caderas, di a luz a nuestra preciosa

hija. Mi cuerpo funcionó perfectamente, sin complicaciones, y fue una experiencia maravillosa. De hecho, no tuve intervenciones ni medicamentos de ningún tipo durante el parto. En el momento en que miré a los ojos de esa niña de 2 kilos y medio, me di cuenta de que era la culminación de mi camino de fe.

Decidimos llamarla Journey Taylor por el viaje de fe que supuso tenerla. Hoy es una niña increíblemente sabia, inteligente y fuerte, con pelo castaño rizado y ojos azul claro. Se parece bastante a una mini yo. Cuando cumplió un año ya hablaba en párrafos completos y mantenía fácilmente conversaciones con los adultos; y una de sus primeras frases fue “¡Alabado sea Jesús!” Es una alegría y constantemente recibimos cumplidos sobre lo lista que es.

19 meses después, Dios nos bendijo con nuestro segundo milagro, nuestro hijo, Dawson James, que es igual que su papá. Es tan mimoso, fuerte, guapo y carismático. Yo le llamo mi pequeña chispa de alegría, porque ilumina la habitación y se le oye

venir a kilómetros de distancia. Estamos disfrutando de su increíble personalidad y de su energía física sin límites.

Cuatro años después, oramos para que se añadiera otra dulce bendición a nuestra familia, y nueve meses más tarde tuvimos a Revere Everett. Con el pelo rubio, los ojos azules y la sonrisa más encantadora que jamás hayas visto, es sin duda mi niño tranquilo, calculador y metódico.

Me encanta ser mamá. Estoy viviendo los sueños de mi yo más joven, y estoy muy agradecida.



Basándome en el dolor que tenía antes de mi sanidad, realmente creo que no habría sido capaz de llevar un bebé y tener embarazos y partos normales, ¡pero mi Padre es más grande!

Quiero compartir otras historias asombrosas de personas que fueron sanadas radicalmente. Quiero que entiendas que hay esperanza para CUALQUIER problema que estés enfrentando. Cuando asistí en mi iglesia a la serie de enseñanzas “Vive a Plenitud” durante mi desafío de 30 días, escuché historia tras historia de milagros sobrenaturales. Esas historias realmente despertaron mi esperanza. Quiero que conozcas esa misma esperanza. ¡Permíteme compartir algunas otras situaciones imposibles que Dios cambió totalmente!

UNA ASMÁTICA CRÓNICA

El domingo que compartí mi historia de sanidad en mi iglesia, Sarah se conmovió. Ella había luchado con asma crónica desde que era una niña pequeña. Pero su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Esta es su increíble historia, en sus propias palabras:

Cuando era muy pequeña, empecé a tener síntomas de asma. Recuerdo lo asustada que estaba cada vez que tenía un ataque. La sensación de que se me estrechaban las vías respiratorias y la dificultad para respirar siguen siendo recuerdos vívidos. Muchas veces, mi madre tenía que llevarme a urgencias porque los inhaladores no me ayudaban. Me sentaba en el coche, resollando mientras ella conducía, y las puntas de los dedos empezaban a hormiguearme porque mi cuerpo no recibía suficiente oxígeno en las extremidades. Perdí la cuenta de la cantidad de veces que tuvimos que ir al hospital. Mi madre trabajaba de noche en el servicio de urgencias de un hospital, así que a veces me llevaba a trabajar con ella porque solía tener ataques de asma nocturnos.

Los médicos siempre decían, “Bueno, a los niños se les pasa”, pero a medida que fui

creciendo no vi cambio alguno. Entonces, el discurso cambió de “Se le pasará”, a “Se pondrá bien y podrá llevar una vida normal, siempre que sea obediente y siga su régimen de medicación”. En algún momento acepté lo que me decían. Aprendí a tomar los inhaladores y, cuando se recrudecía, tomaba prednisona, un esteroide muy desagradable. Se convirtió en parte de mi vida. Dormía con un inhalador bajo la almohada y siempre llevaba uno en el bolso.

Mi madre tenía mucha fe en Dios. Cuando a mi hermano mayor le diagnosticaron cáncer, ella se negó a aceptar el diagnóstico. Llamó a su pastor y oraron. De eso hace ya unos 20 años. Se curó del cáncer.

Ella también oraba por mí y hacía que los pastores oraran por mí para sanarme del asma. Pero nunca pasé un día sin usar mis inhaladores. No era que no creyera que Dios podía sanarme. Había visto pruebas de que los milagros pueden suceder. Así que,

para ser honesta, me ponía feliz cuando otras personas recibieran sanidad, y continuaba viviendo mi vida. Llevaba casi 30 años tomando los mismos inhaladores de rescate y corticosteroides. Efectivamente, los médicos tenían razón: el asma no es una sentencia de muerte si te atienes a su régimen de medicación.

Pero, ¿por qué aguantar algo si se puede vivir a plenitud?

Mi marido, Stephen, y yo asistimos a la iglesia Faith Life de Ohio desde hace un año. En octubre, durante un servicio dominical, una señora llamada Amy se levantó y dio su testimonio de cómo Dios la sanó. Cuando Amy comenzó a compartir que había acudido a muchos médicos con la esperanza de una respuesta, dijo algo que realmente me impactó. Dijo que los médicos le habían dicho que no sabían por qué su cuerpo era así, pero que era su “normalidad”. Así que lo aceptó.

Inmediatamente, me di cuenta de que yo también había decidido aceptar los hechos y lo que decían los médicos. Me di cuenta de que al hacerlo había confiado en sus palabras por encima de LA Palabra, la Palabra de Dios, la Biblia.

Empecé a llorar incontrolablemente, estaba temblando y supe que me había perdido la sanidad todos esos años por ese motivo. Mientras ella seguía hablando, yo seguía llorando. Pero en ese momento, supe que Dios me había sanado.

A la mañana siguiente me desperté y no tomé ningún inhalador. Cuando empecé a ocuparme de mi día y a prepararme para ir al zoológico con mis hijos, me di cuenta de que no había tomado la medicación habitual. Sentí que el miedo y la ansiedad aumentaban, y que mis vías respiratorias empezaban a estrecharse. Entonces, ¿qué había pasado? ¿No estaba realmente curada?

Podía hacer dos cosas: ceder al miedo y tomar el inhalador, o hablarle

al miedo. Decidí hablarle. Tomé mi Biblia y algunos trozos de papel y escribí versículos bíblicos sobre la sanidad. Mientras escribía, los decía en voz alta. Luego volví a preparar el almuerzo para los niños y seguí pronunciando esas palabras sobre mi cuerpo. A los pocos minutos, toda la opresión de las vías respiratorias en mi pecho se alivió, ¡y pude respirar sin sibilancias!

Confieso que por un momento, cuando empecé a sentir opresión en el pecho, cuestioné mi sanidad. Pero ese pensamiento fue fugaz. Cuando abrí mi Biblia, comencé a leer esta escritura en Mateo 9:22:

“Jesús se dio vuelta, la vio y le dijo, ‘¡Ánimo, hija! Tu fe te ha sanado’. Y la mujer quedó sana en aquel momento”.

Esa escritura cimentó en mi mente lo que yo sabía que era verdad. Dios me había sanado mientras estaba sentada en la

iglesia, escuchando el testimonio de Amy. Sigo llevando esos pedazos de papel con las escrituras en ellos. De hecho, los guardo en un bolsillo de mi bolso... ¡el mismo bolsillo en el que solía llevar mi inhalador! Los saco y pronuncio esas palabras sobre mi cuerpo. Ya no miro los hechos; ¡escucho LA Verdad! ¡Estoy curada!

Sarah pasó de tomar inhaladores todos los días de su vida a no necesitarlos nunca más. ¿Cómo? Cuando le dije que había aceptado mi problema de salud como algo “normal”, como la “forma en que fui hecha”, se dio cuenta de que eso pasaba con ella. Decidió que ya era suficiente. Estaba preparada para una nueva forma de vida, ¡una vida de libertad! Las lágrimas continuaron fluyendo cuando ella se adelantó al final del servicio y me pidió que orara con ella por su sanidad. “Sé que ya está hecho. Estoy curada”, dijo al salir de la iglesia.

Cuando el ataque de asma intentó volver al día siguiente, ¡ella apagó la voz del miedo

y encendió la voz de la fe! Tomó una postura firme y sintió que Dios le pedía abandonar lo que le recordara a la enfermedad, así que incluso tiró sus medicamentos. Los síntomas desaparecieron, y desde ese día respira con normalidad, ¡sanada del asma crónica!

UN MILAGRO CREATIVO

Recibí este mensaje poco después de compartir mi sanidad. Es de mi amiga Cortney, a quien conozco de toda la vida. Ella escribió:

Desde que tenía unos 12 años, nos dimos cuenta de que mi pierna izquierda era mucho más corta que la derecha, y me causaba muchas molestias en la espalda y en la pierna. Asumí que así había sido hecha, intencionalmente.

Pasaron los años, me casé y tuve dos hijos, y fue muy duro para mi espalda sostener el peso del bebé con la pierna izquierda descentrada. Me causaba

mucho dolor.

Después de que Amy Freudiger diera su testimonio sobre cómo dejó de conformarse con la imperfección y empezó a decirle a su cuerpo que se alineara, me quedé intrigada. Y como mi pastor estaba enseñando una serie sobre sanidad, decidí que era hora de cambiar mi mentalidad. Empecé a decirle a mi pierna que se emparejara y estuviera entera... y a principios de febrero, hice una oración de acuerdo con los ancianos. Esa noche, sentí una “liberación” en mi espíritu.

Cinco días más tarde, me estaba preparando para acostarme y noté dolor en la parte baja de la espalda, casi como la sensación de haber hecho ejercicio muy duro. No le di mucha importancia.

Esa noche me metí en la ducha y, de repente, me di cuenta: ¡no me inclinaba mientras estaba de pie! Me apoyaba en las dos piernas por igual. Empecé a llorar y le dije a mi esposo, Clint, que

estaba completa, ¡y que ahora era como Dios quería que fuera!

Estoy embarazada de mi tercer bebé, ¡y este embarazo ha sido increíble! ¡No hay dolor de espalda y no más posiciones incómodas estando de pie! ¡ALABADO SEA DIOS!

Cortney tuvo otro encuentro con el poder de Dios que fue aún más dramático. Un día, ella, junto con su tía, descubrieron a su primo pequeño flotando sin vida en el fondo de una piscina del patio trasero. Estaba azul y no respiraba. Nadie sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero no daba señales de vida.

En lugar de asustarse, Cortney sabía que tenían autoridad sobre el espíritu de la muerte, así que dijo, “¡No llamemos al 911; hablemos con él en el nombre de Jesús!” Así que Cortney y su tía comenzaron a ordenarle al niño que se despertara, en el nombre de Jesús. Momentos después, se despertó, tosió un montón de agua de sus pulmones y empezó a respirar de nuevo.

Para cuando llegó la ambulancia, podría haber sido demasiado tarde. A veces sólo tenemos unos segundos para reaccionar con fe o con miedo. La vida y la muerte penden de un hilo. Gracias a Dios que Courtney y su tía conocían la voluntad de Dios para esa situación.

PLANEAR SU PROPIO FUNERAL

Lisa, una bella mujer de pelo rubio y sonrisa afable, acababa de recibir una noticia imposible: tenía que poner sus asuntos en orden porque los médicos no podían hacer nada más por ella. Se encontró planeando su propio funeral. Había perdido la esperanza y los médicos le dijeron que no le quedaba más remedio que esperar la muerte.

Sufría una enfermedad del tejido conjuntivo potencialmente mortal, un tipo de trastorno autoinmune en el que su cuerpo literalmente se atacaba a sí mismo. Esta dulce esposa y madre, que antes

había sido una mujer llena de energía, ahora estaba completamente vacía de vida y fuerza. Además, sufría hemorragias internas y los médicos no podían hacer nada por ayudarla. Se parece al caso de otra mujer sobre la que he leído.

Marcos 5:25-28 nos cuenta esta historia:

Había entre la gente una mujer que hacía doce años padecía de hemorragias. Había sufrido mucho a manos de varios médicos, y se había gastado todo lo que tenía sin que le hubiera servido de nada, pues en vez de mejorar, iba de mal en peor. Cuando oyó hablar de Jesús, se le acercó por detrás entre la gente y le tocó el manto. Pensaba, “Si logro tocar siquiera su ropa, quedaré sana”.

Al igual que Lisa, esta mujer con el problema de la hemorragia no tenía esperanzas de curarse. Tal vez se sorprendió cuando se enteró de todo lo que Jesús había hecho en las aldeas, curando la lepra y la

ceguera, e incluso resucitando a personas de entre los muertos. Pero sabía que tenía que ver a aquel hombre que sanaba cosas que los médicos consideraban incurables. Un rayo de esperanza se encendió en su corazón.

Lisa y su marido oyeron hablar de mi iglesia y de que había algo diferente en la gente que iba allí: ¡recibían respuestas de Dios para sus problemas! Lisa decidió probar. En su primera visita, recibieron los archivos de una serie de enseñanzas sobre el Reino de Dios, así que ella decidió reproducirlos un día mientras yacía desganada en el sofá. Se quedó estupefacta cuando oyó que ¡no era la voluntad de Dios que estuviera enferma! Al principio se sintió ofendida, incluso enfadada, porque el pastor dijera que su enfermedad no era “parte del plan de Dios”, como dicen algunos. Pero escuchó una escritura tras otra para respaldar esta afirmación.

Y así siguieron volviendo a nuestra iglesia cada fin de semana, y Lisa decidió investigar más a fondo por sí misma este

asunto de la sanidad. Empezó a estudiar la Palabra de Dios y a escuchar más enseñanzas. Escuchó mi historia, así como la serie “Vive a Plenitud” que yo había escuchado en la época en que fui sanada.

Y al igual que la mujer en la Biblia, Lisa decidió venir a Jesús, poniendo su fe en Él. Un domingo, en un servicio de la iglesia, Dios habló a través del pastor (mi padre) para decir que alguien estaba siendo sanado de una hemorragia. Lisa y su esposo se miraron, con los ojos muy abiertos, y Lisa susurró, “¡Esa soy yo!” En ese momento, ¡su hemorragia se detuvo! Los médicos confirmaron este hecho a la semana siguiente.

Así le ocurrió también a la mujer de la Biblia. “Al instante dejó de sangrar y sintió en su cuerpo que había sido liberada de su sufrimiento” (Marcos 5:29).

Ahora, Jesús dice algo que suena extraño en boca de Dios encarnado:

Al momento también Jesús se dio cuenta de que de él había salido poder, así que se volvió hacia la gente y preguntó, “¿Quién me ha tocado la ropa?”

“Ves que te apretuja la gente” le contestaron sus discípulos, “y aun así preguntas: ‘¿Quién me ha tocado?’” Pero Jesús seguía mirando a su alrededor para ver quién lo había hecho (Marcos 5:30-32).

Si Jesús, el Hijo de Dios, hubiera decidido arbitrariamente, “Sí, creo que hoy sanaré a esta mujer”, ¿no habría sabido quién fue el que lo tocó? Entonces, si Jesús no tomó una decisión arbitraria para finalmente liberar a esta mujer de su sufrimiento, ¿por qué fue sanada cuando tocó el manto de Jesús? Jesús responde a esa pregunta:

La mujer, sabiendo lo que le había sucedido, se acercó temblando de miedo y, arrojándose a sus pies, le confesó toda la verdad. “¡Hija, tu fe te ha sanado!” le

dijo Jesús.” Vete en paz y queda sana de tu aflicción”. (Marcos 5:33-34).

Lo que quiero decir es que fue su fe la que atrajo hacia ella el poder de Dios como un imán. Como dice mi padre, la gente tiende a pensar que si Jesús estuviera en su habitación, seguramente Él podría arreglar todos sus problemas. Después de todo, ¿no es Jesús asombroso en Su poder? Si tan solo Él se apiadara de sus horribles circunstancias y los sanara. Pero esa actitud de “esperar que Dios haga algo” es la razón por la cual muchos cristianos nunca son sanados. Piensan que si lloran y ruegan y ayunan y se quejan lo suficiente, Dios finalmente los escuchará.

Esas personas están esperando que Dios decida sanarlos. ¿Pero sabes qué?

Dios ya decidió sanarlos.

Por eso envió a Jesús a “llevar nuestras enfermedades”. Si “por sus llagas [los azotes que Jesús recibió en la espalda antes de ser crucificado] FUISTEIS sanados”, ¿entonces

ESTÁS sanado! (Ver Isaías 53:5 y 1 Pedro 2:24.) Dios ya decidió sanarlos y ahora está esperando que *ellos* simplemente tomen el regalo que ya les dio. ¿Cómo recibe uno su sanidad, entonces?

La creencia firme e inquebrantable (fe) en la promesa de Dios es lo que atrae el poder de Dios para cumplir esa promesa. Jesús le dijo a la mujer con el flujo de sangre que su fe la había sanado.

Como Dios ya había decidido sanar a la humanidad a través de Jesús, la fe de esta mujer en ese hecho fue lo que la sanó. Dios no cambia, así que lo mismo se aplica para ti y para mí.

Y lo mismo fue cierto para Lisa, que no sólo fue sanada de su hemorragia, ¡sino también de la enfermedad del tejido conjuntivo! Recuperó toda su fuerza. Pasó de planear su propio funeral a recuperarse por completo, asombrando a sus médicos y retomando su vida con renovado propósito y vigor. Ahora dedica su tiempo a orar para que la gente se libere, y le cuenta a todo el

mundo las buenas noticias: La voluntad de Dios es que vivamos con salud.

LA PARÁLISIS DESAPARECIÓ

Cuando mis padres y yo viajamos a Filipinas, conocimos a un hombre al que sus amigos llevaron en brazos a la reunión de la conferencia. Había sufrido un derrame cerebral y estaba paralizado del lado derecho. Le dolía tanto que no podía moverse, y sus amigos intentaban mantener a su familia, ya que él no podía trabajar. Al final del servicio, lo llevaron al frente para orar. De repente, el poder de Dios le golpeó y saltó agitando los brazos. Empezó a correr por la sala alabando a Dios, y todos sus amigos se le unieron. Nunca olvidaré la experiencia de ver caminar a un paralítico.

Eso me recuerda la historia de Lucas 5:18-26. Jesús había alcanzado el estatus equivalente a una estrella de rock en su ciudad debido a todas las sanidades que se producían. Un día, unos hombres se

enteraron del lugar donde Jesús estaba enseñando y decidieron llevar allí a su amigo paralítico. Pero cuando llegaron, todos los asientos de la primera fila estaban ocupados. Así que se les ocurrió la loca idea de bajar a su amigo por el tejado. El paralítico hizo su gran entrada, bajado sobre su colchoneta. Esto atrajo la atención de todos. La historia se pone mejor:

Al ver la fe de ellos, Jesús dijo, “Amigo, tus pecados quedan perdonados”. Los fariseos y los maestros de la ley comenzaron a pensar, “¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?” Pero Jesús supo lo que estaban pensando y les dijo, “¿Por qué razonan así? ¿Qué es más fácil decir, ‘Tus pecados quedan perdonados’, o ‘Levántate y anda’? Pues para que sepan que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados” se dirigió entonces al paralítico, “A ti te digo, levántate, toma tu camilla

y vete a tu casa”. Al instante se levantó a la vista de todos, tomó la camilla en que había estado acostado, y se fue a su casa alabando a Dios. Todos quedaron asombrados y ellos también alababan a Dios. Estaban llenos de temor y decían, “Hoy hemos visto maravillas”.

SE ABRE EL OÍDO SORDO

En una clase donde conté mi historia de sanidad, conocí a una señora llamada Christine que había estado perdiendo gradualmente su audición durante 42 años, y tenía sólo el 50% de audición. El médico le dijo que acabaría siendo sorda al 100%. De hecho, la sordera le venía de familia. Llevaba audífonos y estaba harta, así que cuando escuchó mi historia, tomó una decisión. Christine se acercó a orar al final de la clase y dijo, “¡Ya he terminado con esto! Quiero recuperar mi audición. Estoy lista”.

Era nueva en nuestra iglesia, pues se había criado como católica. Nunca antes

había oído que Jesús seguía haciendo milagros, y eso era todo lo que necesitaba. Se aferró a esa promesa. No necesitaba 20 años de lecciones de teología, tenía una fe inocente como la de un niño, lista para recibir de su papá Dios.

Mi madre y yo oramos por ella y dijo, “¡Siento calor! Siento un hormigueo”. Sus pies se calentaron tanto que empezó a bailar arriba y abajo, riéndose. Entonces se le abrieron los oídos y empezó a gritar, “¡Puedo oír!” Empezó a correr por la habitación, gritando y riendo. Su audición estaba al 100%. Se quitó los audífonos y dijo, “¡Los tiro a la basura!” Y nunca ha vuelto a tener problemas de audición.

El mismo Jesús que me sanó a mí, que sanó a mis amigos y que sanó a los enfermos en la Biblia es el mismo Jesús que te está extendiendo el don de la sanidad. Él no tiene favoritos. Ofrece Su poder sanador a todos los que invocan Su nombre.

CAPÍTULO TRES

CINCO PASOS PARA ACCEDER A TU MILAGRO

*“...sobre los enfermos pondrán sus
manos, y sanarán.”*

Marcos16:18b (RV1960)

Puede que estés pensando, *Bueno, ¿no es eso agradable? Ella recibió un milagro. Pero, ¿y mis problemas? ¿Por qué Dios no ha hecho nada al respecto?*

Quiero retarte a entender que lo que Dios hace por uno, prometió hacerlo por todos. Permíteme compartir los cinco pasos más importantes que Dios me mostró para recibir mi sanidad.

1. RECLAMA TU IDENTIDAD.

Todos nos identificamos como algo. Tal vez, etiquetas como “Enfermo”, “Indigno”, “Enojado”, “Quebrado”, “Estúpido”, “Feo”, “Quebrado” o “Víctima” se han convertido en tu identidad. Es hora de abandonar esa crisis de identidad.

Cuando empecé a orar por sanidad, Dios primero me mostró las falsas identidades que había asumido. El me mostró que no podía verme sanada porque mi autopercepción era equivocada. Me estaba llamando con

nombres incorrectos. Permíteme desarrollar un poco más este principio, porque fue mi punto de partida.

Rellena el espacio en blanco: “Hola, me llamo _____, y soy _____”.

Nos demos cuenta o no, todos los días hacemos afirmaciones sobre nuestras identidades. “Eso me da **mucho miedo**”. “Casi me da un **infarto** cuando...” “Estoy **harto** de esto”. “Estoy **cansado**”. “**¡No puedo más!**” “El médico dice que **mis** dolores de cabeza han llegado para quedarse”. *Todas estas son declaraciones de propiedad o identidad.* El mayor descubrimiento al que Dios me condujo durante mi viaje de fe fue la restauración de mi identidad.

Permíteme compartir contigo la única verdad que hizo toda la diferencia para mí: *“Sanada” es lo que soy, no es algo que estoy tratando de obtener.*

Sanada es lo que soy. Es una declaración de propiedad e identidad. Cuando estaba enferma, sufría una crisis de identidad debido al odio hacia mí misma, y eso

bloqueaba mi sanidad. Verás, tú y yo nacimos en la realeza, en la casa de Dios, pero a través de la caída del hombre causada por Adán y Eva, contrajimos amnesia. Olvidamos para Quién fuimos realmente creados.

Somos herederos de un Reino tan vasto que no se puede medir, y es hora de abandonar la crisis de identidad para permanecer en esa Verdad. Somos coherederos de Cristo (Romanos 8:17). ***Pero si olvidamos quiénes somos, olvidamos aquello a lo que tenemos acceso.*** Nuestro Padre POSEE el universo, ¡pero vivimos tan por debajo de nuestro potencial como hijos Suyos! Es por eso que tenemos que mirar constantemente en el espejo que Dios nos dio: Sus Palabras para nosotros en la Biblia. Dios nos mostrará quiénes somos a través de la Biblia, pero una sola mirada no es suficiente.

Santiago 1:23-25 lo dice así:

El que escucha la palabra pero no la pone en práctica es como el que se mira el rostro en un espejo y, después de

mirarse, se va y se olvida en seguida de cómo es. Pero quien se fija atentamente en la ley perfecta que da libertad, y persevera en ella, no olvidando lo que ha oído sino haciéndolo, recibirá bendición al practicarla.

Si la Biblia dice que **soy** sanada (1 Pedro 2:24), eso es una declaración sobre mi identidad. Ser sana no sólo forma parte de lo que soy... es QUIEN soy. Durante toda mi lucha, yo era una hija de Dios con ciudadanía en Su Reino, pero estaba permitiendo que una presencia maligna atacara mi cuerpo y “viviera en mi territorio”. Un espíritu de enfermedad estaba atacando la imagen de Dios en mí. Interioricé esa enfermedad y la hice parte de *quien yo era*. Estaba corrompiendo mi verdadera identidad como hija del Sanador. Estaba fuera de mi ADN espiritual.

Kenneth Copeland dijo una vez, “Tengo que elegir inclinarme hacia mi ADN espiritual, en vez de hacia mi ADN natural”. Mi ADN espiritual es el mismo que el de

Dios, porque fui hecho a Su imagen. Eso no significa que yo sea Dios, igual que mi hija y yo no somos la misma persona. Pero sí que se parece a mí. Por lo tanto, si algo entra en mi cuerpo que no coincide con ese código de ADN semejante al de Dios, no viene de Dios. (Su pacto está explicado en Deuteronomio 28 y a través de las acciones de Jesús).

La enfermedad es una violación ilegal de mis derechos pactados de acuerdo a las leyes de Dios, y satanás no tiene derecho a invadir mi propiedad. Fui trasladada (mi ciudadanía se mudó) fuera del reino de las tinieblas, y nací de nuevo como una persona diferente, una versión completamente nueva de mí (Colosenses 1:13).

Soy una hija de la luz. Dios cambió mi nombre cuando entré en Su familia. Cuando le entregué mi vida, convirtiéndome esencialmente en Su novia, ¡Él me dio Su nombre! Cuando me uní a Él, me separé de las tinieblas. Esa oscuridad incluye la enfermedad. No puede permanecer en la luz

a menos que yo atenúe esa luz y permita que entre la oscuridad.

Una crisis de identidad espiritual es a menudo una indicación de que necesita tener lugar una sanidad emocional. La sanidad emocional trae libertad, y por lo general ocurre antes o al mismo tiempo que la sanidad física. Las heridas emocionales profundas pueden impedirte recibir, porque el enemigo puede usar esa área particular en el reino del alma para romper tu acuerdo con Dios. Puedes recibir sanidad emocional del Señor, pero primero tiene que entregarle el control de esas heridas.

¿Qué pasaría si tuvieras las manos llenas de piedras y un amigo intentara darte un regalo? Tendrías que soltar las piedras antes de poder tomar el regalo bellamente envuelto. De la misma forma, hay cosas que debemos soltar antes de poder recibir algo de Dios. Las “rocas” como la falta de perdón, la amargura, la indignidad o las luchas son como muros que bloquean las bendiciones de Dios. La falta de perdón hacia nosotros mismos o hacia los demás es un obstáculo especialmente grande para recibir

algo de Dios. Confíesalo y, si es posible, acude a la persona con la que te has ofendido para arreglarlo. Las enfermedades del reino del alma son la raíz de todo tipo de enfermedades, así que déjalas ir y deja de permitir que contaminen tu ADN. Comprende que son entidades extrañas que intentan torcer el carácter de Dios en ti.

La sanidad no se trata sólo del cuerpo físico. Tienes tres partes: espíritu, alma y cuerpo. Dice en 3 Juan 1:2 (RV1960):

Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma.

La plenitud del cuerpo también se refiere a la salud de nuestros componentes emocionales y espirituales. De hecho, los desórdenes emocionales, traumas, y estrés suelen ser la raíz de problemas físicos.

Cuando buscaba sanidad de Dios, empecé a notar que tenía algunos ladrones de identidad emocional trabajando en mi contra. Algunas personas que perdonar,

algunos patrones emocionales que romper, algunas actitudes que confrontar y algo de equipaje que soltar. Ni siquiera me había dado cuenta de lo pesadas que se habían vuelto las heridas y las dudas, hasta que Dios me mostró cómo estaban controlando mis pensamientos y mis reacciones ante las situaciones. Estaban afectando mis relaciones.

Perdonar a los demás es fundamental, pero también tenía que perdonarme a mí misma. Tenía que perdonarme a mí misma por “fallar en ser perfecta”. Había creído la mentira de que mi valor se basaba en mi rendimiento. A menudo estaba muy estresada porque trabajaba constantemente para estar a la altura, para ser buena, para ser adecuada, para ser “suficiente”. Hacía cualquier cosa por cualquiera y me costaba decir “no”.

El valor basado en el rendimiento tiene efectos adversos en nuestra salud, porque provoca estrés. ¿Sabías que el 77% de las personas en Estados Unidos experimentan regularmente síntomas relacionados con el estrés? Los costes anuales para los empleadores

por atención sanitaria relacionada con el estrés y bajas laborales rondan los \$300 000 de dólares (Statistic Brain Research Institute, American Institute of Stress, N.Y., 17 de octubre de 2015). El valor basado en el rendimiento te llevará a urgencias, al psiquiátrico o incluso a una muerte prematura por estrés. Te provocará un ataque de nervios. Te robará la alegría porque nunca podrás ser “suficientemente bueno”.

Por mí misma, no soy suficiente. No puedo ser perfecta. Tuve que aprenderlo, reconocerlo y estar bien con ello. La Verdad es: “pues todos han pecado y están *privados* de la gloria de Dios...” (Romanos 3:23, énfasis añadido).

Entonces descubrí que, con Jesús, *¡soy más que suficiente!*

Romanos 8:37 dice, “Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”.

Filipenses 4:13 (NTV) dice: “Pues todo lo puedo hacer *por medio de Cristo*, quien me da las fuerzas” (énfasis añadido).

Romanos 8:26a (NTV) dice: “Y el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad”. Ese fue un descubrimiento que tardó mucho en llegar, y es uno que ha seguido revolucionando mi vida. Di esto conmigo: “Por la gracia de Dios, ¡soy suficiente!”

Como soy una pacificadora, también tuve que dejar de basar mi felicidad y mi paz en la felicidad de los demás. Me di cuenta de que no puedo hacer feliz a todo el mundo. Es humanamente imposible. Si las personas que me importan no son felices, lo mejor que puedo hacer es orar por ellas, no hacerme infeliz yo. La empatía puede convertirse rápidamente en “asumir la ofensa ajena”.

Tal vez los ladrones de identidad como el control, el rechazo, el abandono o el orgullo sean las enfermedades del alma que operan contra ti. ¡Es hora de liberarse! ***Dios te ha dado poder para lidiar con las causas y encontrar una nueva fuente de paz en Él.***

El saludo tradicional judío *Shalom* significa *nada falta, nada está roto*. ¡Ese eres tú cuando moras en Cristo! Estar en la presencia

del Amor mismo es como tener un bálsamo curativo derramado sobre tus heridas y lugares rotos. Sólo Jesús puede sanar esas cosas.

A través de mi viaje hacia la plenitud, tuve que pedirle al Espíritu Santo que me mostrara las mentiras que había creído acerca de mí misma. Estar casada con un maravilloso hombre de Dios también me ayudó a revelar algunas de las inseguridades a las que me aferraba. El matrimonio generalmente saca a la luz problemas que no sabíamos que teníamos, ¡jaja! Me ayudó a revelar las voces de indignidad, control y exigencia que había escuchado.

Cuando Jason se hacía eco de la voz de Dios Padre, hablando de belleza, valor y hermosura en mi alma, reforzaba lo que el Padre decía de mí. Al principio, mi mente rechazaba muchas de las cosas que Jason decía porque no me las creía. Pero, con el tiempo, Dios me enseñó que tenía que aprender a recibir cumplidos.

Es importante que te rodees de personas que alienten tu fe, ya sea tu cónyuge, tus

padres, tus familiares o tus amigos. Además, recuerda que tienes al Más Poderoso, el Espíritu Santo, hablándote de vida. Escúchale.

Si tienes a alguien en tu vida que está luchando con la oscuridad, déjame animarte a reforzar la voz de Dios en su vida, simplemente expresando lo que Dios dice de ellos. Tus palabras pueden liberar a otra persona.

Durante todos esos años, mi verdadero yo vivía en las sombras. Pero cuando por fin saqué la Palabra y permití que me iluminara por dentro, ¡la oscuridad metió la cola entre las patas y huyó!

Recuperar tu identidad puede ser un proceso largo, pero no te desanimes. Sigue adelante.

Actúa: Recupera tu identidad espiritual a través de la Palabra de Dios. Deja que Él te muestre las rocas a las que te estás aferrando, y suéltalas por fe.

2. VUELVE A PINTAR TU CUADRO.

Muy bien, ¡es hora de tu propio reto de sanidad de 30 días! ¿Estás listo? Si tienes algo malo en tu cuerpo que has aceptado como normal – como tu verdad – ¡es hora de cambiar esa imagen! La única manera de hacerlo es ir a la fuente de la Verdad, la Palabra de Dios. TE RETO a que centres toda tu atención en la Biblia, y a que prestes tu voz a lo que Dios dice en lugar de a lo que dice cualquier otra voz. ¡Léela! ¡Escúchala! ¡Repítela! Y hazlo una y otra vez.

Es hora de obsesionarse con la imagen de esperanza, salud y sanidad que Jesús nos dio. Apaga los otros mensajes, quita las distracciones (hola, Netflix), y elimina las voces del miedo.

La Verdad dice que DIOS QUIERE QUE SANES. Si Jesús sanó a TODA persona que vino a Él con fe, Él TODAVÍA sanará a toda persona que venga a Él con fe. Su voluntad no cambia. Él es el mismo ayer, hoy y siempre (Hebreos 13:8).

Nuestra duda, sin embargo, puede interponerse en el camino de la voluntad de Dios. Romanos 8:6 y 12-14 (NTV) lo dicen así:

Por lo tanto, permitir que la naturaleza pecaminosa les controle la mente lleva a la muerte. Pero permitir que el Espíritu les controle la mente lleva a la vida y a la paz. Por lo tanto, amados hermanos, no están obligados a hacer lo que su naturaleza pecaminosa los incita a hacer; pues, si viven obedeciéndola, morirán. Pero, si mediante el poder del Espíritu hacen morir las acciones de la naturaleza pecaminosa, vivirán. Pues todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.

No debemos seguir apoyándonos en nuestro pensamiento terrenal pecaminoso. Debemos apoyarnos en el Espíritu que está dentro de nosotros, llamándonos a caminar en el poder, la gloria y la unción de Jesús.

No debemos creer en un hecho físico, algo que un doctor o un miembro de la familia ha dicho, o la forma en que nos sentimos hoy, MÁS de lo que creemos en la Verdad de Dios.

Hemos crecido escuchando acerca de la muerte. No podemos confiar en nuestras reacciones instintivas, emociones o pensamientos, porque fuimos entrenados para ser preocupados profesionales en el “valle de sombra de muerte” (Salmo 23:4), como dice mi papá.

Piensa en cuántos anuncios médicos oyes en la radio y la televisión si los enciendes por cinco minutos. “Si ha tenido varicela, entonces el virus del herpes zóster ya está en usted”. “¿Sufre de tal o cual enfermedad? Puede que necesite esto o aquello”. “Puede que esté entre el 30% de mujeres que tienen esto”. “Si se siente así, podría tener esta enfermedad”. Déjame decirte que el miedo nunca ha curado a nadie, ¡así que es hora de apagar esa basura! ¡Apaga las fuentes del miedo! ¡Silencia la voz del miedo! Luego, empieza a reemplazarla con la Verdad.

Debes bombardear tu mente con pensamientos saludables para reemplazar esa imagen de miedo, dolor y enfermedad con la imagen correcta de salud. Debes redescubrir quién eres realmente a través de Cristo. Isaías 53:5 nos da una imagen del regalo de salud que recibimos cuando Jesús dio Su vida por nosotros en la cruz:

Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados.

La Nueva Traducción Viviente lo dice así:

Pero él fue traspasado por nuestras rebeliones y aplastado por nuestros pecados. Fue golpeado para que nosotros estuviéramos en paz, ***fue azotado para que pudiéramos ser sanados*** (énfasis añadido).

No sé tú, pero yo no quiero rechazar o desperdiciar este regalo que Jesús me dio. Quiero recibir la integridad y la sanidad de la que habla este versículo. No quiero dejar que ni una gota de la sangre de Jesús se desperdicie por mi incredulidad.

A medida que tu visión sobre tu cuerpo cambia de muerte a vida, también debes aplicar esa visión a las decisiones que estas tomando para tu cuerpo. Cuando te ves a ti mismo saludable, vibrante, energético, en forma, alegre, poderoso y en control de tus decisiones, ¡empiezas a actuar como tal! Empiezas a vivir como tal.

Ahí es donde entra en juego la sabiduría natural. La frase “dieta y ejercicio” es una que escuchamos mucho, pero que la mayoría de las personas no están dispuestas a seguir porque carecen de visión para sus vidas. La visión dictará tus acciones con respecto a tu salud. No comerás miles de calorías de azúcar si tienes una visión de longevidad y construcción de un legado.

Dios nos ha dado sabiduría a través de Su Palabra, y *también ha colocado principios naturales para la salud en la tierra*. Por ejemplo, ha creado muchas plantas con capacidad para alimentar y restaurar el cuerpo.

También ha dado sabiduría a hombres y mujeres: médicos, quiroprácticos, entrenadores personales, nutricionistas, etc., que pueden ayudarnos a entender estos principios naturales curativos del cuerpo. Ellos pueden ayudarnos a poner en práctica esos principios. Dios creó el cuerpo para que se sane a sí mismo cuando se le da el entorno y el combustible correctos. Cualquier intervención de un médico es simplemente para ayudar al cuerpo a curarse a sí mismo, porque ningún médico puede hacer que una célula se cure o que un órgano funcione. Pero sí puede entender qué llevará a esa célula a curarse, o a ese órgano a funcionar.

El reconocimiento médico orienta a las personas hacia opciones saludables. Por ejemplo, si tienes 45 kilos de sobrepeso y vas al médico porque te duelen las articulaciones,

debería recomendarte algunos cambios en la dieta. Eso es sabiduría. Dios puede usar a un médico para aplicar Su sabiduría a una situación, tal vez para eliminar una infección, para fijar un hueso roto, o para descubrir las causas profundas. De hecho, si dependiera de satanás, no existirían los buenos médicos.

Pero quiero advertirte que *esta sabiduría natural no sustituye a la Verdad espiritual, ni el diagnóstico de un médico pesa más que el poder de Dios para sanar.*

La lección más dramática en cuanto a cambiar mi imagen que Dios me enseñó a través de todo este asunto fue la siguiente: *La fe mira la imagen del “después” cuando el espejo todavía muestra el “antes”.*

Hasta que no puedas imaginarte en tu mente lo que le estás creyendo a Dios, hasta que no puedas imaginarlo sucediendo realmente en tu vida, no serás capaz de recibirlo. Cuando digo, “Imagínate lo que le estás creyendo a Dios”, debes ser capaz de verlo en el ojo de tu mente, definirlo, nombrarlo y saber que es posible.

Cuando yo estaba enferma en mi cuerpo, era difícil para mí tener esa imagen de salud, porque los doctores no podían decir qué estaba mal conmigo. Por lo tanto, realmente no sabía contra qué orar excepto por algunos de los síntomas que sentía. Pero por alguna razón, cuando finalmente vi esas radiografías pude ver lo que estaba mal: mi columna no estaba curvada y había una masa que debía desaparecer. Eso activó mi mente para imaginarme esas cosas revertidas y curadas.

Al repintar nuestra imagen de la salud, tenemos que lidiar con la forma en que vemos las respuestas médicas. Tenemos que hacer frente a nuestra idolatría de la medicina científica. Muchos de nosotros tratamos las palabras de los médicos como definitivas. Nos las imaginamos como nuestra única esperanza. En el momento en que nos enfrentamos a cualquier dolor o enfermedad, nuestro primer pensamiento a menudo no es lo que dice Dios, sino lo que dice el frasco del analgésico o lo que dice una página web médica.

En el mundo occidental, tendemos a ver a los médicos y a los hospitales como *la* respuesta. No estoy diciendo que la ciencia mienta, sino que hay un Poder Mayor que la ciencia. Aquel que creó la ciencia sabe una o dos cosas más de lo que sabe tu médico.

Aquí está la cosa: Dios requiere nuestra completa lealtad de corazón para que tener acceso a nuestras vidas. ***La sanidad sobrenatural nunca vendrá si es un Plan B en tu mente.*** Dios no puede ser un Plan B. Así que déjame preguntarte, ¿dónde está tu confianza? O todo lo que Jesús dijo es verdad, o NADA de lo que dijo es verdad. O lo que Él hizo en la Cruz es suficiente para todo, o es solo una linda historia. Ay. Es duro escuchar eso, pero debes saber que lo digo como tu amiga y compañera en este viaje hacia la salud.

Está bien ver a un gran médico que es un agente de salud, pero confía en Dios como el Sanador. Está bien considerar la intervención médica como parte de la respuesta de Dios si Él te guía en esa dirección, pero nunca debe ser ahí donde radique tu confianza. El reino

sobrenatural de Dios y Su Reino sobrepasa el reino natural de este mundo terrenal. Es más poderoso. Es la última palabra, incluso cuando los médicos no pueden ofrecer ninguna esperanza de cura.

Los médicos están entrenados para dar un diagnóstico y pronóstico (el curso probable de una enfermedad o dolencia) basados estrictamente en la capacidad natural y el conocimiento, menos la intervención espiritual, y por lo general, basados en el peor de los casos. Ten esto en cuenta si te pones bajo el cuidado de un médico, y recuerda que su palabra no está por encima de la Palabra de Dios. Ora para que tu médico tenga sabiduría y hable palabras de vida sobre ti. Pide una segunda o tercera opinión. Ponte en contra de cualquier palabra que no se alinee con la Verdad.

Ciertamente, no estoy en contra de los médicos, pero *estoy* en contra de algunas prácticas demasiado comunes. Por ejemplo, estoy en contra de medicar los síntomas de cosas como la depresión y no tratar las causas profundas. Estoy en contra de la prescripción imprudente

de fármacos y cirugías innecesarias sin buscar primero remedios naturales, como la dieta y el ejercicio. Estoy en contra de la cultura basada en el miedo que existe en la comunidad médica. Estoy en contra de algunas de las prácticas comerciales de la industria farmacéutica, como el marketing a ultranza dirigido a los médicos para que receten sus medicamentos, lo que provoca una prescripción excesiva y mayores costes para el usuario final. Sobre todo, estoy en contra de poner la fe en cualquier ser humano *por encima* de poner la fe en Dios.

Hablemos de prevención por un momento. Es nuestro trabajo dar a nuestros cuerpos combustible y buen ambiente para mantenerse sanos. A menudo, hacemos lo contrario, ¡hay tantas influencias malsanas en nuestra cultura! A veces, satanás no tiene que hacer nada porque somos nosotros los que causamos el daño físico a través de nuestra ingesta de alimentos, la falta de líquidos y la falta de ejercicio.

Una dieta pobre o la falta de ejercicio pueden ser la raíz de problemas físicos. Don Colbert, M.D. dice que la mayoría de las

enfermedades pueden ser prevenidas y hasta curadas con dieta, emociones sanas y un estilo de vida saludable. Si le pides a Dios, Él te mostrará cuál es la raíz de tus problemas de salud y si hay cosas que necesitas cambiar para que tu cuerpo pueda sanar.

Si estás comiendo azúcar y harina blanca todos los días, esa podría ser la raíz de tu diabetes. Si tienes un sobrepeso severo, hay una serie de problemas a los que estás abriendo la puerta. Si sólo duermes unas pocas horas por noche, no le estás dando a tu cuerpo tiempo para recuperarse. Si no estás comiendo alimentos integrales y nutritivos y en su lugar estás consumiendo constantemente comida rápida, estás introduciendo elementos dañinos en tu sistema sin darle las herramientas para desintoxicarse.

Pídele al Espíritu Santo que te guíe en tus decisiones diarias y que te dé el poder para lograr tus objetivos.

En última instancia, debemos tomar las decisiones correctas para nuestro cuerpo. A menudo me confieso, “¡Tengo la misma

autodisciplina que Jesús porque tengo el mismo Espíritu en mi interior! Puedo tomar buenas decisiones en mi alimentación y ejercicio para poder correr bien mi carrera!”

Cuando vemos la vida diaria de Jesús, encontramos que Él era extremadamente autodisciplinado. ¿Adivina qué? Nosotros también podemos serlo. Él se mantuvo enfocado en Su tarea, y nosotros también podemos. No permitió que nada lo desviara de Su misión, y nosotros tampoco debemos hacerlo. Él corrió bien Su carrera, y nosotros también podemos hacerlo, con el poder de Dios.

Antes de comenzar tu desafío de sanidad de 30 días, quiero decirte que esta no es una fórmula mágica y no necesariamente tiene que ser tan larga o tan corta como 30 días. Hazlo por el tiempo que sea necesario para repintar tu cuadro y hacer que tu corazón se ponga de acuerdo.

Actúa: toma el reto de sanidad de 30 días apagando los medios que no estén llenos de fe y recitando versículos y declaraciones en voz alta todo el día.

3. APÓYATE EN TU AUTORIDAD

A medida que reclamas tu identidad Y cambias tu imagen a través de las Escrituras, la fe crece. Cuando la fe crece, también lo hace tu audacia. Empiezas a ver que se te ha dado autoridad. La fe siempre va acompañada de autoridad. Hablemos de los “gemelos de poder”, la fe y la autoridad, por un momento.

Como dije antes, la definición de fe es, de forma simple, ***estar completamente de acuerdo con la voluntad de Dios***. Si podemos hacer que nuestros corazones estén de acuerdo con Dios en lugar de estar de acuerdo con la enfermedad, los síntomas o las circunstancias, entonces Dios tiene el derecho legal de tocarnos. Es entonces cuando debemos usar la autoridad para recibirlo. ***Tomar autoridad significa hacer valer confiadamente la victoria que ya nos ha sido dada en la cruz.***

Quién eres en Cristo (identidad), sumado a la fe en Dios (creencia), expresado con autoridad (cumplimiento legal), es igual a resultados.

Dios nos ha dado autoridad para hablar y traer Su voluntad aquí a la tierra como es en el cielo.

Recibimos sanidad así como recibimos salvación. ¿Cómo recibimos la salvación? Expresamos palabras de oración cuando creemos. Romanos 10:9 (NTV) dice:

Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo.

Así que para recibir sanidad, debemos hablar abiertamente cuando creemos (fe). Lucas 10:19 dice:

Sí, les he dado autoridad a ustedes para pisotear serpientes y escorpiones y vencer todo el poder del enemigo; nada les podrá hacer daño.

Si estás enfermo, por favor, interioriza esto: lo que Dios hizo por mí, lo hará por cualquiera. Ya fue pagado y se te entregó en la Cruz. ¡Dios está tan emocionado por el

momento en que tu fe se aferre a la promesa!
Pero hasta entonces, Él no tiene acceso.

¿No tiene Dios el derecho legal de hacer lo que quiera? Sí... y no. Dios le dio al hombre libre albedrío, y Él no puede hacer lo que nosotros no queremos que Él haga, o no le hemos dado permiso para hacer. Dios no violará nuestro libre albedrío.

Nuestra fe, liberada a través de palabras de autoridad, le da permiso a Dios para invadir nuestro problema con Su remedio.

Puedes decir, “¡Por supuesto que quiero que Dios me sane! Por favor, Dios, ¡cúrame!” Pero hasta que tu corazón se ponga de acuerdo con Dios (fe), y tomes lo que Él YA te dio en la Cruz (autoridad), Dios no puede moverse “legalmente”. Estaría traspasando el límite de lo que *realmente* crees.

La gente (y satanás) oyen lo que tu boca dice, pero Dios oye lo que tu corazón dice. Tu corazón y tu boca deben estar en sintonía, diciendo lo mismo que Dios acerca de tus circunstancias. Como dice mi papá, cuando

las dos imágenes coinciden, es cuando debes orar y recibirlo.

Me preguntan a menudo cómo “entrar en la fe” y qué deben hacer para obligarse a creer. ***Aquí está el detalle: no puedes hacer que tu corazón crea algo, tu corazón creará lo que pongas en él.*** La fe crece plantando la Palabra de Dios (Romanos 10:17). Si has estado plantando semillas de muerte, diciendo cosas malas acerca de tu salud, entonces ese será el fruto de tu corazón y tu cuerpo entrará en acción para producir aquello que estás declarando. Pero si plantas cosas buenas en tu corazón, tendrás una buena cosecha.

La Biblia dice que Jesús hizo cosas buenas, sanando a *todos* los oprimidos por el diablo (Hechos 10:38). Comienza a meditar en las cosas buenas que Jesús hizo y esto hará que la fe aumente. Las buenas semillas brotarán y crecerán.

La incredulidad es como veneno en el corazón. Mata las semillas antes de que puedan producir una cosecha. Jesús no

pudo sanar a mucha gente en Su pueblo natal porque no tenían fe en Él. Lo habían conocido toda su vida y estaban demasiado familiarizados con Él como para creer que era el Hijo de Dios. Marcos 6:5-6 (NTV) dice:

Y, debido a la incredulidad de ellos, Jesús no pudo hacer ningún milagro allí, excepto poner sus manos sobre algunos enfermos y sanarlos. Y estaba asombrado de su incredulidad.

La incredulidad se basa en el miedo, no se tiene fe cuando se tiene miedo. No tienes autoridad cuando tienes miedo. El miedo es a menudo el enemigo final en las batallas de salud. ¿Por qué? Porque el miedo se basa en la muerte y hemos nacido en un mundo moribundo. El miedo dice constantemente, “Te vas a morir”, cuando sientes que se acerca un dolor de cabeza o que se te infecta una herida. El miedo toma una milla si le das sólo una pulgada. Pero, amigo, ¡el miedo es un enemigo derrotado!

La maldición de la tierra (Génesis 3) sigue vigente, y ***el miedo es el lenguaje de la maldición de la tierra***. El miedo es un tormento, y me enoja ver cómo arruina la vida de las personas. ¿Cuál es el remedio para el miedo? No es la fe, es el amor de Dios. El amor perfecto echa fuera el temor. Sólo Dios tiene amor perfecto y rebosa de seguridad, aceptación incondicional, abundancia total, devoción eterna, motivos puros, fidelidad, afecto gozoso, abnegación y orgullo radiante por ti. ¡El miedo es un pelele comparado con el amor de Dios! ***Por lo tanto, para recibir sanidad debemos confrontar el miedo con el amor de Dios.***

Imagina esto: Jesús, en toda Su gloria eterna, está en tu casa. Él está sosteniendo una hermosa caja con el anillo de diamantes más grande que jamás hayas visto. Con ese anillo, Él te está proponiendo Su amor, diciendo que si lo haces tu único y verdadero amor, ¡puedes tener todo lo que Él tiene (que es mucho)! Puedes tener seguridad, paz, salud, propósito, plenitud y mucho más. No

siempre será fácil ser Su novia, porque tiene muchos enemigos, pero Él te ha dado poder sobre esos enemigos.

Un problema: ya tienes un compañero de vida, Miedo, que de repente irrumpe en la habitación. Te exige que le digas a Jesús que se vaya y que te quedes con él. Después de todo, estás familiarizado y cómodo con él. Lleva contigo toda la vida. Quieres elegir a Jesús, pero te sientes impotente para liberarte del control de este compañero. La vida con él no es fácil, pero al menos es predecible; dolor, carencia y angustia acompañan cada día.

El miedo dice que eso es todo lo que te mereces, de todos modos. Dice que nadie más te quiere de verdad y que mereces sufrir. Has interpretado el papel de esposa o esposo maltratado durante todos estos años. ¿Por qué cambiar ahora?

Justo entonces, Jesús se interpone entre tú y el Miedo. Jesús se vuelve hacia ti y te pregunta, “¿De verdad quieres seguir con este imbécil?” Miras a los ojos del Amor

mismo, y te infunde valor. Finalmente, dices, “¡No! ¡Te quiero a ti, Jesús!” En un instante, Jesús toma al Miedo y lo arroja a la oscuridad de la noche.

¡Eres libre! Es decir, eres libre *a menos* que elijas abrir la puerta de tu casa una vez más a ese abusivo seductor, el Miedo.

Una de mis escrituras favoritas es 2 Timoteo 1:7 (NTV):

Pues Dios no nos ha dado un espíritu de temor y timidez sino de poder, amor y autodisciplina.

Podemos elegir entre lo que Dios nos ha dado y lo que satanás trata de darnos. Dios nos ha dado poder sobre todo el poder de satanás. Nos ha dado Su amor, increíblemente fuerte. Y nos ha dado la autodisciplina para tomar las decisiones correctas en nuestras vidas. Pero es nuestra elección.

Hoy te he dado a elegir entre la vida y la muerte, entre bendiciones y

maldiciones. Ahora pongo al cielo y a la tierra como testigos de la decisión que tomes. ¡Ay, si eligieras la vida, para que tú y tus descendientes puedan vivir! Deuteronomio 30:19 (NTV).

¿Vas a aceptar a Jesús y Su regalo para ti, que incluye todos los beneficios que Él pagó con Su propia vida? ¿O vas a seguir viviendo con Miedo, permitiéndole que controle tu vida, escuchando su voz?

Cuando el miedo en mi vida fue abolido por el amor de Dios, la fe y la autoridad pudieron levantarse. Me volví audaz y confiada. Me erguí un poco más. Dejé de tener ataques de pánico. Terminó el tormento mental.

Hay mucho que decir acerca de tomar la decisión irrevocable de levantarse y actuar, tal y como hice aquella noche mientras sollozaba sobre la alfombra, al comienzo de mi reto de sanidad de 30 días. Estaba tan enfadada y tan cansada de aguantarlo todo que me atreví. Finalmente, entré en

un lugar de autoridad. Me di cuenta de que Dios me hizo totalmente responsable de mis decisiones. Nadie podía elegir la vida en mi nombre. Él iba a honrar mi elección, mi creencia, mis deseos. Él esperaba por mí.

La autoridad viene de afirmarte como hijo de Dios en tu posición e identidad dadas por Dios. Cada vez que las voces del miedo traten de hablar y decir, “Tú no eres tan fuerte”, puedes decir, “Tal vez no, ¡pero mi papá sí lo es!” No estás caminando en tu propia fuerza. Estás caminando en el poder y la fuerza de Dios Padre. Expulsar el miedo o la enfermedad de tu vida es fácil cuando te afirmas en tu legítimo lugar de autoridad.

Jesús habló con autoridad y los demonios obedecieron, porque Él se mantuvo en sumisión al Padre como Su oficial al mando. Sólo hizo lo que sabía que el Padre le estaba comisionando a hacer. Por lo tanto, el poder del cielo respaldaba cada palabra que Él hablaba. De la misma manera, Jesús es nuestro oficial al mando y podemos tener al cielo respaldando nuestras palabras de fe.

Hubo un hombre en la Biblia que realmente entendió este principio. Mateo 8:8b-10 es la historia de un oficial romano que vino a Jesús porque su siervo se estaba muriendo. Jesús se ofreció a ir y sanar al siervo, pero el oficial dijo lo siguiente:

“Basta con que digas una sola palabra, y mi siervo quedará sano. Porque yo mismo soy un hombre sujeto a órdenes superiores, y además tengo soldados bajo mi autoridad. Le digo a uno: “Ve”, y va, y al otro: “Ven”, y viene. Le digo a mi siervo: “Haz esto”, y lo hace”.

Al oír esto, Jesús se asombró y dijo a quienes lo seguían: “Les aseguro que no he encontrado en Israel a nadie que tenga tanta fe.”

Este oficial conocía el poder de Jesús sobre el reino demoniaco, creía en Su deseo de sanar y comprendía la autoridad espiritual.

Puedes tener confianza en que es el deseo de Dios sanar, y, por lo tanto, puedes afirmarte en un lugar de autoridad. Podemos conocer la voluntad de Dios mirando a Jesús. Juan 5:19 dice:

Entonces Jesús afirmó, “Ciertamente les aseguro que el hijo no puede hacer nada por su propia cuenta, sino solamente lo que ve que su padre hace, porque cualquier cosa que hace el padre, la hace también el hijo”.

Jesús sanó a TODOS los que estaban oprimidos por el diablo (Hechos 10:38). *¡Nunca hubo un momento en que Jesús despidiera a una persona todavía enferma!* Nunca dijo, “No puedo sanarte porque esta enfermedad es mi voluntad”. Nunca dijo, “Te estoy dando una lección con esta lepra”. Nunca dijo, “Estoy permitiendo que esto suceda”. ¡No! ¡Jesús sanó a TODOS! Lucas 5:12-15 dice:

En otra ocasión, cuando Jesús estaba en un pueblo, se presentó un hombre cubierto de lepra. Al ver a Jesús, cayó rostro en tierra y le suplicó, “Señor, si quieres, puedes limpiarme”. Jesús extendió la mano y tocó al hombre. “Sí quiero” le dijo. “¡Queda limpio!” Y al instante se le quitó la lepra.

“No se lo digas a nadie” le ordenó Jesús; “sólo ve, preséntate al sacerdote y lleva por tu purificación lo que ordenó Moisés, para que sirva de testimonio”. Sin embargo, la fama de Jesús se extendía cada vez más, de modo que acudían a él multitudes para oírlo y para que los sanara de sus enfermedades.

Jesús proclamó a este hombre leproso que era voluntad de Dios sanarlo, y eso no ha cambiado. Dios no cambia de parecer y no muestra favoritismos injustos. Lo que Él hace por uno, lo pone a disposición de todos a través de Sus promesas. Lo recibimos como un regalo, ¡pero tenemos que tomarlo!

La segunda manera de conocer la voluntad de Dios y así caminar en nuestra autoridad es por la guía del Espíritu Santo. Él es nuestro Consejero, dándonos dirección y consejo en todo lo que afecta nuestras vidas. 1 Corintios 2:9-10 dice:

Sin embargo, como está escrito: “Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes lo aman”. Ahora bien, ***Dios nos ha revelado esto por medio de su Espíritu***, pues el Espíritu lo examina todo, hasta las profundidades de Dios. (énfasis añadido).

El versículo 16 continúa diciendo, ***“Nosotros, por nuestra parte, tenemos la mente de Cristo”***. No se supone que vivamos sin tener ni idea de lo que Dios quiere para nosotros. Podemos saber lo que está en Su mente y corazón. Somos Sus hijos

y tenemos acceso a Sus pensamientos por medio del Espíritu Santo.

Cuando conocemos la voluntad de Dios, podemos hacerla cumplir. Podemos tener una idea clara de las promesas y deseos de Dios para que podamos levantarnos y hablarle al mal que es la fuente de la enfermedad.

Jesús nos mostró la naturaleza de Dios Padre, y luego nos dio Su autoridad. Dice en Mateo 10:1:

Jesús reunió a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar a los espíritus malignos y sanar toda enfermedad y toda dolencia.

La definición de la palabra *autoridad* es “el poder o derecho de dar órdenes, tomar decisiones e imponer obediencia”. ¡Mantente fuerte! Has sido autorizado como agente de cambio para hacer cumplir la voluntad de Dios en la Tierra como en el cielo. Tus palabras tienen poder, y el nombre de Jesús

te ha sido otorgado. Las fuerzas demoniacas no tienen más opción que obedecer las palabras dichas con fe y autoridad.

Lucas 10:19 dice:

Sí, les he dado autoridad a ustedes para pisotear serpientes y escorpiones y vencer todo el poder del enemigo; nada les podrá hacer daño.

Cuando hablamos en autoridad palabras de fe que se alinean con la voluntad de Dios, no sólo los demonios obedecen, sino que también los ángeles actúan. ***Demasiados de nosotros tenemos a los ángeles desempleados y sentados, porque no decimos palabras que se alineen con las órdenes del Comandante en Jefe.*** No estamos haciendo cumplir la voluntad de Dios a través de nuestras declaraciones.

Los ángeles sólo pueden hacer la voluntad de Dios (traer vida en abundancia). Sólo harán cumplir las palabras de fe que se

pronuncien con autoridad. Así que, ¡pon a trabajar a esos ángeles!

Actúa: Declara palabras de fe con autoridad, haciendo cumplir la victoria que ya tienes. ¡El cielo te respalda!

4. DI LA ORACIÓN DE FE

Fortalecí mi fe por 30 días, pero no oré para recibir mi sanidad HASTA que supe que la fe estaba allí. ¿Por qué? Porque orar es recibir. Y para recibir, debemos tener fe. Volviendo al ejemplo de recibir un regalo, primero tengo que saber que mi amigo quiere darme el regalo y debo entender que está tratando de dármelo. Cuando digo “gracias” y extendo la mano para tomarlo, es mío. La oración de fe es extender la mano y tomarlo, diciendo, “¡Gracias, Jesús, porque estoy curada!”

Cuando tuve una imagen clara y una creencia imparable, ése fue el momento de orar. Mi corazón ya estaba celebrando la

victoria, ¡incluso antes de verla! Y cuando oramos, se cumplió en el reino espiritual, según Marcos 11:24:

Por eso les digo: Crean que ya han recibido todo lo que estén pidiendo en oración, y lo obtendrán.

¿Cuándo se recibe? Cuando oras, no cuando se ve el resultado. Por eso se llama oración de FE. Recibes aquello por lo que oras en ese momento, aunque no aparezca instantáneamente. La fe se convierte en la evidencia o la sustancia de aquello que deseas (Hebreos 11:1).

Santiago 5:14-16 dice lo siguiente acerca de la oración de fe:

¿Está enfermo alguno de ustedes? Haga llamar a los ancianos de la iglesia para que oren por él y lo unjan con aceite en el nombre del Señor. ***La oración de fe sanará al enfermo y el Señor lo levantará.*** Y si ha pecado, su pecado se

le perdonará. Por eso, confiésense unos a otros sus pecados, y oren unos por otros, para que sean sanados. La oración del justo es poderosa y eficaz (énfasis añadido).

Hice que los ancianos me ungeran con aceite, se pusieran de acuerdo con mi fe y, a partir de ese momento, todo quedó consumado en mi corazón. ¡Estaba curada! Anoté esa fecha y hora.

Usemos la analogía del tiempo de la semilla y la cosecha para examinar el proceso de crecimiento de nuestra fe. Dios puso el tiempo de la semilla y la cosecha como un principio que funciona no sólo en el reino físico, sino también en el reino espiritual.

Primero, la tierra del corazón debe ser preparada. Eso significa que hay que quitar cualquier mala hierba, piedra o raíz. Para mí, eso significó deshacerme de algunas piedras y raíces: odio a mí misma, miedo, indignidad y falta de perdón. Una vez eliminadas esas cosas, es hora de fertilizar

la tierra y llenarla de nutrientes que hagan crecer la semilla. Lo hacemos descubriendo quién es Dios y quiénes somos nosotros en Él. Esa restauración de la identidad tiene que suceder. Cuando pasamos tiempo en la presencia de Dios, adorándolo y confraternizando con Él, se ablandan nuestros corazones.

Luego, debemos plantar las semillas de la Palabra de Dios en nuestro corazón (lo cual hice durante mi desafío de sanidad de 30 días). La Palabra de Dios producirá fe, porque la fe viene por el oír. Una gran manera de regar la cosecha es con palabras de vida y agradecimiento. Las palabras de duda, queja, ingratitud, chisme o muerte son como rociar veneno en tus cultivos, ¡así que ten cuidado con eso!

Finalmente, ¡es hora de cosechar! Y la fe es la señal que buscamos para ver que la cosecha está lista. No podemos arrancar la semilla antes de tiempo y decir, “¡No funcionó!” Se necesita paciencia. Cuando podemos verlo, ¡podemos recibirlo! Cuando

estamos caminando en expectativa confiada, es tiempo de liberar la fe para que haga su trabajo. Mi papá llama a esto “meter la hoz” con nuestras palabras de oración, dichas con autoridad. Una vez que la cosecha está lista, nuestras palabras la cosechan.

Actúa: Lee Marcos 4:26-29, y también Tu Revolución Financiera: El Poder del Reposo, de Gary Keese, para aprender más sobre este principio. Cuando tu corazón esté listo para recibir, ora la oración de fe, haciendo tu petición a Dios. Recibirás cuando digas esa oración, ¡así que anota la fecha y la hora!

5. ALÁBALE POR LA VICTORIA

Incluso en el periodo de tiempo desde que los ancianos oraron por mí hasta la mañana en que me desperté curada, unas dos semanas, mi fe seguía hablando. A pesar de que no había ningún cambio físico en lo natural, se había completado una obra en lo sobrenatural. Fue entonces cuando me

limité a alabar a Dios por ello, como si ya estuviera terminado. Tenía que mantener los ojos fijos en esa promesa. Mi fe podía ver el “después”, incluso cuando todavía estaba experimentando el “antes”.

He visto milagros instantáneos después de una oración de fe, pero también hay milagros que suceden más tarde, después de la oración, y recuperaciones que se producen gradualmente. He visto todas estas situaciones en mi propia vida o en la de otros, pero el resultado final es el mismo: la sanidad. A menudo hay un proceso de sanidad, ya sea el proceso de fortalecer la fe, el proceso de descubrir y recibir la liberación de las fortalezas, o el proceso de permanecer en una promesa hasta que sucede una recuperación completa.

Cuando las cosas no se manifiestan instantáneamente, tenemos que tomar una decisión. ¿Alabaremos a Dios por lo que ya hemos recibido por fe, o volveremos a caer en la duda y la incredulidad? ¿Destruiremos nuestra cosecha con palabras de muerte, o

protegeremos y recogeremos nuestra cosecha a través de palabras de alabanza y acción de gracias?

La liberación instantánea es grandiosa, pero hay algo acerca de permanecer por fe en una promesa que te hace madurar. Crece tu perseverancia. Crece tu confianza en Dios. ***Cuanto más resuelto seas en tu fe, más podrás recibir de Dios.*** Eso se debe a que no te dejas mover fácilmente por las circunstancias. No sueltas la Palabra cuando satanás crea ilusiones y falsas evidencias con la intención de convencerte de una fatalidad segura. Él es un maestro de las ilusiones, pero no tiene poder real a menos que estés de acuerdo con su ilusión.

Así que cuando alabas a Dios por la victoria aunque tus ojos físicos todavía no puedan verla, estás haciendo la vista gorda a las farsas de satanás. Mientras menos atención le prestes a sus ilusiones, menos poder tendrán. Deja de escuchar sus mentiras, y en su lugar, enfócate en el Salvador.

Hebreos 12:1-3 habla de ser resueltos en nuestra carrera, manteniendo nuestros ojos en el premio como lo hizo Jesús:

Por tanto, también nosotros, que estamos rodeados de una multitud tan grande de testigos, despojémonos del lastre que nos estorba, en especial del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante. Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Así, pues, consideren a aquel que perseveró frente a tanta oposición por parte de los pecadores, para que no se cansen ni pierdan el ánimo.

A veces, hay un período de espera entre el “amén” y el “¡ahí está mi sanidad!” Durante ese tiempo, seguramente te encontrarás con

pensamientos que no se alinean con tu fe. ¡No te canses! No te desanimes. No permitas que nada desvíe tus ojos de Jesús y de lo que Él ya te ha dado.

Los dones del Espíritu a menudo operan en un ambiente congregacional, como un servicio de adoración o una gran reunión. El don de sanidad puede fluir y puede ocurrir una sanidad instantánea. Es algo impresionante de contemplar, y a menudo ocurre con el propósito de mostrar a Jesús a los incrédulos.

Sin embargo, a menos que sepamos cómo recibir y permanecer en la promesa de Dios para nosotros y tomar autoridad espiritual en una situación, correremos de servicio de liberación en servicio de liberación con esperanza, pero no con fe. Buscaremos a un ministro para que traiga esa unción, en vez de darnos cuenta que tenemos acceso a ella en cualquier momento. Recibiremos oración de múltiples ministros con la esperanza de que algo suceda, sólo para irnos decepcionados. Le rogaremos a Dios por algo que ya nos

ha dado. Jesús es nuestra Fuente, no un ministro o una reunión de avivamiento o un doctor. Tenemos la habilidad de recibir sanidad en cualquier momento, de acuerdo a nuestra fe.

Creo que el proceso de sanidad también se relaciona con poder mantener el territorio una vez que lo tomamos. Por ejemplo, en mi vida, si no me hubiera ocupado de las raíces de la enfermedad (espíritus de miedo, odio a uno mismo, vergüenza, etc.) podría haber abierto la puerta para que esa enfermedad volviera enseguida. A través del proceso de libertad y fortalecimiento de la fe, me hice más fuerte. ***¡El afirmarnos es lo que nos hace más fuertes!*** En Efesios 6:13-17, el apóstol Pablo nos equipa para la batalla de mantenernos firmes:

Por lo tanto, pónganse toda la armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo ***puedan resistir hasta el fin con firmeza. Manténganse firmes***, ceñidos con el cinturón de la

verdad, protegidos por la coraza de justicia, y calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz. Además de todo esto, tomen el escudo de la fe, con el cual pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno. Tomen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios (énfasis añadido).

Debemos ganar la batalla de nuestras mentes si queremos mantenernos firmes en una promesa de Dios. Debemos guardar nuestros corazones, guardando nuestros pensamientos. *Lo que nuestros corazones creen es dictado por los pensamientos que tenemos y las palabras que hablamos.* Joyce Meyer dijo:

No importa cuán fuerte sea la batalla en tu mente, ¡no te rindas! Sal y recupera el territorio que te han robado. Aunque sólo sea un centímetro a la vez, asegúrate de apoyarte en la gracia de

Dios y no en tu propia capacidad. Si no te rindes, desgastarás al diablo.

Al estar en expectativa confiada, nos mantenemos en un lugar para recibir continuamente del Padre Dios. Pero mantener ese territorio recién ganado requiere vigilancia y una actitud de no negociar con el enemigo.

Durante esas dos semanas no volví a pedirle a Dios que me sanara, porque eso ya estaba hecho. No supliqué, ni lloré, ni permití que se apoderaran de mí pensamientos desalentadores. Mi confesión se volvió una de victoria y acción de gracias. Actué como si ya estuviera curada. Hablé como si ya estuviera curada. Alabé a Dios como si ya estuviera curada. Comencé a decir, “Padre, gracias porque fui sanada el domingo, y me reafirmo en ese momento en que oramos según Marcos 11:24. Lo recibí ese día. Lo recibí en ese día. Ahora, cuerpo, no tienes otra opción que alinearte con esa realidad. Te agradezco, Jesús, que me hayas

sanado. Estoy muy agradecida”.

Quiero mencionar una cosa más que me ayudo a afirmarme y no dudar: adorar y confraternizar con Jesús. Mi relación con Él en ese momento era mucho más fuerte y mejor de lo que había sido en años anteriores, porque había pasado mucho tiempo simplemente estando con Él.

Verás, hubo años durante los cuales me encontré en una temporada de sequía. Había permitido que mi relación con Jesús se distanciara. Claro, yo sabía en mi cabeza que Dios estaba conmigo, pero no podía sentirlo, especialmente mientras mis pensamientos estaban dominados por la indignidad y el cuestionamiento de por qué eso estaba sucediendo. Mi amor por Dios se había enfriado. Había permitido que Él se volviera menos valioso para mí que otras cosas en mi vida. Sabía mucho acerca de Él, pero no separaba tiempo para tener una relación con Él.

Hay peligro en estar cerca de la religión pero no mantener una relación con Dios

mismo. Algunos de nosotros que hemos sido criados en la iglesia o en la “religión”, hemos empezado a alejarnos del amor y la pasión que teníamos por Dios al principio. ***Podemos querer algo de Dios, pero no apartamos tiempo para enamorarnos primero de Él.*** Nos hemos dejado inocular por el mundo.

Dios dijo en Apocalipsis 2:4 (NTV):

Sin embargo, tengo en tu contra que has abandonado tu primer amor.

Es como el matrimonio: una vez que se está cerca de alguien el tiempo suficiente, es fácil dejar de valorarlo. Debes invertir constantemente en la relación o no recibirás nada de ella. No puedes recibir de alguien si no lo honras.

No recibirás nada de una relación con Dios si permites que se vuelva fría, mundana o basada en el deber y el ritual. Por eso la alabanza y la adoración son tan importantes. Acercan nuestros corazones a Él.

Adoración significa “primer beso”. Si eres padre, ¿sabes cuánto te gusta recibir besos de tu hijo! Mi pequeño de dos años frunce los labios y me da los besos más dulces antes de acostarse, y luego sonrío y se ríe. Son esos momentos que derriten el corazón los que hacen que la paternidad sea tan alegre. Soy la primera mujer a la que ha querido mi hijo. Soy su “primer beso”, y creo que por eso hay algo tan especial entre una madre y un hijo.

Lo mismo ocurre con mi marido y mi hija. Tienen un vínculo muy especial, y es porque él es el primer hombre al que su corazoncito ha amado. Papá es su “primer beso”. Del mismo modo, Dios es nuestro primer beso. Nuestros corazones fueron creados para amarlo.

Al encontrar una dulce relación con Él, realmente nos encontramos a nosotros mismos. Encontramos nuestro propósito. *Y a Dios Padre le encanta tener a Sus*

hijos en Su presencia, dándole besos de agradecimiento. Le llega al corazón. La adoración requiere tomar tiempo para estar con Él (en lugar de sólo escuchar *acerca de Él*). Y en la adoración podemos experimentar lo verdaderamente asombroso que es Él.

A veces, lo mejor que puedes hacer cuando estás sufriendo es poner primero una buena música de alabanza (canciones declarativas que te recuerden la naturaleza de Dios y Sus promesas) y proclamar todas las cosas que amas de Él. La alabanza nos recuerda Quién es Dios y lo que puede hacer. ***Hay tanto poder en alabar a Dios porque lo eleva por encima de nuestro problema.*** Nos recordamos a nosotros mismos que Él es más grande que la enfermedad.

Luego, pon música de adoración (que se comunique directamente con Dios) y comienza a amarle. Agradécele por Quien es Él. Agradécele por el maravilloso amor que te ha dado. Esto hará que tu mente deje de

pensar en el problema y se concentre en la respuesta. Y ayudará a tu corazón a volver a estar de acuerdo con Dios, a volver a tener fe en las promesas que te ha hecho, incluso antes de que veas la respuesta en lo natural. Cuando empiezas a hablarle palabras de amor, tu corazón vuelve a estar alineado.

Invertir tiempo en la adoración es literalmente invertir en Dios; y cuando inviertes en Dios, obtienes el mejor reintegro de todo el universo: ¡lo obtienes a Él y todo lo que Él tiene! Es en la presencia del Sanador que serás cambiado.

Cuando estés en la temporada de estar firme, o peleando batallas mentales con pensamientos de miedo y duda, te reto a que te quedes solo y empieces a decir:

Padre, Tú eres tan bueno, y has sido tan fiel conmigo. Te alabo y te honro por todo lo que eres. Me encanta estar contigo porque soy Tu hijo. Te pido que vengas y estés conmigo. Mi alma anhela

vislumbrar Tu gloria. Tú creaste los cielos y la Tierra, ¡y eres tan asombroso! ¡Nada es demasiado difícil para Ti! ¡Estoy tan contento de que seas mi Papá! ¡Te alabo! ¡Te doy gracias!

Cuando empiezas a expresar tu amor por Él a través de palabras, bailes y canciones (no tienes que sonar bonito; sólo sé sincero), el Rey de reyes se acerca más a ti. Tu canción es Su canción favorita.

Quando le adoras, le das permiso para acercarse a ti. Te reto a que lo adores hasta que sientas que el miedo y la opresión desaparecen.

Puede que no sepas exactamente lo que le pasa a tu cuerpo; puede que aún no te lo hayan diagnosticado, o puede que hayas recibido un diagnóstico para el cual los médicos no tienen cura. No importa, porque el Gran Médico que hizo tu cuerpo sabe lo que está mal y puede guiarte a una vía de escape. La unción sanadora puede fluir a tu cuerpo cuando adoras y pasas tiempo en Su

presencia. Este es un tiempo para estar firme y no ser sacudido. ¡Construye una vida de amor con el Sanador!

He llegado a orar con muchas personas que son cristianas y, sin embargo, están enojadas con Dios porque han tenido muchos problemas de salud. Oro para que mi transparencia acerca de mis defectos pasados y mi incredulidad abra la puerta para que otros confronten sus propias actitudes y le pidan a Dios que les ayude a creer. Oro para que cuando escuchen mi historia, descubran cualquier patrón de pensamiento erróneo y pasen de la culpa a la fe.

Mientras la gente culpe a Dios, nunca podrá recibir de Él. Tienen que comprender que el verdadero enemigo es satanás, y a él le encanta destruir los templos de Dios: sus cuerpos. Pero tiene que marcharse cuando ejercemos nuestra autoridad legítima sobre él.

Quiero contarte algunas historias asombrosas más de personas que conozco personalmente y que han recibido su

sanidad, ya sea escuchando mi historia o la de alguien más. Las historias ayudan a construir la esperanza de que puede suceder para nosotros, y donde la esperanza está viva, la fe puede entrar.

Tracy era una chica rubia y vivaracha con ganas de vivir cuando recibió el terrible diagnóstico de una esclerosis múltiple debilitante. Tenía entumecido todo el cuerpo y le dijeron que comprara una casa accesible para silla de ruedas. Los médicos no tienen cura para la esclerosis múltiple y dicen que el daño cerebral es irreversible.

Pero Tracy empezó a acudir a la iglesia Faith Life y oyó hablar de Jesús, el Sanador. Ella y su marido empezaron a ordenar a los síntomas que se fueran, y ella rechazó totalmente el diagnóstico. ¿Adivina qué? Los síntomas se disiparon completamente, y ha estado libre desde entonces. Eso fue hace más de 12 años. Ahora es una empresaria muy activa y enérgica que está

constantemente de pie, moviéndose y ayudando a los demás.

Leah fue sanada de su baja autoestima después de que su esposo la dejó por otra mujer. Después, Dios la sanó de la anorexia, ¡lo que la llevó a la sanidad de la esclerosis múltiple! También restauró su vida, y ahora está felizmente casada con un hombre piadoso.

Renee fue sanada de una enfermedad autoinmune incurable y rara, que la había incapacitado y dejado sin esperanza de vivir. Ella pasó de estar en su lecho de muerte, pesando sólo 80 libras, a manejar su propio negocio y bendecir a muchos con su alegre sonrisa. Hoy está curada.

Mi tía abuela tenía un tumor canceroso que había estado creciendo rápidamente, y los médicos programaron su cirugía. Vino a la iglesia un fin de semana y se llevó a casa el libro *Cristo, el Sanador*, de F.F. Bosworth, lo leyó esa semana y volvió para

orar el domingo siguiente. Cuando oramos por ella, el poder de Dios cayó y vio una luz brillante. Dijo que sintió como si la electricidad la atravesara.

Esa semana, cuando fueron a operarla, no pudieron encontrar el tumor del tamaño de una pelota de béisbol. Había desaparecido por completo. Los médicos estaban desconcertados, pero ella sabía por qué había desaparecido.

Jennifer había sido alcohólica toda su vida. Su adicción se había apoderado de todas las áreas de su vida y estaba desesperada, había probado AA y todo lo que se le había ocurrido. Finalmente, aceptó ir a la iglesia con su compañero de trabajo. Fue allí donde entregó su corazón a Jesús. Ese domingo, después de rendirse al Salvador, se fue a su casa y pasó por el refrigerador sin detenerse a tomar una cerveza. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ni siquiera la quería. El deseo le había sido quitado. Ahora ayuda a otros que luchan contra el alcoholismo.

Aaron es un veterano de la guerra de Irak que volvió a casa con un grave trastorno de estrés postraumático, problemas de ira, insomnio, pesadillas y parálisis parcial en el lado izquierdo, debido a una lesión cerebral. Llevaba años sin dormir una noche entera. No podía agarrar las cosas porque su mano no tenía fuerza. Su matrimonio estaba intacto sólo porque su mujer se negaba a perder la esperanza. Apenas podía hacer frente a la vida cotidiana y quería darse por vencido.

Al principio, estaba enfadado con Dios por lo que estaba pasando, pero luego escuchó una enseñanza sobre cómo Jesús sanaba a todos. Él y su esposa se aferraron de verdad a las promesas de Dios, como el salvavidas que tan desesperadamente necesitaban.

Un fin de semana, recibieron oración y creyeron en el cambio. Esa noche, se fue a casa y durmió durante 12 horas seguidas. Se despertó y la parálisis había desaparecido, las pesadillas habían desaparecido, el trastorno de estrés postraumático había desaparecido,

¡y era un hombre completamente nuevo! Se curó al instante y desde entonces ha compartido con otros veteranos el poder de Jesús para traer la libertad.

La compañera de trabajo de Rikki le dio mi libro, porque había sufrido de fibromas durante años. Ahora habían crecido hasta el tamaño de pelotas de béisbol. Tenía programada una histerectomía cuando tomó mi libro y empezó a leerlo. Al principio se enfadó. Le preguntó a Dios, “¿Por qué sanaste a Amy y no me has curado a mí?” Y Dios respondió: “Porque nunca me lo pediste”.

Así que comenzó su propio reto de sanidad de 30 días, y le pidió al Señor que la sanara en lugar de pasar por el quirófano. Como acto de fe, incluso se inscribió en una carrera de 5 kilómetros que tendría lugar el fin de semana siguiente a la operación. Cada día, ella repetía los versículos de sanidad que aparecen al final de este libro, y se enfocaba en la Palabra. Ayunaba y pasaba tiempo con Jesús. Más tarde, me dijo, “¡Me tomé esto en serio porque lo deseaba! La cirugía no es algo malo, pero sabía que no era para mí”.

Una mañana, a los diez días de su desafío de sanidad de 30 días, ¡se despertó y se dio cuenta de que los tumores habían desaparecido por completo! Ella también había sanado de la noche a la mañana. Llamó a su médico, pero no la creyeron. Se negaron a verla antes de la fecha de la operación. “Señora, es imposible que esos tumores desaparezcan por sí solos”, le dijeron por teléfono.

Así que acudió a su visita preoperatoria, el día antes de la operación, y exigió que comprobaran que los tumores habían desaparecido. La enfermera fue a buscar al médico y, cuando este le hizo la ecografía, descubrió que los tumores habían desaparecido por completo. Se puso nervioso y dijo, “Te veré dentro de seis meses para asegurarme de que no han vuelto”.

Rikki corrió los 5k ese fin de semana con su hija y celebró la sanidad milagrosa con un fin de semana de chicas que debería haber sido de recuperación de la cirugía. ¡Pero Dios!

ANTES



DESPUÉS



¡Los tumores de Rikki desaparecieron!

CONOCIENDO AL SANADOR

Dios es tan asombroso, y viviré todos mis días amándole. ¡Él es mi héroe! Mi relación con Él es lo más grande que podría tener. El gozo de conocerlo le ha dado significado y propósito a mi vida.

Si no sabes lo que quiero decir y acabas de tomar este libro por la loca foto del antes y el después de la contraportada, quiero hablar contigo un segundo.

Realmente hay fuerzas sobrenaturales que actúan en nuestro mundo, y mi historia

no sucedió por sí sola. Hay un Dios que es real, y más que eso, ¡que te ama!

Hasta que no hayas tenido un encuentro con EL Creador de todo lo que ves, nunca serás verdaderamente feliz. ¿Por qué? Porque Dios te hizo y Él es el único que realmente te entiende. Él entiende lo que te hace vibrar, lo que te hace feliz y lo que realmente eres capaz de hacer. Porque Dios te dio el don de la vida, Él también tiene el plan perfecto para tu vida. Él está esperando con los brazos abiertos para sanarte, no sólo físicamente, sino también emocional y mentalmente. Su poder es increíblemente asombroso, y nunca encontrarás un amor como el Suyo en ningún otro lugar de este mundo.

Romanos 3:23-25a dice:

Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó. Dios lo ofreció como un

sacrificio de expiación que se recibe por la fe en su sangre, para así demostrar su justicia.

Ninguno de nosotros es santo ni perfecto, por eso Dios entregó a Su Hijo Jesús como sacrificio para pagar por nuestros males. Jesús dijo, “Deja que yo cargue con su castigo, para que ellos carguen con mi santidad”.

Aunque Jesús tuvo una muerte horrible en una cruz romana (un instrumento de tortura y muerte), al final fue demasiado poderoso para la muerte. Se levantó de la tumba y volvió a la vida. Después entregó ese mismo poder sobre la muerte a cualquiera que creyera en Él. Acabó con el miedo a la muerte de una vez por todas.

Si quieres recibir ese perdón y esa libertad, si quieres encontrarte con Dios y empezar a vivir una vida llena de Su poder, simplemente habla con Él dondequiera que estés ahora mismo, porque Él está

justo ahí contigo. Pídele que entre en tu vida, que perdone tus pecados y que sea tu Dios (Juan 3:16, Romanos 10:9).

Puedes decir algo como

“Dios, creo que eres real y que Jesús vino a recibir mi castigo para que yo pudiera ser santo. Creo que Tú me amas y que quieres tener una relación conmigo. Perdóname por tratar de vivir sin Ti. Tócame ahora mismo con Tu poder. Te doy mi vida y te pido que hagas algo bueno de ella. Amén”.

Si acabas de hacer esa oración, ¡ahora mismo los ángeles están haciendo fiesta por ti en el cielo! El cielo es ahora tu hogar, porque has aceptado a Dios como tu Padre. No tienes que temer nada porque “el que está en ti es mayor que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4).

En otras palabras, ¡Dios dentro de ti es más grande que el mal que hay en este mundo!

Te animo a que leas la Biblia (empieza por los libros de Marcos y Romanos), busques una iglesia que esté viva y enseñe la Palabra de Dios, y conozcas a otros seguidores de Cristo. ¡Tu vida acaba de cambiar para mejor!

CAPÍTULO CUATRO

CONCEPTOS ERRÓNEOS MÁS COMUNES RESPECTO A LA SANIDAD

“Deberían avergonzarse, escribas y fariseos, porque han impedido el reino de los cielos a las personas: ni entran ustedes, ni permiten pasar a los que están entrando”.

Mateo 23:13 (NASB, traducción directa)

Me gustaría responder a algunas de las objeciones y preguntas más comunes sobre la sanidad sobrenatural. Cuando afirmo que Jesús quiere sanar a todo el mundo, eso puede ofender a algunas personas. Después de todo, es una afirmación radical para el estado de enfermedad y muerte de este mundo caído.

Cada vez que tratas de creerle a Dios por algo como la sanidad, satanás inmediatamente intenta convencerte de lo contrario. Él no quiere que seas sanado o próspero, o que cambies la vida de otras personas. Él te quiere quebrado, enfermo, temeroso, enojado y deprimido. Ahí es donde tenemos una elección: ¿a quién vamos a escuchar? ¿Vamos a escuchar a satanás, a aquellos que él utiliza para pregonar su mensaje de miedo y muerte? ¿O vamos a correr al mensaje de Dios y escuchar lo que Él tiene que decir?

Si te han enseñado mucho acerca de cómo Dios trae o permite el sufrimiento, permíteme desafiarte a abrir tu mente a lo que dice la Palabra. Algunas enseñanzas son tradiciones de hombres basadas en la

experiencia humana y no en la Verdad. La sanidad es una de las promesas de Dios, pero depende de ti creerlo.

“¿DIJO DIOS REALMENTE...?”.

He hablado de esto a lo largo de este libro, pero satanás siempre susurrará, “¿Dijo Dios realmente que te sanaría?” Eso es exactamente lo que le dijo a Eva cuando la engañó para que desobedeciera a Dios. Su primera línea de defensa es plantar semillas de duda y subvertir la Verdad. No tiene ningún truco nuevo en la manga, sólo lo mismo de siempre.

Un día, escuché a mi hijo hablando con su hermano, tratando de convencerlo de que estaba bien desobedecer lo que yo les había ordenado. “Ella no QUISO decir que no podíamos hacerlo”, dijo el niño. Y pensé, *Vaya, esa es la naturaleza pecaminosa con la que todos nacemos.* No hace falta decir que intervine y le hice saber claramente mi voluntad a ese niño. Jajaja. La carne trata de

salirse con la suya, mientras desprecia, culpa o desobedece a Dios.

Por eso es tan crucial CONOCER la Palabra. La memorización de las Escrituras no es sólo para los niños en la escuela dominical. Es la seguridad de una vida que vale la pena vivir.

También podemos llenar nuestras mentes con tantos argumentos intelectuales, razonamientos teológicos y tradiciones denominacionales que no podemos llegar a ser como niños y, simplemente, recibir de Dios. Esa simple confianza puede perderse cuando permitimos que nuestras mentes tomen el liderazgo de nuestras vidas. Esto es lo que Pablo, que fue entrenado como fariseo, dijo sobre el razonamiento humano en relación con el Evangelio:

Amados hermanos, quiero que entiendan que el mensaje del evangelio que predico no se basa en un simple razonamiento humano.

– Gálatas 1:11 (NTV)

Usamos las armas poderosas de Dios, no las del mundo, para derribar las fortalezas del razonamiento humano y para destruir argumentos falsos.

– 2 Corintios 10:4 (NTV)

De hecho, sin fe es imposible agradar a Dios. Todo el que desee acercarse a Dios debe creer que él existe y que él recompensa a los que lo buscan con sinceridad.

– Hebreos 11:6 (NTV)

¡El mensaje de la cruz es una ridiculez para los que van rumbo a la destrucción! Pero nosotros, que vamos en camino a la salvación, sabemos que es el poder mismo de Dios.

– 1 Corintios 1:18 (TV)

Pablo sabía que satanás trata de argumentar en contra de Dios usando nuestro razonamiento humano. Si estamos viviendo sólo de lo que nuestras mentes pueden entender, nunca veremos el poder

de Dios manifestarse. Constantemente nos preguntaremos, “¿Dijo Dios realmente...?”

Muchos predicadores incluso han enseñado que debemos vivir en la oscuridad, sin conocer con certeza la voluntad de Dios. Ya he dicho esto antes, pero quiero animarte de nuevo con el conocimiento de que, como hijo de Dios, puedes saber realmente lo que Dios dijo, a través de Su Palabra, a través del Espíritu Santo, a través de palabras de profecía que confirman la Palabra, y a través de la sabia instrucción de pastores que creen en la Biblia.

Lo sobrenatural parece imposible a la mente natural, así que cuando surgen objeciones en nuestro pensamiento debemos derribarlas. Enfrentado a muchas dudas, Abraham se mantuvo firme en la promesa de Dios, aunque parecía ridículamente imposible:

Ante la promesa de Dios no vaciló como un incrédulo, sino que se reafirmó en su fe y dio gloria a Dios, plenamente

convencido de que Dios tenía poder para cumplir lo que había prometido.

– Romanos 4:20-21

“DIOS TE ENSEÑA A TRAVÉS DEL SUFRIMIENTO”

La gente ha usado la siguiente escritura para argumentar que Dios usa las cosas malas para traer el bien a nuestras vidas.

Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito.

– Romanos 8:28

Dice “DISPONE todas las cosas”, no que “Dios causa todas las cosas”. Dios no causa todo. Él no origina todas las circunstancias que enfrentamos. Vivimos en un mundo caído, habitado por el mal. Sin embargo, Él es un Padre tan bueno que sacará el bien de las malas situaciones, si

confiamos en Él. Él traerá sanidad donde ha habido enfermedad. Él sacará propósito del dolor. Él dará vuelta a esas cenizas y hará algo hermoso. ¡Nada está más allá de Su poder redentor!

Probablemente, has escuchado el dicho, “Dios hará un mensaje de tu desastre, y hará un testimonio de tu prueba”. Lo malo no fue necesario para llegar a lo bueno, ¡pero aun así Él le dará la vuelta y lo redimirá!

Las personas se ofenden y dicen, “Amy, ¿cómo te atreves a insinuar que yo fallé o que fue mi culpa que algo malo sucediera?”, pero al momento siguiente, insinúan que fue culpa de Dios. ***Prefieren echarle la culpa a Dios en lugar de aceptar su responsabilidad personal, o exponer al diablo como el culpable.*** Mi Dios no abusa de Sus hijos. Puede que nos salgamos de Su amorosa protección, pero Él nunca nos abandona.

No digo que la gente se merezca todo lo malo que le ocurre. Y tampoco estoy condenando a nadie que haya cometido errores. Yo viví con una mentalidad equivocada

durante muchos años. Eso es culpa mía, no de Dios. Él sigue siendo misericordioso. Está enfadado con lo que el diablo ha intentado hacer contra nosotros. No quiero que nadie se sienta condenado. Pero no pongamos la culpa en el lugar equivocado.

En última instancia, el diablo es el culpable. Y aunque perdamos algunas batallas en momentos de debilidad, no pasa nada. Ya hemos ganado la guerra, así que no existe tal cosa como la derrota para un cristiano, a menos que renuncie a Dios. ¡El Cielo es nuestro hogar! ¡Tenemos el Reino! No importa lo que enfrentemos en esta vida, no es nuestro destino final.

Aquí hay otro pensamiento. Si Dios usa la enfermedad para enseñarnos, ¿por qué Jesús sanó a todos? ¿Por qué nunca dijo, “Oh, no, esa lepra te está enseñando paciencia”? Ni UNA SOLA VEZ Jesús le dijo a alguien que la enfermedad venía de Él.

Como dice el Pastor Bill Johnson, “No puedes dar lo que no tienes. Dios no está enfermo, ni Jesús estaba enfermo”.

Otra escritura que la gente usa para argumentar que, a veces, Dios causa la enfermedad es de Juan 9:1-5 (RVR60):

Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo, “Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?”

Respondió Jesús, “No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo”.

Permíteme preguntarte lo siguiente: ¿quién añadió la puntuación a esta frase? Fueron los traductores, porque en arameo antiguo no había comas ni puntos. Cuando se tradujo, se añadieron los signos de puntuación. Ahora bien, ¿qué sucede si

cambio unos pocos signos de puntuación en el versículo 3? Se leería:

Jesús respondió, “¡Ni este hombre ni sus padres pecaron! Pero para que las obras de Dios se manifiesten en él, es necesario que yo haga las obras del que me envió, mientras es de día.”

El significado cambia. Hay otras traducciones que añaden, “*sin embargo*, para que las obras de Dios sean reveladas...”

Otros han comentado que el significado pretendido antes de la traducción está más en consonancia con el pensamiento de que, desde su nacimiento, Dios eligió al ciego como prueba de que Jesús era el Mesías. Estaba destinado a mostrar la gloria de Dios, no porque Dios decidiera infligirle ceguera antes de que naciera. Tenía una cita con el destino aquel día en que Jesús se fijó en él.

Sea cual sea la teoría correcta, y parecen plausibles, debemos leer con el filtro de la bondad de Dios. No pretendo ser una

erudita, pero sé que cuando miramos las Escrituras a través de la lente del carácter bueno de Dios, dejamos de ver a Dios como la causa del sufrimiento y, en cambio, lo vemos como la cura. El ministerio de Jesús estuvo marcado por la sanidad, la libertad y, sobre todo, el amor:

Su fama se extendió por toda Siria, y le llevaban todos los que padecían de diversas enfermedades, los que sufrían de dolores graves, los endemoniados, los epilépticos y los paralíticos, y él los sanaba.

– Mateo 4:24

Jesús reprendió al demonio, el cual salió del muchacho, y este quedó sano desde aquel momento.

– Mateo 17:18

Muchos lo siguieron, y él sanó a todos los enfermos.

– Mateo 12:15

Se le acercaron grandes multitudes que llevaban cojos, ciegos, lisiados, mudos y muchos enfermos más, y los pusieron a sus pies; y él los sanó.

– Mateo 15:30

Por la fe en el nombre de Jesús, él ha restablecido a este hombre a quien ustedes ven y conocen. Esta fe que viene por medio de Jesús lo ha sanado por completo, como les consta a ustedes.

– Hechos 3:16

“DIOS PERMITE A VECES LA ENFERMEDAD”

Dios no sólo no nos da la enfermedad, sino que tampoco es Él quien la permite en nuestras vidas. NOSOTROS somos los únicos que, como quiera que se haya originado la enfermedad, permitimos que se quede al no tomar la autoridad que nos corresponde. La enfermedad está presente porque no entendemos completamente

nuestro pacto de sanidad. Dios nos ha dado LA AUTORIDAD DEL PACTO para pisotear las enfermedades y ser levantados de ellas. Por favor, lee Mateo 16:9, Lucas 9:1, Lucas 10:19, y Santiago 5:14-18 para saber más acerca de esto.

Lo que Dios hace por uno, lo hará por todos los que tienen fe. Pedro dijo, “Ahora comprendo que en realidad para Dios no hay favoritismos” (Hechos 10:34). Él es justo y equitativo. Pero Él nos ha dado la autoridad en la Tierra para tomar nuestras propias decisiones, formar nuestras propias lealtades, y recibir lo que elijamos creer.

“¿NO ES DIOS SOBERANO?”

Sí, Él es soberano, pero en Su soberanía, Él ya tomó la decisión de sanar a todos. Así que no, Él no puede hacer lo que quiera porque no violará Su Palabra, o Sus promesas, o Su carácter. Él no retendrá lo que ya ha decidido dar de acuerdo a Su pacto.

Jesús leyó Isaías 61:1 el primer día de Su ministerio público. La primera línea llama al Señor “soberano”, y luego continúa diciéndonos lo que Dios, en Su soberanía, eligió hacer a través de Jesús.

El Espíritu del Señor omnipotente está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado a sanar los corazones heridos, a proclamar liberación a los cautivos y libertad a los prisioneros...

También me encanta el Salmo 84:11-12 (AMP, traducción directa del inglés):

Porque el Señor Dios es sol y escudo; el Señor concede gracia, favor y honor; ***no negará ningún bien a los que caminan rectamente.*** Oh, Señor de los ejércitos, cuán bienaventurado y grandemente favorecido es el hombre que confía en Ti [creyendo en Ti, confiando en Ti, y encomendándose a Ti con confiada esperanza y expectación] (Énfasis añadido).

Y Hebreos 6:17 (NTV) es asombroso, pues nos muestra que Dios no toma decisiones erráticas ni cambia de parecer. Dice:

Dios también se comprometió mediante un juramento, para que los que recibieran la promesa pudieran estar totalmente seguros de que él jamás cambiaría de parecer.

“¿QUÉ HAY DE LOS PROBLEMAS DE JOB?”

Bien, aquí vamos. Es, probablemente, la historia más cuestionada de la Biblia cuando hablamos de sanidad. También es la más mal citada y mal entendida. No tengo tiempo para profundizar en esto, pero daré varios puntos y te animo a escuchar la serie “¿Por qué? Grandes preguntas para Dios”, de Gary Keese, para profundizar.

Bien, aquí hay varios pensamientos sobre la historia de Job:

En primer lugar, Job era un hombre sin pacto. Vivió antes que Abraham, Job es, de hecho, uno de los libros más antiguos de la Biblia. Job no tenía el Pacto Abrahámico, o el Nuevo Pacto que tenemos hoy. Por lo tanto, satanás tenía el derecho legal de intervenir en su vida. De eso se trata la conversación que leemos entre Dios y satanás al principio. satanás, básicamente, está diciendo, “Oye, espera un momento. Este hombre no está por encima de la maldición de la tierra. No tiene ningún pacto”. Dios está de acuerdo en que satanás tiene el derecho legal de tentar a Job.

En segundo lugar, Job tiene miedo en su vida. Constantemente, hace sacrificios a Dios por los pecados de sus hijos. En Job 3:25, dice, “Lo que más temía, me sobrevino; lo que más me asustaba, me sucedió”. El miedo es un imán que atrae aquello que temes. Atrae esas cosas hacia ti porque es el contrario de la fe. Es la creencia de que algo va a suceder, aunque sea algo malo.

Tercero, Job tenía una percepción equivocada de Dios. Cuando se aplicó presión a su vida, escuchamos lo que Job realmente creía y no es bonito. He aquí Job 9:16-17, 21-24b (NLT):

Y aunque lo llamara y él me respondiera, dudo que me preste atención. Pues él me ataca con una tormenta y vez tras vez me hiere sin motivo. Soy inocente, pero para mí no marca ninguna diferencia; desprecio mi vida. Inocente o perverso, para Dios es lo mismo, por eso digo, “Él destruye tanto al intachable como al perverso”. Cuando azota la plaga, él se ríe de la muerte del inocente. Toda la tierra está en manos de los malvados, y Dios ciega los ojos de los jueces. Si no es él quien lo hace, ¿entonces quién?

Vaya. ¡Dios suena como una persona terrible en este pasaje! Los amigos de Job lo reprenden, diciendo:

Tú afirmas: “Mis creencias son puras” y “estoy limpio a los ojos de Dios”. Si tan sólo Dios hablara; ¡si tan sólo te dijera lo que piensa! Si tan sólo te declarara los secretos de la sabiduría, porque la verdadera sabiduría no es un asunto sencillo.

– Job 11:4-6 (NTV)

En un capítulo tras otro, Job no cesa de hablar de cómo Dios le perjudica y de que él es un hombre justo, que nunca ha hecho nada malo. Tres amigos intentan razonar con él y mostrarle el error de su pensamiento, aunque de forma condenatoria. Pero Job no quiere oír nada. Job 32:1-2 (NTV) dice:

Los tres amigos de Job no quisieron responderle más porque él insistía en su inocencia. Entonces Eliú, hijo de Baraquel el buzita, del clan de Ram, se enojó, ***porque Job no quería admitir que había pecado*** y que Dios tenía razón cuando lo castigó (énfasis añadido).

Finalmente, el más joven de los amigos de Job no aguanta más. Habla, viendo que Job tiene un serio problema de orgullo, mientras que no tiene ningún problema en echar la culpa a Dios. Eliú sale en defensa de Dios y dice:

Escúchenme, hombres entendidos:
¡Es inconcebible que Dios haga lo malo, que el Todopoderoso cometa injusticias! Dios paga al hombre según sus obras; lo trata como se merece. ¡Ni pensar que Dios cometa injusticias! ¡El Todopoderoso no pervierte el derecho!

– Job 34:10-12 (NVI)

Luego, le toca a Dios hablarle a Job, y vemos que Dios reprende su actitud y sus percepciones equivocadas durante *tres capítulos enteros*.

Entonces el Señor respondió a Job desde el torbellino, “¿Quién es éste que pone en duda mi sabiduría con palabras tan ignorantes?”

– Job 38:1-2 (NTV)

¿Pondrás en duda mi justicia y me condenarás sólo para probar que tienes razón?

– Job 40:8 (NTV)

Bam. Ahí está el meollo de la cuestión. ***Job se está justificando a sí mismo, pero en el proceso está culpando y condenando a Dios.*** Y lo entiendo. Las personas que sufren a veces maldicen a quien puede ayudarlas.

Job se arrepiente rápidamente. Dice:

Hasta ahora sólo había oído de ti, pero ahora te he visto con mis propios ojos. Me retracto de todo lo que dije, y me siento en polvo y ceniza en señal de arrepentimiento.

– Job 42:5-6 (NTV)

Dios entonces bendijo a Job con el doble de lo que tenía antes, y se convirtió en uno de los hombres más ricos del mundo. Vivió 140 años más y vio su cuarta generación. En total, los eruditos estiman que los

problemas de Job duraron entre un par de meses y menos de un año. Pero la bendición que siguió a su arrepentimiento duró cuatro generaciones.

No utilices los problemas de Job como excusa para culpar a Dios, o para justificar años de soportar calamidades. No acuses a Dios de ser injusto para justificarte a ti mismo. Ay. Lo sé. Es una lección difícil de aprender, pero yo también tuve que asentarla en mi corazón.

“LA SANIDAD PASÓ”

La doctrina del “cesacionismo”, la creencia de que los milagros murieron con los apóstoles, es una de las cosas más desconcertantes para mí. Con tantas sanidades sobrenaturales e inexplicables documentadas que han ocurrido en todo el mundo desde entonces, uno pensaría que esta falsa doctrina también habría muerto ya.

Con esta lógica, podríamos decir que todo lo demás que Jesús enseñó y demostró también murió con los discípulos. ***O todo lo que Jesús hizo y dijo perdurará para siempre, o nada de ello lo hará.*** Dios mismo dijo, “Yo, el Señor, no cambio...” (Malaquías 3:6a). Aquí hay más escrituras sobre este tema:

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras jamás pasarán.

– Mateo 24:35

Dios no es un simple mortal para mentir y cambiar de parecer. ¿Acaso no cumple lo que promete ni lleva a cabo lo que dice?

– Números 23:19

Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras

celestes, y que no cambia como los
astros ni se mueve como las sombras.

– Santiago 1:17

***Si aún creemos lo que Jesús dijo, aún
podemos hacer lo que Él hizo:***

Ciertamente les aseguro que el que
cree en mí las obras que yo hago también
él las hará, y aun las hará mayores,
porque yo vuelvo al Padre.

– Juan 14:12

No ruego sólo por estos [los
discípulos]. Ruego también por los que
han de creer en mí por el mensaje de
ellos, para que todos sean uno. Padre, así
como tú estás en mí y yo en ti, permite
que ellos también estén en nosotros,
para que el mundo crea que tú me has
enviado. Yo les he dado la gloria que
me diste, para que sean uno, así como
nosotros somos uno.

– Juan 17:20-22

Quien cree, puede hacer las mismas obras que hizo Jesús, e incluso obras mayores, porque ahora tenemos al Espíritu Santo morando en nosotros. No, los milagros no han desaparecido. ¡Apenas estamos comenzando! Jesús ha orado por nosotros. ¡Él miró hacia el futuro de la humanidad y nos vio! Nos dio Su gloria, y si permanecemos en Él, podemos fluir en Su poder dador de vida para echar fuera demonios, sanar a los enfermos, y ver vidas cambiadas para siempre.

Las asombrosas obras de los apóstoles son una muestra de lo que nosotros, como creyentes, somos capaces de hacer a través de Cristo Jesús.

Era tal la multitud de hombres y mujeres, que hasta sacaban a los enfermos a las plazas y los ponían en colchonetas y camillas para que, al pasar Pedro, por lo menos su sombra cayera sobre alguno de ellos. También de los pueblos vecinos a Jerusalén acudían

multitudes que llevaban personas enfermas y atormentadas por espíritus malignos, y *todas* eran sanadas (énfasis añadido).

– Hechos 5:15-16

Satanás es el padre de todas las mentiras y, por supuesto, su trabajo número uno es mentir acerca de Dios, acerca de nuestro pacto, y acerca de nosotros. La pregunta es, ¿le creerás a él o creerás lo que Dios dice?

“¿QUÉ HAY DE LA ESPINA EN LA CARNE DE PABLO?”

En el libro de Corintios, y especialmente en los capítulos que rodean el famoso pasaje de la “espinas en la carne”, Pablo es muy sincero con una iglesia que sigue doctrinas impías, vive en pecado, propaga rumores e incluso murmura contra él. Pablo argumenta por qué deberían escucharle,

y habla de lo mucho que ha sufrido por causa del Evangelio. En 2 Corintios 11:23b-26, que está justo antes del pasaje sobre la espina, describe la intensa persecución que ha sufrido:

He trabajado más arduamente, he sido encarcelado más veces, he recibido los azotes más severos, he estado en peligro de muerte repetidas veces. Cinco veces recibí de los judíos los treinta y nueve azotes. Tres veces me golpearon con varas, una vez me apedrearon, tres veces naufragué, y pasé un día y una noche como náufrago en alta mar. Mi vida ha sido un continuo ir y venir de un sitio a otro; en peligros de ríos, peligros de bandidos, peligros de parte de mis compatriotas, peligros a manos de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el campo, peligros en el mar y peligros de parte de falsos hermanos.

Y luego el famoso pasaje, que ha sido objeto de tanta falsa doctrina con respecto a la enfermedad:

Para evitar que me volviera presumido por estas sublimes revelaciones, una espina me fue clavada en el cuerpo, es decir, un mensajero de satanás, para que me atormentara. Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo, “Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad”. Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo. Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte

– 2 Corintios 12:7-10

Entonces, ¿cuál era la espina en la carne? No tenemos que adivinarlo, porque Pablo nos dice que era un mensajero

de sataná, un demonio, enviado para provocar persecuciones contra él. Incitaría a la violencia entre la gente, los gobiernos locales e incluso dentro de los miembros de la iglesia. El demonio suscitaba insultos, penurias, persecuciones y dificultades causadas por personas que estaban bajo su influencia, y así causaba dolor a Pablo.

En realidad, Pablo está utilizando una metáfora judía común de la época. Hay varios otros pasajes que se refieren a las “espinas” como personas difíciles (no enfermedades). Números 33:55 dice:

Pero si no expulsan a los habitantes de la tierra que ustedes van a poseer, sino que los dejan allí, esa gente les causará problemas, como si tuvieran clavadas astillas en los ojos y espinas en los costados.

Véase también Josué 23:13 y Jueces 2:3, en ambos casos se utiliza la expresión “espinas” para referirse a personas malvadas

que traerán persecución contra el pueblo de Dios. (Me recuerda el hecho de que Jesús recibió una lanza en el costado cuando pagó el precio de nuestra libertad definitiva).

Pablo estaba teniendo problemas con la gente y ese es el peor tipo de problemas. El resultado fueron palizas, peligro constante y una presión increíble para que dejara de predicar, pero no renunció.

Su cuerpo tenía cicatrices de las muchas cosas por las que pasó, pero siempre se levantaba. Incluso fue capaz de caminar kilómetros y kilómetros hasta la siguiente ciudad después de haber sido apedreado y dado por muerto. El poder de Dios mantuvo su cuerpo en pie hasta que completó su carrera.

Pablo se alistó para la persecución porque sabía que valía la pena. Entró en la arena. Dio su vida con gusto por el Evangelio. Mateo 16:24-25 dice:

Luego dijo Jesús a sus discípulos,
“Si alguien quiere ser mi discípulo, tiene

que negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirme. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la encontrará”.

¿Adivina qué? No hemos sido redimidos de la persecución. De hecho, Jesús prometió que la tendríamos si le seguíamos y vivíamos con valentía. No debería sorprendernos el ser perseguidos a causa de nuestra fe. Habrá aquellos que odian la Verdad y odian el mensaje. Yo misma he sido perseguida, he recibido cartas de odio y he perdido amigos a causa de mis creencias. No pasa nada. Debemos considerar un honor tomar nuestras cruces y seguir a Cristo. *Sufrir persecución es algo que viene con el territorio. Sufrir de un espíritu de enfermedad es algo sobre lo que se nos ha dado autoridad.*

Andrew Wommack dice, “satanás ha utilizado la enseñanza tradicional sobre la espina de Pablo para llevar a muchos cristianos a someterse a él”.

En lugar de eso, sometámonos a Dios, resistamos al diablo y él deberá huir (Santiago 4:7). Después de todo, el lugar más seguro donde podemos estar es en la voluntad de Dios.

“Así, por la tradición que se transmiten entre ustedes, anulan la palabra de Dios”.

– Marcos 7:13

CAPÍTULO CINCO

HERRAMIENTAS PARA UNA BATALLA VICTORIOSA

“Pues aunque vivimos en el mundo, no libramos batallas como lo hace el mundo. Las armas con que luchamos no son del mundo, sino que tienen el poder divino para derribar fortalezas. Destruimos argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevamos cautivo todo pensamiento para que se someta a Cristo”.

2 Corintios 10:3-5

Nadie podrá jamás convencerme de que Dios no es real, porque he visto Su obra con mis propios ojos. Y nadie podrá decirme que Él no sana, porque Él me sanó. Recapitulemos los pasos que Dios me dio para recibir mi milagro.

Si necesitas sanidad en tu cuerpo

1. Reclama tu identidad. Deja que el Espíritu Santo ministre valor y dignidad a tu alma. Mientras lees la Biblia, pídele al Espíritu Santo que te muestre quién eres en Él. Dedicar tiempo a decir, “Padre, te pertenezco. Soy tu hijo amado en quien Tú te complaces. Estoy perfectamente a salvo y seguro en Tu amor. Soy sanado. Soy gozoso. Soy amado”.

2. Relabora tu imagen, usando el reto de sanidad de 30 días para edificar tu fe. Te reto a saturar tu vida con la Verdad de Dios para ti sobre la sanidad, tanto emocional como física. Recítala en voz alta varias veces al día y elimina las distracciones. Pídele a Dios que te muestre si hay falta de perdón, amargura o ira en tu corazón. Confíesalo, y

luego ve a la persona hacia la que tienes esos sentimientos para hacer lo correcto. Deja ir toda malicia, amargura, envidia, chismes u otros males del reino del alma.

3. *Ejerce tu autoridad.* Toma tu legítimo lugar de autoridad como hijo de Dios y mantente en ese lugar de acuerdo con Su Palabra. Ahuyenta cualquier pensamiento de temor con palabras de fe, y entiende que el temor no tiene lugar en tu vida. Lee Romanos 8:14-17:

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar, “Abba! ¡Padre!” El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria.

4. *Pronuncia la oración de fe cuando estés totalmente convencido.* Cuando llegues a un punto en el que tengas alegría en tu corazón en lugar de miedo, y sepas sin lugar a dudas que la voluntad de Dios es sanarte, ¡es el momento de orar! Ora con los ancianos de tu iglesia o con alguien que crea en la sanidad. Es muy importante la persona con la que ores, porque te estas asociando con su fe. Asegúrate de que estén de acuerdo con lo que Dios dijo acerca de la sanidad.

5. *¡Alábale por la victoria!* Una vez que ores puesto de acuerdo con otros en esa oración de fe, anota la fecha y hora y aférrate a ese momento como el instante en que fuiste sanado. ¡Marca el punto y afírmate en él! No hagas caso de lo que sientas; ¡simplemente cree! Ya está hecho y tu fe es toda la evidencia que necesitas de que ya estás sanado. Tu sanidad puede aparecer físicamente en ese momento, o puede ser un proceso. A veces, hay un periodo de recuperación en lugar de una manifestación instantánea. ¡Pero mantente de acuerdo con

Dios para una recuperación completa! “... sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán” (Marcos 16:18b, RV1960).

Mantente fuerte y continúa sembrando la Palabra en tu corazón. La fe viene por **oír** la Palabra. Nota que la palabra “oír” es un verbo activo, en tiempo presente, lo que significa que tenemos que seguir oyendo y oyendo para poder permanecer en la fe. No puede ser sólo lo que escuchamos en el pasado. ¡Tiene que ser lo que estamos escuchando continuamente! ¿Por qué? Porque vivimos en un mundo de miedo y todos los días oímos noticias de muerte y destrucción. Si no inundamos continuamente nuestras mentes con el poder de las palabras de Dios, empezaremos a escuchar y a creer todas las voces del miedo.

Te digo, no importa qué tan imposiblemente difícil parezca tu enfermedad, no importa lo que los doctores o familiares te hayan dicho, ¡hay Alguien Más Grande dentro de ti, y Él está esperando para liberar Su unción sanadora en tu vida!

¡Estoy tan emocionada sólo de pensar en lo que va a suceder en tu cuerpo mientras empapas tu vida con la Palabra de Dios sobre sanidad!

CONFESIONES DE SANIDAD

Esta es una confesión que quiero que ores diariamente mientras crees en una salud total:

“Padre, gracias porque me amas y me llamas precioso. Me someto a Ti ahora mismo. Tú eres mi Rey y Soberano. Te pido que limpies mi corazón de cualquier pecado o injusticia. Yo perdono y libero a cualquiera que me haya hecho daño. Me perdono a mí mismo y ato la condenación. Te pertenezco. ¡Mis mejores días están por venir!”

“Te alabo por las promesas que me has hecho. Dijiste que el mismo poder de resurrección que sacó a Jesús de la tumba está ahora restaurando y vivificando mi cuerpo mortal. Lo recibo. Creo que Tú enviaste a

Jesús a pagar el precio de mi sanidad. Tú dijiste que por Sus heridas, yo soy sanado. Creo que Tu Palabra es verdad para mí hoy”.

“¡Ordeno al espíritu de enfermedad que abandone mi cuerpo ahora y no vuelva jamás! Tú, espíritu maligno de enfermedad, pertenezco al Dios Altísimo, y tengo autoridad sobre ti por la sangre que Jesús derramó en la Cruz. ¡Te ato y te ordeno que te vayas! ¡Cada síntoma debe irse! Dolor, vete, en el nombre de Jesús. Viviré y no moriré y declararé las obras del Señor. Más grande es Él que está en mí que cualquier cosa en este mundo. Se me ha dado poder para pisotear al enemigo, y nada podrá dañarme de ninguna forma”.

“Cuerpo, invoco la unción en mi interior para que te inunde de vida. Te ordeno que te alinees con la Verdad de Dios. ¡Estás curado! Dios lo dijo y yo lo creo. ¡Está consumado! Amén”.

Ahora, dedica tiempo a hablarle a partes específicas de tu cuerpo para que se normalicen. Ordena a la enfermedad,

dolencia, tumores, o cualquier otra cosa que viole tu cuerpo, que se marchite y muera de raíz. El poder de la vida y la muerte está en tus palabras.

Quiero retarte a meditar en la Palabra de Dios constantemente, como si fuera tu propio aliento. Recítala en voz alta. Piensa en ella todo el día. Déjala rodar en tu mente y en tu espíritu.

La Palabra de Dios está hecha de espíritu, así como tu cuerpo está hecho de células. Cuando pronuncias la Palabra sanadora, literalmente estás reconstruyendo tu cuerpo en el reino espiritual, célula por célula. ¡Pronto será visible en el reino natural!

¡Aquí tienes algunas escrituras para empezar!

**VERSÍCULOS DE SANIDAD EN
LOS QUE AFIRMARTE:**

Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores, pero nosotros lo consideramos herido, golpeado por Dios, y humillado. Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados.

– Isaías 53:4-5

Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.

– Romanos 8:11 (RV1960)

...sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán

– Marcos 16:18b (RV1960)

Sí, les he dado autoridad a ustedes para pisotear serpientes y escorpiones y vencer todo el poder del enemigo; nada les podrá hacer daño.

– Lucas 10:19

Alaba, alma mía, al SEÑOR, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él perdona todos tus pecados y sana todas tus dolencias

– Salmos 103:2-3

Querido hermano, oro para que te vaya bien en todos tus asuntos y goces de buena salud, así como prosperas espiritualmente.

– 3 Juan 1:2

Él tomará nuestro débil cuerpo mortal y lo transformará en un cuerpo glorioso, igual al de él. Lo hará valiéndose del mismo poder con el que pondrá todas las cosas bajo su dominio.

– Filipenses 3:21 (NTV)

¿Está enfermo alguno de ustedes?
Haga llamar a los ancianos de la iglesia para que oren por él y lo unjan con aceite en el nombre del Señor. La oración de fe sanará al enfermo y el Señor lo levantará. Y si ha pecado, su pecado se le perdonará.

– Santiago 5:14-15

Ante la promesa de Dios no vaciló como un incrédulo, sino que se reafirmó en su fe y dio gloria a Dios, plenamente convencido de que Dios tenía poder para cumplir lo que había prometido

– Romanos 4:20-21 (hablando sobre Abraham)

Envió su palabra para sanarlos, y así los rescató del sepulcro.

– Salmos 107:20

Cuando Jesús entró en casa de Pedro, vio a la suegra de éste en cama, con fiebre. Le tocó la mano y la fiebre se le

quitó; luego ella se levantó y comenzó a servirle. Al atardecer, le llevaron muchos endemoniados, y con una sola palabra expulsó a los espíritus, y sanó a todos los enfermos. Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, “Él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores”.

– Mateo 8:14-17

No temerá recibir malas noticias; su corazón estará firme, confiado en el Señor.

– Salmos 112:7

Señor mi Dios, te pedí ayuda y me sanaste.

– Salmos 30:2

Jesús se dio vuelta, la vio y le dijo, “¡Ánimo, hija! Tu fe te ha sanado. Y la mujer quedó sana en aquel momento”.

– Mateo 9:22

Sáname, Señor, y seré sanado;
sálvame y seré salvado, porque tú eres
mi alabanza.

– Jeremías 17:14

Y saben que Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder. Después Jesús anduvo haciendo el bien y sanando a todos los que eran oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.

– Hechos 10:38 (NTV)

Dios es siempre veraz, aunque el hombre sea mentiroso. Así está escrito, “Por eso, eres justo en tu sentencia, y triunfarás cuando te juzguen”.

– Romanos 3:4

Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.

– Hebreos 11:1 (RV1960)

Todas las promesas que ha hecho Dios son «sí» en Cristo. Así que por

medio de Cristo respondemos “amén”
para la gloria de Dios.

– 2 Corintios 1:20

El ladrón no viene más que a robar,
matar y destruir; yo he venido para que
tengan vida, y la tengan en abundancia.

– Juan 10:10

¿Acaso no saben que su cuerpo es
templo del Espíritu Santo, quien está en
ustedes y al que han recibido de parte
de Dios? Ustedes no son sus propios
dueños; fueron comprados por un
precio. Por tanto, honren con su cuerpo
a Dios

– 1 Corintios 6:19-20

Por tanto, os digo que todo lo que
pidiereis orando, creed que lo recibiréis,
y os vendrá.

– Marcos 11:24 (RV1960)

Sin embargo, para ustedes que
temen mi nombre, se levantará el Sol de

Justicia con sanidad en sus alas. Saldrán libres, saltando de alegría como becerros sueltos en medio de los pastos

– Malaquías 4:2 (NTV)

Luego oí una fuerte voz que resonaba por todo el cielo, “Por fin han llegado la salvación y el poder, el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo. Pues el acusador de nuestros hermanos —el que los acusa delante de nuestro Dios día y noche —ha sido lanzado a la tierra. Ellos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y por el testimonio que dieron. Y no amaron tanto la vida como para tenerle miedo a la muerte. Por lo tanto, ¡alégrense, oh cielos! ¡Y alégrense, ustedes, los que viven en los cielos!”

– Apocalipsis 12:10-12a (NTV)

Así que partieron y fueron por todas partes de pueblo en pueblo, predicando el evangelio y sanando a la gente.

– Lucas 9:6

que habían llegado para oírlo y para que los sanara de sus enfermedades. Los que eran atormentados por espíritus malignos quedaban liberados; así que toda la gente procuraba tocarlo, porque de él salía poder que sanaba a todos

– Lucas 6:18-19

De hecho, sin fe es imposible agradar a Dios. Todo el que desee acercarse a Dios debe creer que él existe y que él recompensa a los que lo buscan con sinceridad.

– Hebreos 11:6 (NTV)

Te exaltaré, Señor, porque me rescataste; no permitiste que mis enemigos triunfaran sobre mí. Oh Señor, mi Dios, clamé a ti por ayuda, y me devolviste la salud. Me levantaste de la tumba, oh Señor; me libraste de caer en la fosa de la muerte. Pues su ira dura sólo un instante, ¡pero su favor perdura toda una vida! El llanto podrá durar

toda la noche, pero con la mañana llega la alegría. Tú cambiaste mi duelo en alegre danza; me quitaste la ropa de luto y me vestiste de alegría, para que yo te cante alabanzas y no me quede callado. Oh Señor, mi Dios, ¡por siempre te daré gracias!

– Salmos 30:1-3, 5 y 11-12 (NTV)

No temerás el terror de la noche, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que acecha en las sombras ni la plaga que destruye a mediodía.

– Salmos 91:5-7

Sin embargo, les daré salud y los curaré; los sanaré y haré que disfruten de abundante paz y seguridad.

– Jeremías 33:6

SOBRE

**Amy Keesee
Freudiger**



Como autora, oradora, líder de adoración y cantautora, Amy Keesee Freudiger tiene pasión por ver a las personas encontrar la presencia del Dios Viviente, como le sucedió a ella cuando fue milagrosa e instantáneamente sanada de un tumor de trece libras.

Desde entonces, Amy ha asumido la misión de liberar a otros de la enfermedad. Su compasión, su fe audaz y su sensibilidad a la presencia de Dios han dado como resultado la sanidad de muchos otros.

Amy siempre ha tenido el deseo de ver un avivamiento generacional y sanidades sobrenaturales en las familias. Es pastora de adoración en la iglesia Faith Life, en New Albany, Ohio, y es cantautora en su banda de música cristiana, Open Heaven (www.openheaven.com).

Amy vive cerca de Columbus, Ohio, con su esposo, Jason, su amada hija, Journey, y sus hijos Dawson y Revere.

¡Visita mi blog!

www.healedovernight.com

¡Conecta conmigo en redes sociales!

www.facebook.com/amykeeseefreudiger

Instagram: @amyfreudiger

Escríbeme:

Faith Life Church

Attn: Amy Freudiger

2407 Beech Rd.

New Albany, OH 43054

¡LA HISTORIA QUE ESTÁS A PUNTO DE LEER ES REAL!



13 LBS. | 9 IN. | 8 HRS.

Durante nueve años, Amy supo que algo iba mal con su cuerpo. Poco a poco, se desfiguró, tuvo problemas de columna y el estómago tan inflamado que las personas creían que estaba embarazada. Sin esperanza ni respuestas, el odio hacia sí misma se volvió una constante. Muchos doctores y años de sufrimiento después, descubrió algo que cambiaría su vida, y su cuerpo, para siempre.

Lee cómo Amy comparte su increíble historia, junto con cinco pasos cruciales para recibir tu propia sanidad sobrenatural. La historia real de Amy encenderá la esperanza y el valor en tu corazón, y te proveerá de pasos prácticos para recibir lo que necesitas de Dios.

“Sanada de la noche a la mañana cuenta la historia de la asombrosa sanidad de mi hija, uno de los mayores milagros creativos que he presenciado. ¡Prepárate a ser cambiado!”

—Gary Keese

Autor, Orador y Presentador de TV

www.healedovernight.com